

LA SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO

SERMONES
JAIME WHITE

Contenido

INTRODUCCIÓN	3
Sermón Uno. EL MILENIO.	10
Sermón Dos. LA SEGUNDA VENIDA.	29
Sermón Tres. EL TIEMPO DE NOÉ Y EL NUESTRO.	38
Sermón Cuatro. LA IGLESIA NO EN TINIEBLAS.	48
Sermón Cinco. El Tiempo del Fin.	53
Sermón Seis. EL REINO.	58
Sermón Siete. EL JUICIO.	77
Sermón Ocho. EL TIEMPO.	91
Sermón Nueve. EL SANTUARIO.	113
Sermón Diez. LA FE SALVADORA.	145

INTRODUCCIÓN

Texto: «Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.» (1 Pedro 3:15)

Nuestro nombre, Adventistas del Séptimo Día, es expresivo de dos características prominentes de nuestra fe y esperanza. Como Adventistas, esperamos el advenimiento personal y el reinado de Jesucristo. Y al buscar esa preparación necesaria para encontrarnos con nuestro Señor que pronto viene con alegría, hemos sido guiados a la observancia del séptimo día de la semana como el día de reposo santificado del Creador.

Estas características distintivas de nuestra fe religiosa son impopulares. Somos plenamente conscientes de que existe mucho prejuicio en el mundo religioso contra muchas de nuestras opiniones sobre la verdad bíblica. Esto, sin embargo, existe principalmente por falta de información sobre nuestras verdaderas posiciones, y probablemente, en algún grado, por falta de inteligencia y piedad por parte de algunos que han representado nuestras opiniones. Que Dios nos ayude a superar este prejuicio mediante una defensa clara e inteligente de la verdad, y mediante vidas bien ordenadas, y el espíritu de humildad y amor, que se abrirá paso en los corazones de la gente. El texto sugiere: —

1. Una preparación de corazón antes de involucrarse en la obra de enseñar a nuestros semejantes.

«Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones». En nuestros corazones debemos apartar al Señor Dios como el ser de nuestro amor supremo y el único objeto de adoración. Debemos ser limpiados del pecado y ser imbuidos del Espíritu de Dios antes de involucrarnos en la responsable obra de enseñar la verdad de Dios a otros, no sea que echemos a perder la obra y creemos prejuicios, en lugar de eliminar los ya existentes.

2. Una preparación de la mente para el estudio es sugerida en el texto.

Esto es necesario para estar siempre listos para enseñar a aquellos con mentes inquisitivas. «Y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.» La verdad divina apela al entendimiento. La gente pide razones, no meras afirmaciones. Aquellos que enseñan deben ser inteligentes. Deben estar preparados. Deben estar «siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande». El más novato en las cosas celestiales puede hacer afirmaciones con toda la confianza de los estudiantes bíblicos experimentados, y sin embargo, por falta de disposición para *escudriñar las Escrituras*, y para *procurar con diligencia presentarse a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse*, puede no ser capaz de dar una sola razón contundente.

3. El pueblo tiene derecho a exigir las razones de nuestra fe y esperanza.

Esto se muestra claramente en el lenguaje del apóstol, que exige estar listo para responder a todo hombre que pregunte. También se ve en la pregunta y respuesta profética, especialmente aplicable a nuestro tiempo: *Centinela, ¿qué de la noche? Centinela, ¿qué de la noche? El centinela dijo: La mañana viene, y también la noche. Si queréis preguntar, preguntad. Volved, venid.*

4. La manera en que deben darse las razones de nuestra fe y esperanza, se establece expresamente:

«con mansedumbre y reverencia». En ausencia de mansedumbre y temor de ofender a Dios, su verdad es débil y casi seguramente será reprochada. Pero cuando se enseña con mansedumbre y reverencia, aparece en su belleza y fuerza. Cristo en su vida fue un modelo de mansedumbre. Los primeros ministros de Jesús, que salieron al mundo recién bautizados con el Espíritu de su Maestro, fueron hombres mansos. Con mansedumbre presentaron a Jesús como el único Salvador de los hombres. Y con temor y temblor, no sea que fallaran en cumplir su alta y santa misión, salieron apoyándose en la fuerza de Aquel que había dicho: *He aquí, yo estoy con vosotros siempre.*

Todos los que están realmente imbuidos del Espíritu de su divino Maestro, manifestarán en buena medida la mansedumbre que caracterizó su vida. Cuando tales personas hablan en defensa de la verdad bíblica, lo harán con mansedumbre y reverencia. El gran apóstol, en vista de las responsabilidades de enseñar la palabra de Dios, usa estas palabras contundentes: «Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden. Para los unos, ciertamente, olor de muerte para muerte; y para los otros, olor de vida para vida. ¿Y para estas cosas quién es suficiente?» (2 Corintios 2:15, 16).

¡Cuán hermosa y cuán eficiente será esa iglesia cuyo ministerio y membresía soportan la feliz carga de la verdad, inteligentes en la palabra de Dios, siempre listos, con mansedumbre y reverencia, para dar respuesta a todos los que preguntan por las razones de la esperanza que abrigan! Los Adventistas del Séptimo Día están haciendo algunos esfuerzos para alcanzar esta posición. ¡Ojalá que nuestro celo en la obra de preparación fuera proporcional a nuestras necesidades y a la gran obra que tenemos por delante!

Es cierto que diferimos en algunos aspectos con otros cuerpos religiosos del tiempo presente, y con la mayoría de ellos diferimos ampliamente. Pero no diferimos de otros por elección. No nos gusta diferir por el simple hecho de ser peculiares. No; elegimos estar en armonía, si es posible, con nuestros semejantes, especialmente con aquellos que reverencian a Dios y su palabra. Creemos que es pecado diferir con otros, a menos que haya buenas razones por las que debamos diferir.

No creemos como lo hacemos por las ventajas de esta vida. No siempre es conveniente observar el sábado, el séptimo día. A menudo es inconveniente estar en desarmonía con todo el resto del mundo dos días a la semana. Con frecuencia sufrimos pérdidas de amigos y ventajas mundanas a causa de nuestra adhesión al sábado bíblico.

No creemos como lo hacemos por tener el mismo tipo de mentalidad. Diferimos en cuanto a temperamento natural y educación, probablemente, tanto como los miembros de cualquier otro cuerpo religioso existente.

No creemos como lo hacemos por un molde denominacional. Hemos sido congregados de Metodistas, Bautistas Regulares, Bautistas del Libre Albedrío, Bautistas del Séptimo Día, Presbiterianos, Congregacionalistas, Episcopalianos, Discípulos, Reformados Holandeses, Cristianos, Luteranos, Católicos, Hermanos Unidos, Universalistas, mundanos e infieles.

Tampoco es por la casta nacional que creemos como lo hacemos. Estamos compuestos en gran parte por americanos nativos, mientras que muchos son congregados de ingleses, galeses, escoceses, irlandeses, franceses, alemanes, noruegos, daneses, suecos, polacos, suizos, italianos y otros. La labor de reunir un cuerpo de creyentes compuesto por tal material, afectado más o menos por los sentimientos y formas religiosas de las diversas denominaciones, con todas sus peculiaridades nacionales —disfrutando, en muy gran medida, de unidad de sentimiento y espíritu— es evidentemente obra de Dios.

¿Por qué, entonces, creemos como lo hacemos? Es por respeto a la Biblia que amamos, y al Dios de la Biblia que reverenciamos, que creemos lo que creemos y somos lo que somos. El principio rector de nuestra fe y práctica, como Adventistas del Séptimo Día, es nuestro respeto por el gran Dios, su palabra viva y la recompensa del galardón.

Nuestra gente ha adoptado un nombre denominacional que expresa las dos características principales de nuestra fe religiosa. Somos Adventistas, y somos observadores del antiguo sábado del Señor. La razón por la que somos Adventistas es porque tomamos la Biblia como significando exactamente lo que dice. ¿Y por qué no hemos de creer que cuando Dios habla a su pueblo, sus palabras significan lo que dicen? Si no significa lo que dice en su palabra, entonces, por favor, díganos qué es lo que sí significa. Si sus palabras no tienen su significado simple, claro y obvio, entonces la Biblia deja de ser una revelación, y Dios debería darnos otro libro para decirnos lo que este significa. Pero la Biblia es su propio intérprete.

Admitimos que el Señor en su palabra ha usado figuras y parábolas, pero en cada caso estas se explican en el contexto. En todos los casos donde no hay

pruebas inequívocas de que se emplea una figura, debemos entender las Sagradas Escrituras como significando palabra por palabra exactamente lo que expresan. Las figuras se dan para una elucidación más clara del tema. Ciertamente el Autor de nuestra bendita Biblia no ha introducido parábolas para oscurecer su significado y confundir nuestras mentes. Los oradores jóvenes a veces emplean figuras más intrincadas que el tema que desean ilustrar. El Señor no hace esto. Se cuenta del Dr. Scott, quien publicó una edición de *El progreso del peregrino* de Bunyan, con notas, que dio un ejemplar de la obra a una pobre lavandera de su parroquia. Pocos días después, la encontró, y tuvo lugar la siguiente conversación: —

"¿Ha leído el libro que le di?" "Sí, señor." "¿Qué le parece?" "Mucho." "¿Lo entiende?" "Entiendo muy bien lo que el Sr. Bunyan ha dicho, y espero en unos días poder entender las notas." ¡Un pobre cumplido, por cierto, para las notas del Doctor! Esta mujer sencilla y sensata no conocía otra forma de entender el lenguaje, sino que significaba lo que decía.

Somos Adventistas del Séptimo Día; pero un Adventista no es necesariamente un *fijador de fechas*. Del cumplimiento de la profecía y de las señales de los tiempos, creemos en la pronta venida de nuestro Señor; pero no somos fijadores de fechas; no sostenemos ninguna fecha futura y definida. El gran movimiento del Segundo Advenimiento nos llevó al tiempo de espera de la venida de Cristo, que es el tiempo especial de vigilia y oración, en vista de la cercanía de ese evento. Probablemente ningún texto de la Escritura expresa tan plenamente nuestra verdadera posición como las palabras de nuestro Señor: «Tened cuidado, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.» (Marcos 13:33). Sostenemos que los Adventistas fueron correctos en tres de cuatro puntos fundamentales.

1. Fueron correctos en cuanto a la segunda venida premilenial de Cristo.

Ninguna doctrina se establece más claramente, y se sostiene más plenamente por testimonio bíblico directo, que la venida y el reinado personal de Cristo. Y, sea lo que sea que se diga de los Adventistas, este hecho no se negará: que cientos de ministros que creían que la venida y el reinado de Cristo eran espirituales, han

abandonado su interpretación mística de las Escrituras y han adoptado la literal; consecuentemente, son Adventistas. Entre estos se encuentran el evangelista Moody, y el Sr. Patterson, autor de *Fábulas de Infidelidad y Hechos de Fe*.

2. Los Adventistas fueron correctos en su aplicación de los símbolos proféticos de Daniel y Juan.

En esta aplicación, son respaldados por expositores protestantes de renombre.

3. También fueron correctos en su aplicación de los períodos proféticos.

Las fechas fijadas han resistido la prueba de la crítica más rigurosa.

4. Pero nos equivocamos únicamente en el evento que ocurriría al final de los períodos proféticos.

De ahí la desilusión; pero esa desilusión se ve ahora, a la luz del santuario celestial, como un cumplimiento de la profecía; de ahí una señal de la pronta venida de Cristo.

Pero si se objeta que el movimiento del Segundo Advenimiento no pudo haber estado en armonía con la Providencia, en cumplimiento de la profecía, porque quienes participaron en él se desilusionaron, entonces sugerimos que, si el pueblo de Dios nunca se ha desilusionado en el punto mismo de su expectativa cuando la profecía se estaba cumpliendo en su experiencia e historia, entonces puede ser que la profecía no se haya cumplido en el movimiento Adventista. Pero si se puede mostrar una instancia en la Historia Sagrada donde la profecía fue cumplida por aquellos que estaban completamente equivocados en el punto vital de su expectativa confiada, entonces, después de todo, la profecía pudo haberse cumplido en el gran movimiento del Segundo Advenimiento de 1840-4. Este asunto debe ser completamente probado.

El profeta de Dios había pronunciado estas palabras unos quinientos años antes de su cumplimiento: «Regocíjate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno.» (Zacarías 9:9). En cumplimiento de esta profecía,

mientras Cristo entraba a Jerusalén de la manera tan humilde expresada por el profeta, los doce escogidos y la multitud que gritaba exclamaron: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21:9). El pueblo, e incluso los discípulos, aún no entendían la naturaleza del reino de Cristo; y verdaderamente pensaban que Jesús en esa ocasión reclamaría su derecho al trono de David, y entonces, y allí, sería coronado rey de Israel.

Y cuando a Jesús se le pidió que reprendiera a sus discípulos, él respondió: *Os digo que si estos callaran, las piedras mismas clamarían*. La profecía había sido pronunciada y debía cumplirse, si el Espíritu de Dios por necesidad debía arrancar hosannas de las mismísimas piedras.

Pero el pueblo no entendió la naturaleza del cumplimiento profético de su tiempo; y su desilusión fue completa. En pocos días presenciaron las agonías moribundas del Hijo de Dios en la cruz; y al morir Cristo, también murieron sus esperanzas en él. Sin embargo, la profecía se cumplió tanto en las fervientes esperanzas como en los hosannas triunfantes de aquellos que tan pronto fueron abrumados por la más amarga desilusión.

Nuevamente, había tres mensajes distintos que debían darse, simbolizados por tres ángeles en Apocalipsis 14:6-12. El primero anunciaba que el tiempo del Juicio estaba cerca. Si Cristo hubiera venido entonces, ¿cuándo se habría dado el segundo mensaje? Ciertamente no después del segundo advenimiento. Por lo tanto, debía haber una demora y una desilusión para dar cabida al segundo y tercer mensaje.

Sermón Uno. EL MILENIO.

TEXTO:

«Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años». (Apocalipsis 20:4, 5)

La palabra milenio significa mil años. Existe un acuerdo general en aplicar la palabra al período nombrado en el texto; pero no todos están de acuerdo en cuanto al carácter del milenio. La visión popular sobre este tema es que el mundo será convertido y que todos los hombres se volverán santos. Se dice que este feliz estado de cosas continuará mil años, durante los cuales Cristo reinará con su pueblo espiritualmente. Y al finalizar el milenio, Cristo vendrá por segunda vez y tendrá lugar el juicio.

Pero las Sagradas Escrituras no enseñan que en ningún período de tiempo todos los hombres serán convertidos a Dios. Hubo pocos hombres justos desde Adán hasta Moisés. Y su número en la era judía, comparado con las multitudes de los incrédulos, era muy pequeño. Tampoco el plan de Dios en la era cristiana abarca la conversión de todos los hombres. El evangelio debe ser predicado a todas las naciones. Así, Dios visita a «los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre» (Hechos 15:14). Entre los finalmente salvos no se encontrará la totalidad de ninguna generación, ni la totalidad de ninguna nación; sino que algunos de cada época y de cada lengua se unirán al cántico al Cordero: «Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9).

Por la propia naturaleza del caso, la conversión del mundo es una imposibilidad. Dios es el mismo durante todo el tiempo. Trata a los hombres y a las naciones imparcialmente. El diablo es el mismo, salvo que la experiencia de

seis mil años lo ha hecho más astuto para seducir a hombres y mujeres al pecado. La raza caída es la misma, solo que cada generación sucesiva degenera física, mental y moralmente, hasta que el mundo madura plenamente para su perdición final. Esto se observa en la imagen metálica de Daniel 2. Aquí, cinco reinos universales son el tema de la profecía. Cuatro de ellos pertenecen al estado mortal, uno al inmortal. Las cuatro monarquías terrenales, Babilonia, Persia, Grecia y Roma, están representadas respectivamente por oro, plata, bronce y hierro. No solo vemos en el símbolo la depreciación del valor del oro a la plata, al bronce y al hierro; sino que la última condición dividida de los gobiernos terrenales, justo antes de las glorias iniciales del reino inmortal, está representada por hierro mezclado con barro.

El plan de Dios para convertir a los pecadores y salvar a todos los que le obedecieran y creyeran en Jesús ha estado en operación durante unos seis mil años. Un Jesús crucificado y resucitado ha sido predicado con el Espíritu Santo enviado del Cielo por más de dieciocho siglos; sin embargo, el mundo no ha sido convertido. Y la perspectiva de su conversión a la santidad bíblica nunca ha parecido más oscura que en la actualidad. Con las enérgicas palabras de otro preguntaríamos:

«¿Y cuáles son las perspectivas actuales de una iglesia que se ha propuesto con toda confianza convertir el mundo? ¿Cómo pueden quienes ahora se ciñen el arnés jactarse de un éxito esperado mayor del que justifica la experiencia de quienes se lo han quitado después de haber librado la buena batalla? Los profetas no pudieron convertir el mundo; ¿somos más poderosos que ellos? Los apóstoles no pudieron convertir el mundo; ¿somos más fuertes que ellos? Los mártires no pudieron convertir el mundo; ¿podemos hacer más que ellos? La iglesia durante mil ochocientos años no pudo convertir el mundo; ¿podemos nosotros? Ellos predicaron el evangelio de Cristo; también nosotros podemos. Ellos llegaron hasta los confines más remotos de la tierra; también nosotros podemos. Ellos salvaron 'a algunos'; también nosotros podemos. Ellos lloraron al ver que tan pocos creían su informe; también nosotros podemos. Ellos terminaron su carrera con gozo y el ministerio que habían recibido para dar testimonio del evangelio de

la gracia de Dios; nosotros podemos hacer lo mismo. ¿Podemos razonablemente esperar hacer más? 'Tomaría toda la eternidad traer el milenio al ritmo en que progresan los avivamientos modernos', dijo el venerable Dr. Lyman Beecher, ante una convención ministerial, celebrada cerca de la antigua Plymouth Rock. ¿Y qué esperanza hay de que progresen más rápidamente? ¿Está en la palabra de Dios? Con gusto la encontraríamos allí. Tristemente leemos que «los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2 Timoteo 3:13)».

«¿Tiene Dios un Salvador más poderoso —un Espíritu más potente? ¿Tiene otro evangelio que salve al mundo? ¿Dónde está? ¿Hay algún camino al reino que no sea el que conduce a través de mucha tribulación? ¿Hay otra manera de llegar a la corona además del camino de las cruces? ¿Podemos reinar con Él a menos que primero suframos por su causa?

«Sin duda, el mundo podría ser convertido si deseara conocer al Señor. Y así, si todos los que oyeron hubieran recibido con alegría la palabra de Dios, el mundo podría haber sido convertido en los veinte años siguientes al día de Pentecostés. Si cada cristiano hubiera llevado una sola alma a Dios cada año sucesivo, los serenos esplendores de la era milenial habrían brillado sobre los años declinantes de los apóstoles de Jesucristo. Pero en lugar de esto, sobrevinieron siglos de oscuridad. El mundo no se arrepintió, sino que la iglesia apostató. Si el evangelio fuera a convertir el mundo, deberíamos haber visto señales de ello antes de ahora. Pero ¿dónde se encuentran tales augurios? ¿Miraremos a Judson, quien trabajó diez largos años antes de que un solo pecador cediera a las demandas del evangelio? ¿Miraremos a la densa oscuridad del mundo pagano? ¿Miraremos el formalismo de la iglesia profesada? ¿Miraremos la amplia extensión de la infidelidad? ¿Miraremos el aumento de la iniquidad y el enfriamiento del amor? ¿Miraremos un mundo donde mil ochocientos años de trabajo y lágrimas no han traído ni una vigésima parte de la humanidad siquiera a una profesión del verdadero cristianismo; y donde no más de un quinto reclama para sí el dudoso título de naciones cristianas? ¿Miraremos un mundo en el que no podemos encontrar una nación de cristianos, ni una tribu de cristianos, ni una

ciudad de cristianos, ni un pueblo de cristianos, ni una aldea de cristianos, ni un caserío de cristianos, salvo aquí y allá donde una fe cuestionable ha llevado a unos pocos, con hipócritas incluso entonces en medio de ellos, a retirarse del mundo y a cultivar las virtudes inexploradas de una vida reclusa? Ciertamente, después de mil ochocientos años de experimento con ese sistema que debía convertir el mundo, los hombres podrían señalar algún país, alguna provincia, alguna nación, y decir: He aquí el comienzo de un mundo convertido.

«Pero ¿no resultará entonces el evangelio un fracaso? Eso depende de lo que se espere de él. Si el evangelio debía efectuar la salvación eterna de toda la humanidad, entonces no lograr esa obra es un fracaso del evangelio. Si el evangelio debía convertir el mundo, entonces, si no se hace, resultará un fracaso. Pero si el evangelio fue predicado «para tomar **de** los gentiles un pueblo para su nombre» (Hechos 15:14), entonces no es un fracaso. Si fue dado para que Dios, en misericordia y amor indefinidos, «**salvara a algunos**», entonces no es un fracaso. Si fue dado para que todo pecador arrepentido tuviera vida eterna, y para que todo buen soldado recibiera una corona de gloria, entonces no es un fracaso. Si fue dado para que una compañía innumerable fuera redimida **de** toda nación, y linaje, y lengua bajo el cielo, entonces no es un fracaso. Si fue dado para que los valles y colinas del Paraíso restaurado rebosaran de una hueste santa que será «**igual a los ángeles, y serán hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección**» (Lucas 20:36), entonces no es un fracaso. Si fue dado para que los elegidos fueran reunidos en una gran familia de santos, entonces no es un fracaso. ¿Y no fue este su objetivo, más que la exaltación de una iglesia mundana a los esplendores de la prosperidad terrenal, mientras bajo el teatro de su fácil triunfo duermen las cenizas de los profetas y el polvo de los apóstoles? ¿Celebrarán un jubileo de mil años, mientras el clamor incesante de los mártires, «**¿Hasta cuándo, oh Señor?**» (Apocalipsis 6:10), sube a Dios? ¿Tendrán sus cánticos de triunfo, mientras toda la creación gime por la liberación, y mientras ese anhelado día de la redención de nuestro cuerpo es pospuesto? No, ciertamente, la esperanza de un solo cuerpo es una sola esperanza. La esperanza de la iglesia no se detiene en la muerte, sino que va más allá de las escenas de

tempestad y tormenta de la tierra, y reposa en los serenos resplandores de ese Sol de Justicia que brillará sobre el seno del Paraíso recuperado».

El milenio de Apocalipsis 20 se abrirá con la revelación del Hijo de Dios desde el Cielo, la destrucción de los impíos vivientes, la resurrección de los justos y el cambio a la inmortalidad de los justos vivos. Es un período en el que Cristo reinará personalmente con los justos de todas las épocas que han sufrido con él. «Si sufrimos, también reinaremos con él» (2 Timoteo 2:12). Este período está limitado en cada extremo por una resurrección. Cristo declara claramente que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29). Y Pablo testifica «que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (Hechos 24:15). Pero se deja al Revelador la tarea de colocar estas resurrecciones con mil años de diferencia, en cada extremo del milenio.

«Y vi [no un mundo convertido, sino] tronos [de juicio] y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio». Luego se hace mención de aquella porción de los mártires de Jesús que habían sido decapitados, y también de los vencedores sobre la bestia, su imagen y su marca, representando a todos los justos; luego se añade: «Ellos vivieron [fueron resucitados a la vida] y reinaron con Cristo mil años. Pero el resto de los muertos [los impíos] no volvieron a vivir [no fueron resucitados de entre los muertos] hasta que los mil años se cumplieron» (Apocalipsis 20:4-5).

La doctrina del milenio temporal, al basarse en falsas interpretaciones y citas incorrectas de ciertas porciones de las Sagradas Escrituras, es apropiado que aquí señalemos aquellos textos usualmente citados para probar la conversión del mundo, y mostremos que no significan lo que se dice que prueban.

1. «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra». (Salmo 2:8). Como evidencia suficiente de que este texto no prueba la conversión del mundo, citamos el versículo siguiente: «Los

quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (Salmo 2:9).

2. La piedra cortada del monte sin manos, rodará hasta que se convierta en una gran montaña y llene toda la tierra. Toda la prueba para la conversión del mundo, que se encuentra en lo anterior, reside en citar el texto erróneamente. He aquí el texto tal como dice: «Estabas mirando hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y se hicieron como tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra». (Daniel 2:34, 35)

En esta notable porción de profecía, los siguientes puntos son dignos de mención: (1) La piedra hirió la imagen en sus pies, y desmenuzó el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro a la vez. Aquí hay destrucción, no conversión. (2) Se hicieron como el tamo de las eras de verano, y el viento se los llevó, de modo que no se encontró lugar para ellos. Aquí se ilustra la eliminación de todos los gobiernos terrenales. (3) Luego la piedra se convirtió en una gran montaña y llenó toda la tierra. En esta profecía, la piedra no tiene nada en común con la imagen. La imagen, un símbolo de los gobiernos terrenales y de todos los hombres malvados, es primero removida, y luego la piedra llena toda la tierra.

Pero si se dice que el desmenuzar a las naciones (Salmo 2:9) y el quebrantar la imagen (Daniel 2:34) significan la conversión del mundo, entonces las palabras de Pablo, «El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies» (Romanos 16:20), significan la conversión de Satanás.

3. Una nación nacerá en un día. Aquí hay otra cita incorrecta. Isaías 66:8 dice: «¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio cosas como estas? ¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz a sus hijos». Este texto no hace alusión a la conversión de pecadores; sino que evidentemente se refiere a la resurrección de los justos.

4. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo» (Apocalipsis 11:15).

Pero téngase en cuenta que esto ocurre bajo el tercer ay, cuando también se dice: «Y las naciones se airaron, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra». (Apocalipsis 11:18)

5. «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin». (Mateo 24:14)

Quienes enseñan la conversión del mundo querrían que el evangelio fuera predicado a todas las naciones, que cada individuo lo oyera, lo creyera, lo obedeciera, y que todos se volvieran santos por él. ¿Qué entonces? ¿El fin? No; no hasta que el mundo haya disfrutado de un período sin pecado de mil años. Algunos sostienen que los mil años de Apocalipsis 20 son proféticos, representando cada día del año un año, lo que suma trescientos sesenta y cinco mil años. Pero el texto no dice que cada individuo siquiera oirá este evangelio del reino. No afirma que alguien será convertido y santificado por él. Y encontramos que está lejos de insinuar que un mundo sería convertido y permanecería así mil años, o trescientos sesenta y cinco mil años. El texto simplemente declara:

(1) «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo» (Mateo 24:14),

(2) «Para testimonio a todas las naciones» (Mateo 24:14),

(3) «Y **entonces** [no mil años después, ni trescientos sesenta y cinco mil; sino **entonces**] vendrá el fin» (Mateo 24:14).

6. «Convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra». (Miqueas 4:3)

Véase también Isaías 2:4.

Por favor, nótese que Miqueas 4:1 habla del estado exaltado de la iglesia profesada de Cristo en los últimos días. Las montañas significan gobiernos terrenales. La iglesia, aquí representada por «el monte de la casa de Jehová» (Miqueas 4:1), debía ser exaltada sobre los collados. Debía ser establecida en la cumbre de los montes.

Los versículos 2-5 son una declaración, no de lo que el Señor declara que ocurriría en los últimos días, sino de lo que dirían las multitudes de profesantes populares que esperan la conversión del mundo. La declaración comienza así: «Vendrán muchas naciones y dirán» (Miqueas 4:2). Es el hombre, no Dios, quien dice: «Convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Miqueas 4:3).

Pero el Señor habla en los versículos 6 y 7, como sigue: «En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí» (Miqueas 4:6). «En aquel día», cuando «muchas naciones» profetizan paz y seguridad, el pueblo remanente del Señor es expulsado y afligido.

Pero tenemos más y muy decisivo testimonio con respecto al estado de las naciones en los últimos días. El Señor habla por medio de su profeta así: «Proclamad esto entre las naciones: Preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas» (Joel 3:9, 10). En lugar de que las naciones no alcen más la espada unas contra otras, en los últimos días, «el mal irá de nación en nación» (Jeremías 25:32), y «la espada de Jehová devorará de un extremo de la tierra hasta el otro; no habrá paz para nadie» (Jeremías 12:12).

Este tema puede parecer aún más claro y contundente al organizar lo que dicen muchas naciones y lo que dice el Señor, lado a lado, como sigue:

| MUCHAS NACIONES DICEN. | EL SEÑOR DICE |

<p>«Y muchos pueblos vendrán y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones poderosas lejos de allí; y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra». (Miqueas 4:2, 3)`</p>	<p>«Proclamad esto entre las naciones: Preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas; diga el débil: Fuerte soy. Juntaos y venid, naciones todas de alrededor, y congregaos; allí haz venir, oh Jehová, a tus fuertes. Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor». (Joel 3:9-12)</p>
---	--

A esto concuerdan las palabras de Pablo: «El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; porque cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina» (1 Tesalonicenses 5:2, 3). Qué sorprendente es ver esta declaración de paz y seguridad cumplida en la predicación del milenio temporal, la conversión del mundo y la profecía de paz entre las naciones; mientras que las Escrituras y los hechos se combinan para mostrar que el mundo se hunde cada vez más, los impíos empeoran, y las naciones están haciendo preparativos para la guerra mucho mayores que en cualquier período anterior.

7. Todos conocerán al Señor, desde el menor hasta el mayor. (Hebreos 8:11)

Esto se halla en la promesa del nuevo pacto, y se relaciona, primero, con la condición de cada individuo con quien se establece el nuevo pacto; y, segundo, con la plenitud de las bendiciones del evangelio cuando todos sean puestos en armonía con Dios en el estado eterno. Ambas ideas están incluidas en la promesa. Pero que cada individuo se convertirá, o que todos los de alguna generación de este lado del estado inmortal se convertirán y llegarán al conocimiento de Dios, las Escrituras no lo enseñan.

Esta promesa se hace con respecto a aquellos con quienes el Señor hace el nuevo pacto. Ahora bien, aunque se ha hecho todo lo que posiblemente se puede hacer para ratificar el pacto, o para que tenga fuerza, aún no podemos decir que esté realmente hecho con ningún individuo hasta que ese individuo sea puesto en relación de pacto con Dios. Pero cuando los hombres son así puestos en relación de pacto con él, según la promesa, la ley de Dios es escrita en sus corazones. Entonces conocen a Dios. Juan dice: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (1 Juan 2:3). Esto, por supuesto, no puede aplicarse a los inconversos. Ninguno de los que permanecen impenitentes está incluido en la promesa.

8. La gloria del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar.

«Mas tan ciertamente como vivo yo, toda la tierra será llena de la gloria de Jehová» (Números 14:21). «No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Isaías 11:9). «Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Habacuc 2:14). «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5).

Sin embargo, este glorioso estado no se logra por la conversión de todos los hombres. Se introduce por la destrucción de los hombres pecadores, la restitución de la tierra a su condición tal como salió de la mano del Creador, y el don de la inmortalidad a los mansos de todas las épocas. «Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los

mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz» (Salmo 37:9-11).

9. «Porque he aquí que yo creo nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Antes bien, gozaos y alegraos para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y yo me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor... El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será la comida de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dice Jehová.» (Véase Isaías 65:17-25; también Cap. 11:6-9)

Se dice que esta profecía es una descripción figurada de la condición de las cosas durante el milenio temporal. Nosotros, sin embargo, la consideramos una descripción profética del estado de las cosas después de la restitución de la tierra y del hombre a su gloria primordial. Antes de la caída, el hombre era recto, y la tierra y todo lo que Dios había creado sobre ella, según la veía el Creador, fue visto como «bueno en gran manera» (Génesis 1:31).

Las Escrituras no enseñan la aniquilación de todas las cosas por los fuegos del gran día, y la creación de todas las cosas nuevas para el estado futuro. Pero sí enseñan distintamente la restitución de todas las cosas. Así dice el gran Restaurador: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:5). Isaías y el Revelador hablan de los nuevos cielos y la nueva tierra. El profeta Isaías está dando una descripción figurada de una condición muy feliz de las cosas en este estado mortal, o está retratando las glorias literales de la restitución después de la segunda venida y la resurrección de los justos. A la visión figurada le encontramos serias objeciones:

(1) Nuestros amigos del milenio temporal, para que todas las partes de su teoría figurada armonicen, deben tener en sus nuevos cielos y tierra figurados, casas figuradas, viñedos figurados, y deben comer figuradamente el fruto figurado de estos, y verse obligados a sufrir de lobos figurados y leones figurados, alimentándose figuradamente con corderos figurados y bueyes figurados, por no

hablar de la presencia de serpientes figuradas. Pero se dice que el evangelio ha de convertir a todos estos lobos, leones y serpientes. Entonces respondemos que, si se convierten, ya no son lobos ni leones ni serpientes, y durante todo el período del milenio no habrá nada más que corderos y palomas. Por lo tanto, la profecía no tiene referencia al milenio temporal. Debe aplicarse a algún otro período.

(2) El apóstol ha identificado tan claramente los tres mundos, a saber, el que existió antes del diluvio, el que existe ahora y la nueva tierra que ha de venir, que excluye por completo la visión figurada. Él dice: «Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.» «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:5-7, 13).

Ningún hecho puede ser más claramente declarado que el de que el mundo que pereció por el diluvio es el mismo que el que ahora existe, y está reservado para el fuego. Este será cambiado por fuego, y entonces aparecerán los nuevos cielos y la nueva tierra, según la promesa de Dios. Y es un hecho notable que la promesa de Dios a la que se refiere el apóstol se encuentra solo en el capítulo sesenta y cinco de Isaías. Así, el apóstol vincula los tres mundos. ¿Son literales los dos primeros mundos? Así lo es el tercero. ¿Es figurada la nueva tierra mencionada por Isaías? También lo son los tres mundos figurados. Si todos son literales, entonces vemos una armonía en las Escrituras con respecto a ellos. Pero si se consideran figurados, entonces llegamos a la siguiente conclusión:

En los días del Noé figurado, los cielos y la tierra figurados, al ser inundados por agua figurada, perecieron figuradamente. Pero los cielos y la tierra figurados que existen ahora, están reservados para un fuego figurado, contra el día figurado del juicio figurado y la perdición figurada de hombres impíos figurados. Sin embargo, nosotros, según su promesa figurada, esperamos figuradamente cielos nuevos y tierra nueva figurados en los cuales mora la justicia figurada.

Es cierto que los escritores sagrados usan figuras y parábolas. Pero nos sentimos obligados por sagradas responsabilidades a creer que Dios en su palabra significa *exactamente* lo que dice, a menos que las conexiones muestren buenas razones por las cuales se introduce una figura o parábola. Si Dios no significa lo que dice en su palabra, ¿quién nos dirá lo que sí significa? En caso de que Dios no signifique lo que dice, la Biblia deja de ser una revelación, y Dios debería darnos otro libro para enseñarnos lo que este significa. Pero la Biblia es el libro mismo en el que él ha hablado claramente y nos ha revelado su verdad.

Con esta visión de las Sagradas Escrituras, vemos desplegadas ante nosotros las realidades vivas de la nueva tierra, en toda su grandeza y gloria, como cuando Adán era señor del Edén. Antes de la transgresión, todo era pureza y paz, incluso entre las bestias que Dios había creado. ¿Y quién puede decir que estas, con la naturaleza que el Creador les dio por primera vez, no estarán en su lugar en la tierra restaurada de la caída, así como en la tierra antes de la caída?

Pero cuando se adopta la interpretación figurada de las Escrituras, los nuevos cielos y la nueva tierra de Isaías y Apocalipsis pueden hacerse significar casi cualquier cosa que la fantasía sugiera. Tales libertades tomadas con la palabra de Dios han llevado al escéptico a decir que la Biblia es como un violín, en el que se puede tocar cualquier melodía a placer.

Habiendo examinado los principales textos citados para probar la conversión del mundo y un período de paz y santidad universales en este estado mortal, y habiendo visto que no significan lo que se dice que significan, ahora prestaremos atención a algunas de las muchas pruebas directas de que tal estado de cosas no puede existir antes de la segunda venida.

1. La prevalencia del cuerno pequeño.

«Yo veía, y este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta tanto que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino» (Daniel 7:21, 22). «Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Versículo 18). Aquí se verá que el cuerno pequeño hace guerra

contra los santos hasta que ellos toman el reino; y una vez que obtienen el reino, lo retienen para siempre, sí, para siempre y por siempre. ¿Dónde, entonces, hay lugar para ese período de paz y triunfo de la iglesia llamado milenio temporal?

2. La apostasía.

«Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Tesalonicenses 2:1-8).

El apóstol está hablando aquí del día de la venida del Señor. Está protegiendo a la iglesia contra el engaño de ser llevada a esperar la venida de Cristo demasiado pronto. Declara lo que debe venir antes de la aparición del Señor. ¿Es el milenio temporal? ¿Los triunfos de la conversión del mundo? No; es la triste apostasía, el apartarse de la fe, y la manifestación del Hombre de Pecado, quien continuará su blasfemia hasta la venida del Hijo del Hombre, cuando será destruido. ¿Dónde, entonces, hay lugar para mil años antes de la venida del Señor, durante los cuales todos los hombres amarán y servirán a Dios?

3. Los impíos continúan con los justos, como lo ilustra la parábola del trigo y la cizaña, hasta el fin de la era cristiana.

«Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los

hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero» (Mateo 13:24-30).

Los amigos de la moderna doctrina de la conversión del mundo encuentran esta parábola directamente en su camino, y se han fatigado en esforzarse por explicarla. Pero como nuestro divino Señor, a petición especial, dio una explicación de ella, la modestia sugiere que aceptemos su explicación, y dejemos el asunto allí:

«Entonces, despedida la multitud, entró Jesús en casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña son los hijos del malo; el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga» (Versículos 36-43).

Simplemente repetimos: «El campo es el mundo». «La buena semilla son los hijos del reino». «La cizaña son los hijos del malo». «Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega». «La siega es el fin del siglo».

4. Persecución y tribulación serían la porción de la iglesia de Dios en todas las épocas.

El apóstol habla de los fieles que habían vivido y sufrido antes, quienes «experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; (de los cuales el mundo no era digno;) errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido, proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros» (Hebreos 11:36-40). También señala al futuro y dice: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12).

5. Los últimos días de la probación humana.

Los últimos días de la probación humana han sido considerados como el período favorecido para la culminación de la gran obra de convertir al mundo. Pero los profetas del Antiguo Testamento en ningún lugar representan a Dios diciendo que los últimos días serían gloriosos. Jesús y los apóstoles del Nuevo Testamento nunca hablan de los últimos días como un período de triunfo para la iglesia; sino, más bien, como los días de su peligro, que demandan especial vigilancia; los días de su luto, y lágrimas, y oraciones importunas por liberación. Pablo describe los últimos días así: «También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios; que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita» (2 Timoteo 3:1-5).

6. Pedro dice:

«Vendrán en los postreros días, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2 Pedro 3:3, 4). ¿Cómo podrían surgir estos escarnecedores y negar su venida, y existir persecuciones y

peligros en los últimos días, si todos se hubieran convertido mucho antes de su venida?

7. Los últimos días abarcan el último día, extendiéndose hasta la venida del Hijo del Hombre.

Los días de la venida del Hijo del Hombre habrían de ser como los días de Noé y de Lot. «Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste» (Lucas 17:26-31).

Entonces la maldad de los impíos fue tal que Dios no pudo soportarlos más. Y cuando su medida de iniquidad estuvo llena, los visitó con ira. Existe una maravillosa similitud entre los días de Noé y Lot, y los nuestros. Entonces los hombres estaban entregados al amor de las cosas de esta vida, como lo están en la actualidad. Entonces estaban abandonados a la lujuria y al crimen, ilustrando apropiadamente los terribles registros de nuestros tiempos. Como Dios manifestó su ira entonces en el diluvio y en el fuego, así ahora las copas de su ira, sin mezcla de misericordia, solo esperan que se quite el brazo interponedor de la misericordia, para ser derramadas sobre los impíos.

8. Destrucción, no conversión, le espera al mundo.

Destrucción, no conversión, le espera al mundo en el mismo momento en que muchos profesores populares albergan la engañosa esperanza de un tiempo mejor por venir. No ven peligro, y tachan de alarmistas fanáticos a quienes obedecen el mandato profético: «Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano» (Joel 2:1). Pero, dice el apóstol: «cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina» (1 Tesalonicenses 5:2). En el mismo momento en que el Señor, por medio del

profeta Joel, está diciendo: «Proclamad esto entre las naciones, preparad la guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad vuestras rejas de arado espadas, y vuestras hoces lanzas; diga el débil: Fuerte soy» (cap. 3:9, 10), ellos están cumpliendo la profecía de Miqueas, que dice: «Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, ... y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Cap. 4:2, 3).

9. El camino a la destrucción es ancho, y muchos van por él; y el camino a la vida es estrecho, y pocos lo encuentran.

Cuando uno le preguntó a Jesús: «¿Son pocos los que se salvan?», él respondió: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán» (Lucas 13:23, 24). De nuevo se registra: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13, 14). La doctrina de la conversión del mundo y la de la salvación universal están ambas directamente opuestas a este pasaje. Una tiene el camino a la vida estrecho al principio, pero ensanchándose hasta que todos caminen por él; mientras que la otra tiene el camino a la vida siempre lo suficientemente ancho para todo el mundo. Para ser de verdadera utilidad al Universalismo, el texto debería decir: Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la vida, y todos entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto es el camino que lleva a la destrucción, y nadie puede encontrarlo. Pero nuestro Señor declara un gran hecho en este pasaje, que existía cuando fue hablado, siempre había existido, y que existiría hasta el cierre de la probación; a saber, que el camino a la destrucción era ancho y muchos irían por él; y que el camino a la vida era estrecho, y pocos lo encontrarían.

Pero cuando los pocos de cada generación sucesiva, desde el justo Abel hasta el cierre de la probación, que han dirigido sus solitarios pasos por el sendero angosto hacia el Monte Sion, alcancen su reposo eterno, constituirán esa «gran

multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas», ataviados con la pureza y el brillo del Cielo. Ni uno solo de estos habría salido de ese período imaginario de un mundo convertido. No, ni uno. ¡Qué escena tan imponente! «Y uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero» (Apocalipsis 7:13, 14).

Sermón Dos. LA SEGUNDA VENIDA.

Texto: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:1-3)

JESÚS estaba a punto de dejar a sus discípulos y ascender al Padre. Y en sus palabras de instrucción y consuelo, estaba preparando sus mentes para ese evento que les causaría gran pesar. Su presencia constituía su alegría. Su ausencia sería su tristeza. «¿Acaso pueden los que están de bodas guardar luto mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán.» (Mateo 9:15). Los *verdaderos amigos* de nuestro Señor siempre desearán su presencia tangible. Una iglesia mundana, cuyos afectos están puestos en las cosas de esta vida, disfrutará de su ausencia *igualmente bien*. Aquellos que verdaderamente aman a su Señor divino recibirán la palabra relativa a su regreso con toda alegría.

Nuestro Señor estaba introduciendo tiernamente a sus discípulos el tema de su ascensión al Cielo. «Hijitos, aún un poco estoy con vosotros.» (Juan 13:33). «A donde yo voy, tú no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después.» (Juan 13:36). Esta declaración causó angustia y consternación en la mente de los discípulos, y llevó a Pedro a decir a su Señor: «¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti.» (Juan 13:37). Luego siguen las reconfortantes palabras del texto, asegurando a los discípulos afligidos que su Señor vendría otra vez y los recibiría a sí mismo.

Jesús también les aseguró que el Padre les daría «otro Consolador», el Espíritu de verdad, el cual moraría con ellos y estaría en ellos. (Juan 14:16, 17). Las palabras, «otro Consolador», suponen al menos dos. Uno era la persona de nuestro Señor divino. El otro es el Espíritu de verdad. Ambos fueron consoladores de la iglesia. Cristo lo fue en un sentido especial mientras estuvo con sus discípulos. El otro debía permanecer con la iglesia, para administrar las

bendiciones y los dones del Espíritu Santo a la iglesia, hasta que su Señor ausente regresara en gloria para llevarla a sí mismo. Entonces los días de su luto, y ayuno, y aflicciones, habrán terminado *`para siempre`*. Con tal fe y esperanza, la iglesia expectante de Jesucristo bien puede cantar:

Y mientras la iglesia espera en gozosa expectativa una pronta liberación, su Señor «dice: Ciertamente vengo en breve», a lo cual la iglesia responde: «Amén. Sí, ven, Señor Jesús.» (Apocalipsis 22:20, 21).

La *`certeza`* de la segunda venida de Cristo, y la manera y el objeto de su venida, son puntos de *`emocionante interés`* para todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo.

Él aparecerá por *`segunda vez`*. Pablo habla directamente sobre este punto: «Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y la segunda vez, sin relación con el pecado, aparecerá para salvación a los que le esperan.» (Hebreos 9:28). De nuevo dice: «Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.» (Tito 2:13).

Otro apóstol testifica sobre este punto así: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.» (1 Juan 3:2).

La segunda venida de Cristo será *`personal y visible`*. «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá.» (Apocalipsis 1:7). Jesús, al dirigirse a sus discípulos sobre el tema de su segunda venida, señaló a la generación que presenciaría las señales de ese evento en el sol, la luna y las estrellas, y dijo: «Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.» (Mateo 24:30). Véase (Marcos 13:26); (Marcos 14:62); (Juan 14:3). Y en la ascensión de Cristo, dos ángeles declararon a los ansiosos testigos: «Este *`mismo`* Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.» (Hechos 1:2).

El apóstol testifica de la aparición **`personal y visible`** de Cristo en un lenguaje que no puede ser malinterpretado. Él dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo.» (1 Tesalonicenses 4:16). Véase también (Tito 2:13); (1 Juan 3:2).

Cuando el Señor sea revelado desde el Cielo en **`fuego consumidor`**, los pecadores que entonces vivan serán destruidos, y la tierra será desolada. «Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna destrucción, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.» (2 Tesalonicenses 1:7-9); (2 Tesalonicenses 2:7, 8). Véase también (Mateo 13:26-30); (Mateo 13:37-43); (Mateo 3:12); (Lucas 17:26-30); (Isaías 13:9); (Isaías 6:8-11); (Isaías 24:1-3); (Isaías 34:1-15); (Isaías 28:21, 22); (Jeremías 4:20, 27); (Jeremías 50:32-38); (Sofonías 1:2, 3, 7-18); (Sofonías 3:6-8).

Cuando Cristo aparezca por **`segunda vez`**, los justos muertos resucitarán, y los justos vivos serán transformados a la inmortalidad. «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.» (1 Corintios 15:51-53). De nuevo el apóstol testifica sobre este punto: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16-17).

La iglesia entonces ya no estará separada de su **`adorable Redentor`**; sino que, con todas las dotaciones de la inmortalidad, estará **«siempre con el Señor»**. El apóstol afirma que serán arrebatados en las nubes para recibir al

Señor en el aire. ¿Volverán inmediatamente a la tierra? ¿O los guiará el Señor hasta la **`ciudad eterna`** de los salvos?

Jesús había dicho claramente a sus discípulos que los dejaría. «Le dijo Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después.» (Juan 13:36). Jesús pronto ascendería al Padre. Los discípulos no podían seguir a su Señor entonces; pero después, en el tiempo de su segunda venida y la resurrección de los justos, lo seguirían hasta el Cielo, cuando él regresara a su Padre.

Los discípulos se dolieron al saber que su Señor los dejaría. Y él consolaría sus corazones turbados diciéndoles: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay.» «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros.» «Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:1-3).

Es cierto que la tierra hecha nueva, (Apocalipsis 21:5), cuando la ciudad santa descienda del Cielo sobre ella, (Apocalipsis 21:2), será la **`herencia final`** de los justos. Pero Pedro, con fe y esperanza inspiradas nuevamente por la resurrección de Cristo, señala al Cielo como el lugar donde la herencia está reservada, y dice: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.» (1 Pedro 1:3-5). En este caso, el apóstol se refiere solo a la **`ciudad santa`**, la metrópolis de la herencia completa. Los redimidos permanecerán en la ciudad de arriba y reinarán con su Señor en juicio, (Apocalipsis 20:4), durante el **`séptimo milenio`**.

La doctrina de la segunda aparición de Cristo ha sido sostenida por la iglesia desde que su Señor ascendió al Padre para preparar moradas para su recibimiento. Es el evento que consuma sus esperanzas, termina el período de sus esfuerzos y tristezas, e introduce su **`reposo eterno`**. ¡Qué **`escenas sublimes`** se abrirán entonces ante los hijos de Dios que esperan! Los cielos

encendidos revelarán al Hijo de Dios en su gloria, rodeado de todos los santos ángeles. La trompeta sonará, y los justos saldrán de la tumba, inmortales. Y todos —Redentor y redimidos, acompañados por la hueste celestial— ascenderán a las moradas preparadas para ellos en la casa del Padre.

Para aquellos que realmente aman a su Señor ausente, el tema de su pronto regreso para otorgar inmortalidad a los justos muertos y vivos, está lleno de una *«bienaventuranza inefable»*. Este evento, con todos sus grandes resultados, siempre ha sido la *«esperanza de la iglesia»*. Pablo podía mirar a lo largo de dieciocho largos siglos y hablar de ello así: «Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.» (Tito 2:13). Y Pedro exhorta: «Esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios.» (2 Pedro 3:12). Y Pablo de nuevo, después de hablar del descenso del Señor del Cielo, la resurrección de los muertos en Cristo, y su ascenso con los justos vivos para encontrarse con el Señor en el aire, dice: «Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.» (1 Tesalonicenses 4:18).

La segunda venida de Cristo es un tema de *«gran importancia»* para la iglesia. Concluimos esto por la cantidad de testimonio relativo a ella, en conexión con la resurrección de los justos y el juicio, encontrado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La ortodoxia popular puede desecharla como no esencial para la fe cristiana, sin embargo, puede rastrearse a través de las Sagradas Escrituras, siendo destacada por profetas, Jesús y apóstoles. La Biblia se enfoca en lo *«esencial»*. No trata de lo *«no esencial»*. Cuando el Señor en su palabra dio a su pueblo una regla de fe y práctica, fue *«cuidadoso»* de dejar fuera todo lo no esencial. «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil», dice Pablo; «¡y que todo el pueblo diga, Amén!»

La doctrina de la segunda aparición de Cristo, tan *«destacada»* en las Escrituras, es pasada por alto por aquellos que reciben teorías no encontradas en las Escrituras. Así, el cumplimiento de todas las amenazas de la palabra de Dios, relativas al día de la ira que se acerca rápidamente, y la revelación del Hijo de Dios en fuego consumidor, para destruir a los habitantes de la tierra, como una vez fueron destruidos por el agua, se posponen a un futuro distante, si no se

pierden completamente de vista, por la doctrina no escritural de la **`conversión del mundo`** y el **`milenio temporal`**.

La **`segunda aparición personal`** de Jesucristo se aplica de la manera más **`absurda`** a varias cosas diferentes. Algunos enseñan que **`la muerte es la segunda venida de Cristo`**. Esto no es solo una violación de claras declaraciones escriturales, sino de las leyes del lenguaje. Solo puede haber una **`única segunda venida`** de Cristo, mientras que este vago sentimiento tiene tantas apariciones de Jesús como muertes hay. Los primeros discípulos no recibieron la idea de que la muerte fuera la segunda venida de Cristo. Pedro, al ver al amado Juan, «dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de este? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. Entonces salió este dicho entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?» (Juan 21:21-23).

Tan lejos estaban los discípulos de sostener que la muerte era la segunda venida de Cristo, que cuando entendieron que su Señor insinuaba que Juan podría permanecer hasta su regreso, inmediatamente concluyeron que no moriría; y de ellos se extendió este dicho. No; en lugar de recibir la idea de que la segunda venida de Cristo, en cualquier sentido, tuvo lugar en la muerte, la consideraron un evento que pondría fin para siempre al poder de la muerte sobre los justos.

¡Y qué **`teología confusa`** es esta que hace de la muerte la segunda aparición de Cristo! Él viene como el **`Dador de vida`**, y el **`mejor amigo del creyente`**. La muerte es el **`tomador de vida`**, y el **`último enemigo`** del hombre. (1 Corintios 15:26). Cristo viene para dar vida a los justos y para destruir al que tiene el poder de la muerte, esto es, al diablo. (Hebreos 2:14). Nota esto: El diablo tiene el poder de la muerte, y, en la providencia de Dios, se le permite enviar la flecha con púas incluso al corazón del justo, abatirlo en la muerte y encerrarlo en la tumba. Pero el **`Dador de vida`**, habiendo pasado bajo el dominio de la muerte y habiendo resucitado gloriosamente del abrazo de la tumba, dice triunfalmente: «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que

vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves del Hades y de la muerte.» (Apocalipsis 1:18). El diablo tiene el poder de la muerte. Cristo tiene las llaves de la muerte y del sepulcro, y en su segunda aparición abrirá las tumbas de los justos, romperá el poder de la muerte, su **último enemigo**, y los guiará a escenas de gloria inmortales y eternas. *¡Asombroso!* que los teólogos modernos afirmen que la muerte es la segunda venida de Cristo!

De nuevo, se dice que **la conversión es la segunda venida de Cristo**. Entonces hay tantas segundas venidas de Cristo como conversiones hay. Solo puede haber una **segunda aparición** de Jesucristo. Y, de nuevo, se dice que las manifestaciones del Espíritu Santo son la segunda venida de Cristo. De ahí que los hombres hablen de la *venida espiritual de Cristo*, y de su *reinado espiritual* por mil años. Pero aquí también se ven envueltos en la dificultad de una **pluralidad de segundas venidas de Cristo**; porque en este caso harían que Cristo apareciera en cada manifestación de gracia del Espíritu Santo. Solo puede haber una **única segunda venida** de Cristo.

Pero más que esto, aquellos que hablan de una *venida espiritual* y *reinado* de Cristo tienen las cosas muy confundidas. Que el Señor los ayude a ver la diferencia entre las manifestaciones del Espíritu Santo y la **presencia personal de Cristo en su segunda aparición**, mientras apelamos a las Escrituras. «Rogaré al Padre», dice Jesús, «y os dará otro Consolador.» (Juan 14:16). Este lenguaje implica **más de un consolador**. Cuando Cristo estaba con su pueblo, él era su consolador. En su ausencia, el Padre debía enviar otro consolador, el Espíritu de verdad. Durante la **ausencia del Hijo**, el Espíritu Santo sería su representante y el consolador de su amado y afligido pueblo. Los hechos del caso se exponen claramente en las siguientes palabras impactantes: «Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.» (Juan 16:5-8).

Y de nuevo, los Shakers ven la **`segunda aparición de Cristo en la persona de Ann Lee`**. Y los Mormones ven el cumplimiento de las profecías relativas a la venida y el reino de Cristo en la reunión de los «*`santos de los últimos días`*», en Salt Lake. Y los Espiritistas generalmente están de acuerdo al decir: **`¡He aquí, la segunda venida de Cristo está en las manifestaciones del Espiritismo!`**

En el discurso profético de Mateo 24 y 25, que abarca toda la era cristiana, nuestro Señor, después de hablar de la tribulación de la iglesia bajo las persecuciones papales, dice de nuestro tiempo: «Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o allí, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.» (Mateo 24:23, 24). La palabra *`entonces`* en este pasaje señala un período de tiempo específico cuando se escucharía: «Mirad, aquí está el Cristo, y mirad, allí está.» Nuestro Señor aquí describe los *`engaños espirituales`* de la *`época actual`*. Falsos cristos surgieron no mucho después de la primera venida para engañar a los judíos con respecto a ese evento (Mateo 24:5); de la misma manera, falsos cristos y falsos profetas han surgido en este día para engañar a la gente sobre el tema de la **`segunda venida`**.

El «*`Tiempo del Fin`*», una obra de no poca habilidad e importancia, llama correctamente a la doctrina del ***`milenio temporal`*** una *`novedad moderna`*. De este error popular de un milenio temporal y un reinado espiritual de Cristo, han surgido las aplicaciones místicas de las declaraciones más claras de las Escrituras relativas a la segunda aparición del Dador de vida, a la muerte, a la conversión, a las manifestaciones del Espíritu Santo, al Shakerismo, al Mormonismo y al Espiritismo.

¡Cuán enérgicas son las palabras de nuestro Señor cuando se aplican al tema que nos ocupa: «Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o allí, no le creáis.» (Mateo 24:23). Nadie necesita dejar de ver quiénes son los hombres que están clamando: «¡Mirad, aquí está el Cristo, y mirad, allí está!» El Señor continúa, en los versículos 25 y 26: «He aquí, os lo he dicho antes. Así que, si os

dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos secretos, no lo creáis.» Nuestro Señor aquí insiste en lo que les acaba de decir antes. Su tema sigue siendo las enseñanzas de aquellos que claman: «¡Mirad, aquí está el Cristo!» «¡Mirad, allí está!» Si los Mormones dicen: «Mirad, está en el desierto, no salgáis.» O, si escucháis proclamar desde los púlpitos populares de nuestro tiempo: «Mirad, está en los aposentos secretos», la segunda venida de Cristo es espiritual, en la muerte, o en la conversión, «no lo creáis.» ¿Y por qué no recibir tales enseñanzas místicas? La razón se da en el siguiente versículo:

«Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, ***así será también la venida del Hijo del Hombre***.» Estamos muy contentos de que nuestro Señor no solo haya señalado a falsos cristos y falsos profetas, y nos haya advertido contra sus enseñanzas místicas, sino que en contraste nos ha expuesto la manera de su segunda venida en los ***términos más claros***. El vívido relámpago que brota del lejano oriente y brilla hasta el occidente, ilumina todos los cielos. ¿Qué, entonces, cuando el Señor venga en ***gloria flamígera***, y todos los santos ángeles con él? La presencia de un solo ángel santo en el nuevo sepulcro donde Cristo yacía muerto, hizo que la guardia romana temblara y quedara como hombres muertos. La luz y la gloria de un ángel abrumaron completamente a esos fuertes centinelas. El Hijo del Hombre viene en su ***propia gloria real***, y en la ***gloria de su Padre***, acompañado por todos los santos ángeles. Entonces todo el cielo resplandecerá con gloria, y toda la tierra temblará ante él.

Sermón Tres. EL TIEMPO DE NOÉ Y EL NUESTRO.

Texto: «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre.» (Mateo 24:36, 37)

El discurso profético de Mateo 24 y 25 fue dado por nuestro Señor en respuesta a la pregunta de sus discípulos: «¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?» (Mateo 24:3). Aquí hay dos preguntas; una relacionada con la destrucción de Jerusalén; la otra con la segunda venida de Cristo. El texto se refiere a esta última.

Creemos solemnemente que el día y la hora, e incluso el año, del segundo advenimiento están deliberadamente ocultos. Algunos de los períodos proféticos alcanzan hasta el tiempo del fin, mientras que otros se extienden aún más cerca del fin mismo, hasta un evento del cual hablaremos más adelante, pero ninguno de ellos llega a la venida del Hijo del Hombre. Las profecías señalan claramente el período del segundo advenimiento, pero no dan el tiempo definido de ese evento. Pero muchos suponen que el texto prueba que nada puede saberse del período del segundo advenimiento. En esto yerran grandemente, como puede verse por las siguientes razones:

1. Porque nuestro Señor, después de afirmar que el sol se oscurecería, y que la luna no daría su luz, y que las estrellas caerían del cielo, da la siguiente parábola contundente, y hace la aplicación más clara de ella a este tema. Él dice: «De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.» (Mateo 24:32, 33). Ningún lenguaje puede ser más directo. Ninguna prueba puede ser más completa. La incredulidad más osada difícilmente se atreverá a negar estas palabras del Hijo de Dios, y a afirmar que nada puede saberse del período de su segunda venida.

2. Porque nuestro Señor declara que como en los días de Noé, así también sería la venida del Hijo del Hombre. Dijo Dios a Noé: «No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.» (Génesis 6:3). El período del diluvio le fue dado al patriarca. Y bajo la providencia directa de Dios, preparó el arca y advirtió a la gente. Así, las profecías que se cumplen y las señales declaran claramente que la segunda venida de Cristo está a las puertas, y el solemne mensaje ha salido.

3. Aquellos que afirman que el texto prueba que nada puede saberse del período del segundo advenimiento, lo hacen probar demasiado para su propia incredulidad. Como registra Marcos, la declaración dice: «Pero de aquel día y de la hora, nadie sabe; ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.» (Marcos 13:32). Si el texto prueba que los hombres no sabrán nada del período del segundo advenimiento, también prueba que los ángeles no sabrán nada de él, y también que el Hijo no sabrá nada de él, ¡hasta que el evento ocurra! Esta posición prueba demasiado, por lo tanto, no prueba nada al respecto. Cristo sabrá del período de su segundo advenimiento a este mundo. Los santos ángeles que esperan alrededor del trono del Cielo para recibir mensajes relativos a la parte que desempeñan en la salvación de los hombres, sabrán el tiempo de este evento final de la salvación. Y así también lo entenderá el pueblo de Dios que espera y vigila.

Una antigua versión inglesa del pasaje dice: «Pero ese día y esa hora nadie los hace saber, ni los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.» Esta es la lectura correcta, según varios de los críticos más capaces de la época. La palabra *saber* se usa aquí en el mismo sentido que Pablo le da en 1 Corintios 2:2: «Pues me propuse no saber [hacer saber] nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado.» (1 Corintios 2:2). Los hombres no harán saber el día y la hora, los ángeles no lo harán saber, tampoco el Hijo; pero el Padre lo hará saber.

Dice Campbell: «Macknight argumenta que el término *saber* se usa aquí como un causativo, en el sentido hebreo de la conjugación hiphil, es decir, *hacer saber*... Su [de Cristo] respuesta es justo equivalente a decir: El Padre lo hará saber cuando le plazca; pero no ha autorizado al hombre, ni al ángel, ni al Hijo, a

hacerlo saber. Precisamente en este sentido Pablo usa el término *saber*: «Fui a vosotros haciendo saber el testimonio de Dios; porque me propuse no hacer saber nada entre vosotros sino un Cristo crucificado.» (1 Corintios 2:2)».

Albert Barnes, en sus *Notes on the Gospels*, dice: «Otros han dicho que el verbo traducido como *saber* significa a veces *hacer saber*, o *revelar*, y que el pasaje significa: ‘ese día y esa hora nadie los hace saber, ni los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre’. Es cierto que la palabra tiene a veces ese significado, como en 1 Corintios 2:2.»

El Padre dará a conocer el tiempo. Él dio el período del diluvio a Noé, lo cual representa bien la proclamación del segundo advenimiento, dada en conexión con la evidencia de la terminación de los períodos de Daniel, durante el gran movimiento Adventista de 1840-44.

Y cuando la obra del patriarca de advertencia y construcción terminó, Dios le dijo: «Entra tú y toda tu casa en el arca.» (Génesis 7:1) «Porque dentro de siete días yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.» (Génesis 7:4). Así, cuando el tiempo de esperar, vigilar, llorar y trabajar haya terminado, y todos los santos estén sellados y encerrados con Dios, entonces la voz del Padre desde el Cielo dará a conocer el tiempo definido.

Al mirar hacia el gran movimiento Adventista, a la amarga decepción de 1844, y a los numerosos esfuerzos por ajustar los períodos proféticos por parte de muchos de los adventistas del primer día desde ese momento, y las numerosas decepciones que han seguido, no podemos sino sentir la fuerza de las palabras del profeta: «Hijo de hombre, ¿qué proverbio es este que tenéis vosotros en la tierra de Israel, que dice: Se prolongan los días, y parece toda visión? Diles, por tanto: Así ha dicho Jehová el Señor: Haré cesar este proverbio, y no lo usarán más como proverbio en Israel; diles, pues: Se han acercado los días y el cumplimiento de toda visión. Porque no habrá más visión vana, ni adivinación lisonjera en medio de la casa de Israel. Porque yo Jehová hablaré, y la palabra que hable se cumplirá; no se prorrogará más; sino que en vuestros días, oh casa rebelde, hablaré palabra y la cumpliré, dice Jehová el Señor.» (Ezequiel 12:22-25).

«Yo hablaré», dice Jehová, «y la palabra que yo hable se cumplirá.» La voz de Dios se escuchará desde lo alto en medio de las escenas terribles que preceden al segundo advenimiento. «Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: ¡Hecho está!» (Apocalipsis 16:17). Véanse también (Joel 3:16; Jeremías 25:30).

La carga de la profecía de Ezequiel, citada arriba, es evidentemente el tiempo. «Se prolongan los días, y perece toda visión.» (Ezequiel 12:22). Dios hará cesar este proverbio, hablando Él mismo. De esta manera, el Padre dará a conocer el tiempo, una obra no entregada en manos de hombres, ángeles, ni siquiera del Hijo.

El presente es enfáticamente el tiempo de esperar y vigilar. Es el período especial de la paciencia de los santos. En un tiempo definido encontraríamos alivio del estado de suspenso al que nos somete nuestra posición actual. El Señor nos interpela así: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si a la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; no sea que viniendo de repente, os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad.» (Marcos 13:35-37).

Una de las consecuencias fatales de no vigilar se establece claramente en Apocalipsis 3:3. «Si, pues, no velas, vendré a ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.» (Apocalipsis 3:3). La consecuencia de no vigilar será la ignorancia del tiempo. ¿Cuál será la consecuencia de vigilar? La inferencia es inevitable: que será un conocimiento del tiempo. En respuesta a la agonizante oración del Hijo de Dios: «Padre, glorifica tu nombre», (Juan 12:28a) vino una voz del Cielo, diciendo: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.» (Juan 12:28b). Los discípulos entendieron estas palabras del Cielo, mientras que la gente que estaba allí dijo que había tronado. (Juan 12:27-29). Así también los discípulos de Cristo que esperan y vigilan entenderán la voz de Dios cuando Él hable desde lo alto. Pero el mundo incrédulo no entenderá la voz. «Los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los sabios entenderán.» (Daniel 12:10).

Al comparar los días de Noé y los nuestros, el Señor continúa: «Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.» (Mateo 24:38-39). Aquí se traza un cuadro de la condición actual de la masa de la humanidad. ¡Cuán oscuros los rasgos! La gente de la última generación será como la de antes del diluvio, mientras se preparaba el arca. Noé predicó y les advirtió del diluvio venidero, y ellos se burlaron. Él construyó el arca, y ellos se mofaron y se rieron. Fue un predicador de justicia. Sus obras estaban calculadas para dar filo y calar hondo en el corazón de lo que predicaba. Cada sermón justo, y cada golpe asestado en la construcción del arca, condenaba a un mundo descuidado y burlón. A medida que el tiempo se acercaba, la gente era más descuidada, más endurecida, más osada e insolente, y su condenación más segura. Noé y su familia estaban solos. ¿Y podría una familia saber más que todo el mundo? El arca es objeto de ridículo, y Noé es considerado un *fanático obstinado*.

Pero el Señor llama a Noé al arca. Y por la mano de la Providencia las bestias son guiadas al arca; y el Señor cierra a Noé dentro. Esto es considerado al principio por la multitud burlona como algo maravilloso; pero pronto es explicado por los más sabios, para calmar sus miedos, y respiran con más facilidad.

El día de la expectación finalmente llega. El sol sale como de costumbre, y los cielos están despejados. «¿Y dónde está ahora el diluvio del viejo Noé?», se escucha de mil labios impíos. Es un día de festines y deportes inusuales. El agricultor cuida de sus rebaños y tierras, y el mecánico persigue su trabajo de construcción. En este mismo día, algunos se unen en matrimonio. Y mientras todos miran hacia largos años de futura prosperidad y felicidad, de repente los cielos se oscurecen. El miedo llena cada corazón. Las ventanas de los cielos se abren, y la lluvia descende en torrentes. «Fueron rotas todas las fuentes del grande abismo», (Génesis 7:11) y aquí y allá brotan ríos de aguas. Los valles se llenan rápidamente, y miles son arrastrados a la muerte. Algunos huyen a los

puntos más altos de la tierra; pero el agua los sigue rápidamente. Los hombres llevan a sus esposas e hijos a las montañas, pero se ven obligados a separarse de ellos allí para que se ahoguen, mientras ellos trepan a los árboles más altos. Pero pronto ellos también son cubiertos por el agua, de modo que no hay lugar de descanso para la paloma de Noé. Todos permanecen inmóviles en la muerte. ¡Muerte horrible! ¡hecha aún más horrible por ser consecuencia de una misericordia despreciada! Pero, ¿dónde está Noé? ¡Ah! A salvo en el arca, llevado por la ola. A salvo del diluvio; porque Dios «le cerró la puerta» (Génesis 7:16).

Por la mayoría de la gente, las evidencias de la pronta venida de Cristo se consideran insuficientes para basar la fe. Pero *notad*: el testimonio y los actos de un solo hombre condenaron a la gente destruida por el diluvio. Las evidencias entonces fueron suficientes, de lo contrario el mundo no habría sido condenado. Pero evidencias cien veces más convincentes nos llegan a raudales, de que el día del Señor está cerca y se apresura grandemente. Seguimos las numerosas cadenas proféticas de Daniel y del Apocalipsis, y nos encontramos en cada caso justo antes del día de la ira. Vemos las señales de las que hablaron los profetas, Cristo y las epístolas, cumpliéndose o ya cumplidas. Y en el momento adecuado, y de la manera correcta, para cumplir ciertas profecías, un mensaje solemne surge en diferentes partes del mundo: «Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano.» (Joel 2:1). Dondequiera que miremos, vemos la profecía cumpliéndose. Mientras el conocimiento de Dios y el espíritu de santidad se están yendo, la maldad espiritual, como un diluvio, cubre la tierra.

Pero estas evidencias se consideran insuficientes para basar la fe. Bueno, ¿qué tipo de evidencia querrían los incrédulos? «Cuando las señales del fin», dice el escéptico, «se cumplan, serán tan claras que nadie podrá dudar.» Pero si las señales son de tal naturaleza, y se cumplen de tal manera que obligan a todos a creer en la venida de Cristo, ¿cómo puede ser como fue en los días de Noé? Los hombres entonces no fueron obligados a creer. Pero ocho almas creyentes fueron salvadas, mientras que todo el resto del mundo se hundió en su incredulidad bajo las aguas del diluvio. Dios nunca ha revelado su verdad al hombre de una manera

que lo obligue a creer. Aquellos que han querido dudar de su palabra, han encontrado un amplio campo en el que dudar, y un camino ancho a la perdición. Mientras que aquellos que han querido creer, siempre han encontrado una roca eterna en la que apoyar su fe.

Justo antes del fin, el mundo estará endurecido en el pecado e indiferente a las demandas de Dios. Los hombres serán negligentes al escuchar las advertencias de peligro, y cegados por las preocupaciones, los placeres y las riquezas. Una raza incrédula e infiel estará comiendo, bebiendo, casándose, construyendo, plantando y sembrando. Es correcto comer y beber para sustentar la naturaleza; pero el pecado está en el exceso y la glotonería. El pacto matrimonial es santo; pero rara vez se piensa en la gloria de Dios. Construir, plantar y sembrar, necesario para un refugio conveniente, alimento y vestido, es correcto; pero el mundo se ha entregado por completo a estas cosas, de modo que los hombres no tienen tiempo ni disposición para pensar en Dios, el Cielo, la venida de Cristo y el juicio. Este mundo es su dios, y todas sus energías de cuerpo y mente se inclinan para servirlo. Y el día malo es pospuesto.

El fiel centinela que toca la alarma al ver que se acerca la destrucción, es presentado ante la gente desde los púlpitos de nuestra tierra y por la prensa religiosa como un «fanático», un «maestro de herejías peligrosas»; mientras que, en contraste, se presenta un largo período de paz y prosperidad para la iglesia. Así, las iglesias son acalladas para dormir. El burlador sigue burlándose, y el escarnecedor escarnece. Pero su día se acerca. Así dice el profeta de Dios: «Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre. Y se llenarán de espanto; angustias y dolores los oprimen; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrarán el uno al otro; sus rostros serán como llamas. He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de furor y de ira ardiente, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a los pecadores.» (Isaías 13:6-9).

¡Día más terrible! ¿Y está cerca? ¡Sí, se apresura! ¡Se apresura grandemente! ¡Qué descripción dada por el profeta! Leedla, y mientras leéis, intentad sentir cuán terrible será ese día: «Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy a

prieta; voz amarga la del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las torres altas. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, sino que toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente hará consumación apresurada de todos los moradores de la tierra.» (Sofonías 1:14-18).

Ahora oímos el clamor de «paz y seguridad» desde el púlpito, y por todo el camino hasta el bar. «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?», (2 Pedro 3:4) se murmura desde los labios impíos de mil burladores de los últimos días. Pero la escena cambiará rápidamente. «Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, ... y no escaparán.» (1 Tesalonicenses 5:3). El escarnio del burlador altivo pronto se convertirá en lamentos y aullidos. «La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová solo será exaltado en aquel día. Porque el día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido; y será abatido.» (Isaías 2:11, 12). «Y los muertos de Jehová serán en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados; como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra.» (Jeremías 25:33).

Las últimas plagas, en las que se colma la ira de Dios, ahora embotellada en el Cielo, esperando que la misericordia termine sus últimas súplicas, serán derramadas. ¡Ira de Jehová sin mezcla! ¿Y ni una gota de misericordia? ¡Ni una! Jesús se despojará de su atuendo sacerdotal, dejará el propiciatorio y se vestirá con las vestiduras de la venganza, para nunca más ofrecer su sangre para lavar al pecador de sus pecados. Los ángeles enjugarán la última lágrima derramada por los pecadores, mientras el mandato resuena por todo el Cielo: *Dejadlos solos*. La iglesia que gime, llora y ora en la tierra, que en el último mensaje emplea todo su poder para hacer sonar por todas partes la última nota de advertencia, para que la sangre de las almas no se halle en sus vestiduras, ahora está libre de su carga

de trabajo. El Espíritu Santo ha escrito dentro de ellos estas palabras proféticas de su Señor pronto esperado: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.» (Apocalipsis 22:11).

Ahora los ministros de la verdad tienen un mensaje para la gente y con gusto pronuncian las palabras de vida. Con alegría siguen trabajando, sufriendo y gastando sus energías en predicar a corazones tan duros como el acero, esperando que algunos puedan ser alcanzados, reunidos en la verdad y salvados. Pero entonces no tendrán mensaje. Ahora sus oraciones y fuertes clamores suben al Cielo en favor de los pecadores. Entonces no tendrán espíritu de oración por ellos. Ahora la iglesia dice al pecador: *Ven*; y Jesús está listo para interceder con su sangre en su favor, para que sea lavado de su pecado y viva. Pero entonces la hora de la salvación habrá pasado, y el pecador será encerrado en oscuridad y negra desesperación.

Será un día de luto, lamentación y hambre por oír las palabras del Señor. «Convertiré vuestras fiestas en luto, y todas vuestras canciones en lamentaciones; y haré poner cilicio sobre todo lomo, y que se rape toda cabeza; y la haré como el llanto de hijo único, y su final como día amargo. He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.» (Amós 8:10-12).

Ahora, la palabra del Señor puede ser oída; pero los pecadores, dentro y fuera de las iglesias, con pocas excepciones, no la valoran. Entonces, no será oída; pues los centinelas, puestos para vigilar y tocar la alarma de peligro, serán bajados de sus altas posiciones. Ahora, la palabra del Señor es llevada al pecador, y ofrecida sin dinero ni precio; pero él la trata con descuido, o, tal vez, echa al humilde siervo de Cristo de su puerta. Pero entonces él irá en su búsqueda. «E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente», (Amós 8:12a) pero no podrán oírla. «Discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.» (Amós 8:12b). De ciudad en ciudad, de estado en estado, de un país a otro, irán a buscar

un hombre comisionado del Alto Cielo para hablar la palabra del Señor, pero tal hombre no será encontrado. Todos ellos habrán terminado entonces su alta comisión. ¡La palabra del Señor! ¡La palabra del Señor! ¿Dónde podemos oírla?, se escucha en toda tierra. Un lamento general —¡la palabra del Señor!— sube al Cielo, pero los cielos son de bronce. Entonces la gente se volverá y desgarrará a los falsos pastores, quienes los engañaron con el clamor de «paz y seguridad». Los hijos reprocharán a los padres por impedirles caminar en la verdad, y los padres a sus hijos.

El avaro ahora ama su dinero, y lo sujeta con mano de hierro. Pero en aquel día se dirá: «¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están carcomidas. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y el moho de ellos será un testimonio contra vosotros, y devorará vuestra carne como fuego. Habéis acumulado tesoros para los últimos días.» (Santiago 5:1-3). Ahora, la plata y el oro pueden usarse para la gloria de Dios, para el avance de su causa. Pero en aquel día, «arrojarán su plata por las calles, y su oro será tenido por inmundicia; ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Jehová.» (Ezequiel 7:19).

Sermón Cuatro. LA IGLESIA NO EN TINIEBLAS.

TEXTO: «Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1 Tesalonicenses 5:4).

Para consolación de aquellos en la iglesia cuyos corazones podrían sangrar por el duelo, el apóstol se propone disipar sus aflicciones removiendo su ignorancia respecto a aquellos que duermen en Jesús. Él se dirige a la iglesia de Tesalónica así: «Pero no quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos [iremos delante de] a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos unos a otros con estas palabras» (1 Tesalonicenses 4:13-18).

El apóstol no quería que la iglesia ignorara acerca de los muertos. Quería que fueran instruidos en cuanto a la esperanza que se puede abrigar por aquellos que duermen en Jesús. La iglesia cree que «Jesús murió y resucitó», y que Dios «trajo de los muertos a nuestro Señor Jesucristo». Muy bien; «así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús». Tan ciertamente como trajo a su Hijo de entre los muertos, y lo llevó a su propio trono, así de ciertamente Dios también traerá de entre los muertos a todos los que duermen en Jesús, y los llevará al Cielo, y los sentará en el trono del Hijo.

El día mencionado en el texto no es el día de la muerte del creyente. El apóstol, al dar instrucción para el consuelo de la iglesia bajo las pérdidas, no señala a la muerte como la puerta a gozos sin fin, a través de la cual los muertos

piadosos pasan inmediatamente a la diestra de Dios, donde hay plenitud de gozo y deleites para siempre. No. *Ellos duermen en Jesús*. Y sus sueños no serán interrumpidos hasta que la última trompeta los despierte. El apóstol mira hacia adelante, sobre el largo período aún restante de los sueños de los justos, hacia el descenso del Señor del Cielo, la resurrección de los justos a la inmortalidad, como la gozosa esperanza de los justos de todas las edades.

Estos (no los terrores de la muerte y la tumba) son los grandes acontecimientos que introducen las glorias de la vida venidera. A estos, los profetas, Cristo y los apóstoles han señalado distintivamente como los eventos culminantes de la esperanza del creyente, y la fuente de sus gozos anticipados. Después de desplegar ante nosotros estos eventos que introducen las glorias ardientes del día de Dios, el apóstol concluye sus comentarios sobre esta rama del tema con esta notable frase: «Por tanto, alentaos unos a otros con estas palabras». Así el apóstol declara distintivamente la manera y el objeto de la segunda venida de Jesucristo, y trata la doctrina como un legado para la iglesia, dado para ser una fuente de consolación y aliento, especialmente para aquellos que están de luto a causa de las pérdidas.

Él continúa: «Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta; y no escapan. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1 Tesalonicenses 5:1-4). Pablo aquí habla proféticamente, y describe el estado de las cosas justo antes del fin. Él designa dos clases con las palabras *vosotros* y *ellos*. La palabra *vosotros* representa a aquellos a quienes él llama hermanos, que están bien instruidos en cuanto a los tiempos y las ocasiones, y por lo tanto están despiertos, y esperando y vigilando a su Señor. La palabra *ellos* representa a aquellos que tratan el tema de la venida de Cristo como no digno de su atención especial; por lo tanto, mientras algunos están dando la alarma, ellos no ven evidencias de la pronta venida del Señor, y están diciendo: *Paz y seguridad*.

El apóstol continúa: «Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen; y los que se emborrachan, de noche se emborrachan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tesalonicenses 5:5-9).

Las dos clases, la posición de cada una y el destino de ambas, se declaran distintivamente. Ciertamente aquellos que enseñan que el día del Señor vendrá sobre todos como ladrón en la noche, no han examinado plenamente el tema. Para su beneficio especial, repetiremos los puntos de diferencia, así:

	VOSOTROS
ELLOS	
:-----	:-----
-----	-----
-----	-----

No tenéis necesidad de que yo os escriba. (Versículo 1)	
Dirán: Paz y seguridad. (Versículo 3)	
Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. (Versículo 4)	El día del
Señor vendrá así como ladrón en la noche. (Versículo 2)	
Sois todos hijos de la luz. (Versículo 5)	
No durmamos como los demás. (Versículo 6)	

| Pues los que duermen, de noche duermen; y los que se emborrachan, de noche se emborrachan. (Versículo 7) |

| Dios no nos ha puesto para ira, sino para alcanzar SALVACIÓN. (Versículo 9) | Destrucción repentina vendrá sobre ellos. (Versículo 8) |

Ninguna verdad de la Inspiración puede ser declarada más claramente que esta: «Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3:7). Antes de visitar a hombres y naciones con juicios, Dios ha enviado advertencias suficientes para permitir que los creyentes escapen de su ira, y para condenar a aquellos que no han atendido las advertencias. Este fue el caso antes del diluvio. «Por la fe Noé, siendo advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca para la salvación de su casa, y por ella condenó al mundo» (Hebreos 11:7).

En un período posterior, cuando las naciones se habían hundido en la idolatría y el crimen, y la destrucción de la perversa Sodoma fue determinada, el Señor dijo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?» (Génesis 18:17, 18). Y se dio aviso debido al justo Lot, quien, con sus hijas, fue preservado; y nadie, ni siquiera en esa ciudad culpable, pereció sin la debida advertencia. Lot evidentemente advirtió a la gente; y, al conversar así con ellos, estaba «abrumado por la inmoral conducta de los malvados» (2 Pedro 2:7, 8). Cuando advirtió a sus yernos, «les pareció como que se burlaba» (Génesis 19:14). Y cuando «los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, rodearon la casa, tanto jóvenes como viejos, todo el pueblo de cada barrio», Lot les advirtió y les suplicó que desistieran de su maldad. Y ellos al instante hicieron lo que todos los pecadores desde los días del justo Lot han estado dispuestos a hacer a aquellos que fielmente les advierten de sus pecados; a saber, lo acusaron de ser un juez.

Antes de la destrucción de Jerusalén por Tito, un precursor fue enviado para preparar el camino delante del Señor. Aquellos que no recibieron a Cristo, fueron rechazados, «Porque» — como dijo a Jerusalén al advertir a la gente de la destrucción de su ciudad y templo — «no conociste el tiempo de tu visitación» (Lucas 19:44). Tenemos registrado el anuncio del Señor sobre la destrucción de Jerusalén durante el tiempo de la generación que lo rechazó, lo cual se cumplió en menos de cuarenta años desde el tiempo de su crucifixión. Y para que los cristianos en Judea pudieran escapar de su inminente destino, se les dijo que cuando vieran «a Jerusalén rodeada de ejércitos», o, como registró Mateo, «la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, en el lugar santo», debían «huir a los montes» (Lucas 21:20; Mateo 24:15). Ellos atendieron la admonición, y escaparon salvo a Pella.

Tal es el testimonio de la Inspiración con respecto a los tratos de Dios con su pueblo en épocas pasadas. Y no se puede suponer que Dios cambiará su curso con relación al futuro, cuando ese futuro ha de realizar la consumación culminante de todas las declaraciones proféticas. *iNo, no, de verdad!* Antes de que los cálices de la ira inquebrantable de Jehová sean destapados en el cielo, y derramados sobre la tierra, sobre las cabezas desprotegidas de los incrédulos, el mundo será plenamente advertido. Antes de que el Hijo del Hombre meta su hoz para recoger la preciosa cosecha de la tierra, esa cosecha debe estar plenamente madura para el granero celestial. Y antes de que la vid de la tierra sea recogida para el lagar de la ira de Dios, sus racimos también deben estar plenamente maduros (Apocalipsis 14:14-19). Y el último mensaje de advertencia temible al pueblo madurará y preparará a los creyentes para la salvación, y también a los incrédulos para la destrucción.

Sermón Cinco. El Tiempo del Fin.

TEXTO: *Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin: muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento se aumentará.* Daniel 12:4.

El tiempo del fin, señalado en el texto, no es el fin en sí mismo. Es evidentemente un período de tiempo justo antes del fin. En el tiempo del fin, muchos habrían de correr de aquí para allá, y el conocimiento sobre el gran tema ante la mente del profeta, habría de aumentar.

Las palabras del libro, nombradas en el texto, son sin duda la profecía de Daniel, cuyas varias cadenas se extienden hasta el cierre de todos los reinos terrenales en la segunda venida de Cristo.

Guarda las palabras y sella el libro. La profecía es historia por adelantado. Para los profetas mismos, sus propias profecías podían ofrecer poca luz, siendo el escenario profético desplegado ante ellos la historia del futuro. El apóstol, hablando de las profecías relativas al plan de salvación, que abarcan los sufrimientos de Cristo en su primera venida, y también la gloria que seguiría en su segunda venida, dice: «De esta salvación inquirieron y diligentemente indagaron los profetas que profetizaron de la gracia que había de venir a vosotros; escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos. A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pedro 1:10-12).

Las profecías relativas a la primera venida de Cristo no fueron una luz especial para los profetas en su tiempo. Pero fueron dadas para beneficio de los creyentes en el tiempo de su cumplimiento. Por la naturaleza misma del caso, estuvieron, al menos en cierto grado, cerradas hasta ese momento. Lo mismo ocurre con aquellas profecías que se relacionan con la segunda venida. No fueron diseñadas

para el beneficio especial de los profetas, los apóstoles, los mártires o los reformadores; sino que son una luz especial para quienes viven en el tiempo del fin. El libro debía ser cerrado y sellado hasta que llegara ese período de tiempo llamado el tiempo del fin. ¿Qué entonces?

Muchos correrán de aquí para allá. Sea que esto se cumpla al revolver y buscar de aquí para allá en las Escrituras en busca de luz sobre el tema del cumplimiento de la profecía, o por hombres llamados por Dios a la obra, viajando de aquí para allá con el mensaje de Dios a la gente sobre este tema, el cumplimiento es evidente. Ambas cosas se han hecho en el último medio siglo como nunca antes.

Duffield en *Prophecy*, p. 373, dice: «La palabra traducida como "correr de aquí para allá", se usa metafóricamente para denotar investigación, observación minuciosa, diligente y precisa, así como se dice que los ojos del Señor "corren de aquí para allá". La referencia no es a esfuerzos misioneros en particular, sino al estudio de las Escrituras, especialmente al libro sellado de la profecía.»

Clarke dice: «Muchos correrán de aquí para allá. Muchos se esforzarán por buscar el sentido; y el conocimiento aumentará por estos medios. Este parece ser el significado de este versículo, aunque se le ha dado otro; a saber: “Muchos correrán de aquí para allá predicando el evangelio de Cristo, y por lo tanto el conocimiento religioso y la verdadera sabiduría aumentarán”. Esto es cierto en sí mismo; pero no es el significado de las palabras del profeta.»

Matthew Henry dice: «Lo leerán una y otra vez, meditarán sobre ello; lo discutirán, lo conversarán, desentrañarán su significado, y así el conocimiento aumentará.»

Gill dice: «Muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento aumentará; es decir, hacia el final del tiempo señalado, muchos se sentirán impulsados a inquirir sobre estas cosas contenidas en este libro, y no escatimarán esfuerzos ni gastos para obtener un conocimiento de ellas; leerán y estudiarán las Escrituras, y meditarán en ellas; compararán un pasaje con otro, las cosas espirituales con las espirituales, para obtener la mente de Cristo; leerán cuidadosamente los

escritos de aquellos que vivieron antes que ellos, quienes intentaron algo de este tipo; e irán lejos y cerca para conversar con personas que tengan algún entendimiento de tales cosas; y por tales medios, con la bendición de Dios sobre ellos, el conocimiento de este libro de profecía aumentará, y las cosas aparecerán más claras y evidentes cuanto más se acerque su cumplimiento; y especialmente cuando la profecía y los hechos puedan compararse.»

Y el conocimiento se aumentará. Esto no significa conocimiento general; sino que las palabras deben limitarse al tema presentado a Daniel. El libro de Daniel contiene cadenas de profecía que llegan hasta el fin de los reinos terrenales y el Juicio. Los capítulos 11 y 12 son una cadena, que se extiende hasta el tiempo en que se levantará Miguel, el tiempo de angustia cual nunca fue, y la resurrección de muchos (Daniel 12:1, 2). En el versículo 6, uno dice a «el varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas?» El fin de las maravillas es el cierre de estas escenas relacionadas con el Juicio. En el versículo siguiente, la respuesta la da el varón vestido de lino, con un juramento solemnísimo, con ambas manos alzadas al cielo.

Pero dice Daniel: «Oí, pero no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?» (Daniel 12:8). El profeta aquí hace indagaciones serias relativas a las escenas relacionadas con la segunda venida. Leamos la respuesta del ángel: «Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin» (Daniel 12:9). La profecía de Daniel, que apunta distintivamente al período de la segunda venida, fue cerrada y sellada hasta el tiempo del fin. ¿Qué entonces? En el versículo 4, a Daniel se le dijo que en el tiempo del fin muchos correrían de aquí para allá, y el conocimiento aumentaría. Esto se relaciona con la parte teórica de la obra. Pero, en el versículo 10, la respuesta del ángel a la seria pregunta del profeta se relaciona con la obra de preparación y los resultados del gran movimiento del Segundo Advenimiento. Dice: «Muchos serán limpios, y emblanquecidos, y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán» (Daniel 12:10).

Aquí hay dos clases, los impíos y los sabios. Los sabios son aquellos que están siendo purificados y emblanquecidos. Son sabios en referencia a las cosas de Dios

y al reino de los Cielos. Entienden, por las profecías que se abren, los eventos que terminan las maravillas mostradas al profeta. Ven estas cosas claramente, creen, se preparan y se regocijan en la bendita esperanza. Aquí debemos sentirnos impresionados por el alcance práctico de la fe y la esperanza del Segundo Advenimiento. Los verdaderamente sabios, aquellos que están siendo purificados, emblanquecidos y probados, entienden. Escucharán la voz de advertencia, y serán instruidos, y comprenderán que el día del Señor viene y se apresura mucho. Estarán esperando y velando, y estarán listos cuando el Señor venga. De estos habla Pablo: «aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan» (Hebreos 9:28). O, como exhorta Pedro: «Por lo cual, amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz» (2 Pedro 3:14). De nuevo, «Puesto que todas estas cosas han de ser disueltas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!» (2 Pedro 3:11).

Pero los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá. No buscan el Espíritu de verdad. Son guiados por el espíritu de error. Dudan, se burlan y marcan su curso de rebelión contra la verdad de Dios obrando impiamente. Que Dios se apiade del pecador ciego.

Es evidente que existe un período de tiempo en el que la iglesia debe esperar especialmente la segunda venida de Cristo. Muchos, sin embargo, sostienen que era correcto que los primeros cristianos esperaran la segunda venida de Cristo en su tiempo, que ha sido bíblico para los seguidores de Cristo en cada generación desde entonces esperar su venida en su día, y que nada más, a este respecto, se requiere de la iglesia en este momento.

Es cierto que algunos de la iglesia primitiva adoptaron la idea de que Cristo vendría en su día. Y es evidente que la iglesia de Tesalónica creía esto por el hecho de que el apóstol, en su segunda epístola a ellos, corrige este error. Dice: «Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os

engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios» (2 Tesalonicenses 2:1-4).

De este testimonio concluimos que hubo quienes habían enseñado a los tesalonicenses a esperar el segundo advenimiento en su día. Pero el apóstol los exhorta a no preocuparse por esta idea, y los advierte contra ser engañados por ella. Luego afirma que el día de Cristo no vendría, a menos que primero viniera una apostasía, y que se revelara el Hombre de Pecado (el Papado). Señala a la iglesia de Cristo a lo largo del período de la apostasía y los mil doscientos sesenta años de supremacía papal, hasta cerca de nuestro tiempo, y protege todo el camino con una advertencia contra ser engañados con la idea de que Cristo podría venir durante ese período. ¿Y por qué cesó allí su advertencia? Respuesta: En ese punto comenzó el tiempo del fin, cuando la profecía de Daniel debía ser desellada, el conocimiento sobre el tema de la venida de Cristo debía aumentar, y muchos correrían de aquí para allá.

¡Qué hermosa armonía en los testimonios del ángel y de Pablo! El ángel dice a Daniel: «Las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin» (Daniel 12:9). Pablo dice a sus hermanos: «Ese día no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado» (2 Tesalonicenses 2:3). La advertencia del apóstol se extiende hasta el tiempo del fin, donde las palabras debían ser deselladas. Esto muestra claramente que el último medio siglo ha sido el período para que el tema del segundo advenimiento sea revelado, y este es el único momento en que la iglesia de Cristo podía bíblicamente esperar la venida del Señor.

Sermón Seis. EL REINO.

TEXTO: «En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y permanecerá para siempre.» (Daniel 2:44)

El segundo capítulo de Daniel introduce cinco reinos universales que se sucederían el uno al otro. Los primeros cuatro reinos son terrenales y perecederos. El quinto es inmortal, y permanecerá para siempre. Los primeros cuatro reinos están representados por la gran imagen metálica, cuyas diversas partes están compuestas de oro, plata, bronce y hierro mezclado con barro. Cuando estos sean desmenuzados y completamente removidos, entonces el reino inmortal llenará toda la tierra. Ahora prestaremos atención a Daniel 2:31-45.

Versículos 31-36: «Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen grande, cuya brillantez era excelente, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando hasta que una piedra fue cortada, no con mano, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y se hicieron como el tamo de las eras de verano; y se los llevó el viento, y ningún lugar se encontró para ellos. Y la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra. Este es el sueño, y te diremos su interpretación delante del rey.» (Daniel 2:31-36)

Pero primero, notemos algunos puntos importantes mencionados en este sueño:

1. La piedra hirió a la imagen en sus pies.
2. Entonces el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, fueron desmenuzados.

3. El viento se los llevó, como el tamo de las eras de verano, de modo que ningún lugar se encontró para ellos. Ningún lenguaje puede describir una destrucción más completa.

4. Entonces, y solo entonces, la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte y llenó toda la tierra.

Versículos 37, 38: «Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder y fuerza y gloria. Y dondequiera que habitan los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo te ha entregado en tu mano, y te ha hecho señor de todo ello. Tú eres [o tu reino es] esta cabeza de oro.» (Daniel 2:37-38) Babilonia fue el primer reino de imperio universal. Fue fundada por Nimrod, el bisnieto de Noé. Ver Génesis 10:8-10. Duró casi mil setecientos años, aunque bajo diferentes nombres; a veces llamada Babilonia, a veces Asiria, y a veces Caldea. Continuó desde el tiempo de Nimrod hasta el de Belsasar, quien fue su último rey.

Versículo 39 (primera parte): «Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo.» (Daniel 2:39) El reino Medo-Persa sucedió a Babilonia. Ver Daniel 5:28: «Tu reino [Babilonia] ha sido dividido y dado a los Medos y a los Persas.» (Daniel 5:28) El Medo-Persa fue el segundo reino universal representado por el pecho y los brazos de plata.

Versículo 39 (última parte): «Y un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra.» (Daniel 2:39) En Daniel 8:5-7, 21, aprendemos que Grecia conquistó el reino Medo-Persa y se convirtió en un reino de imperio universal. Esto ocurrió bajo Alejandro. Aquí, entonces, tenemos el tercer reino, que está representado por el bronce de la imagen.

Versículo 40: «Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y somete todas las cosas; y como el hierro que todo lo desmenuza, así desmenuzará y aplastará.» (Daniel 2:40) El cuarto reino es generalmente admitido como Roma. Es un reino universal que ha de desmenuzar todo lo que le precedió. Solo Roma responde a la descripción. Tuvo un imperio universal. Ver Lucas 2:1: «Y aconteció en aquellos días, que salió un edicto de parte de Augusto

César, para que todo el mundo fuese empadronado.» (Lucas 2:1) Augusto César fue un emperador romano. Aquí tenemos el cuarto reino, representado por las piernas de hierro.

Versículo 41 (primera parte): «Y lo que viste los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, el reino será dividido.» (Daniel 2:41) El Imperio Romano de Occidente, entre los años 356 d.C. y 483 d.C., se dividió en diez divisiones, o reinos: 1. Los Hunos, en Hungría, 356 d.C.; 2. Los Ostrogodos, en Mesia, 377; 3. Los Visigodos, en Panonia, 378; 4. Los Francos, en Francia, 407; 5. Los Vándalos, en África, 407; 6. Los Suevos y Alanos, en Gascuña y España, 407; 7. Los Burgundios, en Borgoña, 407; 8. Los Heruli y Rugii, en Italia, 476; 9. Los Sajones y Anglos, en Gran Bretaña, 476; 10. Los Lombardos, en Alemania, 483. Así fue dividido el reino, como lo designan los diez dedos.

Versículos 41-43 (empezando con la última parte del versículo 41): «Mas como viste el hierro mezclado con barro cenagoso, así será el reino dividido; mas en él habrá de la fortaleza del hierro, así como viste el hierro mezclado con barro cenagoso. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro cenagoso, se mezclarán por medio de alianzas humanas; mas no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.» (Daniel 2:41-43)

Este lenguaje describe el estado de los reinos en los que el cuarto reino se dividiría. Algunos de ellos serían fuertes como el hierro, y otros débiles como el barro. Sin embargo, así como el hierro no puede unirse permanentemente al barro, los reinos más fuertes no podrán anexar a los más débiles en una unión permanente. Tampoco el matrimonio entre las familias reinantes logrará que estos reinos se unan. Luego vienen las palabras del texto, que señalan distintivamente el período del establecimiento del reino imperecedero de Dios:

Versículo 44: «En los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá un reino que jamás será destruido; y el reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y permanecerá para siempre.»

(Daniel 2:44) Los reyes mencionados en el texto son con toda certeza los diez reyes, o diez reinos, del cuarto reino dividido; pues son el tema del discurso. La frase, «*En los días de estos reyes*», no se refiere a los días del reino de Babilonia, de Media y Persia, de Grecia, ni a los días de Roma antes de que se dividiera en diez reinos. Pero sí se refiere a Roma después de que se dividió en diez reinos, representados por los diez dedos de la imagen. Por lo tanto, el reino no fue establecido en el tiempo de la primera venida de Cristo. Tampoco pudo ser establecido, según el texto, hasta que el reino romano se dividiera en los diez reinos, división que tuvo lugar entre los años 356 d.C. y 483 d.C. El establecimiento de este reino es evidentemente un evento futuro.

La piedra no hirió a la imagen en la cabeza, Babilonia; ni en el pecho, Media y Persia; ni en los costados, Grecia; ni tampoco en las piernas, Roma Pagana. La piedra hirió a la imagen en sus pies. Pero no pudo herir los pies antes de que existieran, y no existieron hasta varios siglos después de la primera venida de Jesucristo. Todavía esperamos el desmenuzamiento de la imagen, o la destrucción de todos los gobiernos terrenales, antes de que la piedra se convierta en un gran monte y llene toda la tierra, o que el reino inmortal sea plenamente establecido en la tierra.

La piedra no tiene nada en común con la imagen. Notemos bien los eventos aquí declarados. La piedra rompe la imagen, y esta se vuelve como el tamo de las eras de verano, y el viento la lleva tan lejos que no se encuentra lugar para ella. Todos los reinos terrenales son primero rotos y dejan de existir; entonces, y solo entonces, la piedra llena toda la tierra.

El reino aquí mencionado no es un reino espiritual establecido en las mentes y corazones de los hombres mortales. En ningún sentido de la palabra se puede decir que el reino fue establecido alrededor del tiempo de la primera venida de Cristo. Si se dice que el reino de la gracia fue establecido por nuestro Señor Jesucristo en su primera venida, entonces preguntamos, ¿Acaso Dios no tenía un reino de gracia antes de ese tiempo? Si no, entonces Enoc, Noé, Lot, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y los profetas, han perecido sin esperanza; porque ciertamente ningún hombre puede ser salvo sin gracia.

Es cierto que la frase, «*desmenuzará y consumirá todos estos reinos*», da la idea de que el reino de Dios, por un tiempo, es contemporáneo con los reinos perecederos. Y en vista de este hecho, muchos adoptan la visión popular del reino espiritual de Cristo, la conversión del mundo, comúnmente llamado el milenio temporal. Otros, que rechazan el reino espiritual, suponen tener un fuerte apoyo en esta frase para el milenio mixto, el reinado literal de Cristo en la tierra con los justos inmortales de todas las edades, entre las naciones mortales. Pero rechazamos ambas visiones por oponerse a las más claras declaraciones de las Sagradas Escrituras, e invitamos la atención a una que consideramos escritural y armoniosa.

El establecimiento del reino eterno se da por una sucesión de eventos, el primero de los cuales ocurre antes de la destrucción de los gobiernos terrenales.

1. El Hijo de Dios, al final de su ministerio por los pecadores, y antes de su segunda aparición, recibirá el reino del Padre. En el séptimo capítulo de este libro profético leemos estas palabras: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, y vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino, uno que no será destruido.» (Daniel 7:13, 14) Este lenguaje describe una gran transacción en el Cielo entre el Padre y el Hijo. El Hijo, en su segundo advenimiento a este mundo, no se acerca al Padre. Tan lejos de esto, que el apóstol representa al Padre permaneciendo en el Cielo y enviando a su Hijo. «Y él [el Padre] enviará a Jesucristo, el que os fue antes anunciado.» (Hechos 3:20)

Las palabras del Salmista son pertinentes: «Pídeme [dice el Padre al Hijo], y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.» (Salmos 2:8, 9) Antes de que el Hijo haga su segundo advenimiento a este mundo, recibe del Padre «*dominio, y gloria, y un reino.*» Las naciones son suyas, y los confines de la tierra son su posesión. Así, el Dios del cielo establece el reino

invistiendo a su Hijo con autoridad real antes de enviarlo a manifestarlo en la tierra entre sus enemigos.

2. Después de la coronación del Rey de reyes, los cielos abiertos lo revelarán viniendo con magnificencia y gloria, liderando los ejércitos del Cielo al último gran conflicto con la bestia, el falso profeta y los reyes de la tierra. Ver Apocalipsis 19. «Sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza había muchas diademas.» (Apocalipsis 19:12) «Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.» (Apocalipsis 19:16) Su misión entonces será «juzgar y hacer la guerra.» (Apocalipsis 19:11) A un lado estará la bestia, y los reyes de la tierra y sus ejércitos; y al otro lado estará el Rey de reyes, seguido por todos los santos ángeles. Los ejércitos del Cielo logran una victoria gloriosa. «Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho las señales delante de ella, con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y a los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada del que estaba sentado sobre el caballo, la cual salía de su boca.» (Apocalipsis 19:20-21)

En Apocalipsis 19, vemos la completa destrucción de todos los hombres malvados, o el desmenuzamiento de las naciones como vasija de alfarero, o la imagen rota por la piedra, y completamente destruida y removida como el tamo ante el viento. La destrucción de los enemigos del Señor, representados por los diversos nombres de «*hombre de pecado*», «*misterio de iniquidad*» y «*el inicuo*», es así descrita por el apóstol — «a quien el Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:8)

3. En la segunda venida de Cristo, los justos muertos serán resucitados, los justos vivos serán transformados, y así los súbditos del reino eterno serán hechos inmortales. 1 Tesalonicenses 4:14-18; 1 Corintios 15:51-55. Esta es la primera resurrección al comienzo del milenio.

4. Los súbditos inmortales del reino ascenderán con su Señor a la ciudad eterna y reinarán con él en el juicio de los impíos mil años, tiempo durante el cual la tierra estará desolada. Hemos visto por el testimonio del Nuevo Testamento que todos los hombres impíos serán destruidos en la segunda venida. Ver 2 Tesalonicenses 1:7-9; 2:7, 8; Mateo 13:26-30, 37-43; 3:12; Lucas 17:26-30. Los profetas del Antiguo Testamento describen claramente la desolación de la tierra durante el milenio. Ver Isaías 6:8-11; 13:9; 24:1-3; 34:1-15; 28:21, 22; Jeremías 4:20, 27; 50:32-38; Sofonías 1:2, 3; 3:6-8.

5. Al final del milenio, los impíos serán resucitados de entre los muertos. «Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años.» (Apocalipsis 20:5) Entonces serán destruidos. «Y de Dios descendió fuego del cielo, y los devoró.» (Apocalipsis 20:9) Satanás, y todos los ángeles caídos, y todos los hombres impíos, serán entonces consumidos por el fuego de la ira de Jehová. Apocalipsis 20:10; Mateo 25:41; 2 Pedro 2:4; Judas 6. En la conflagración general de ese tiempo, la vieja tierra y el cielo atmosférico pasarán de la presencia de Aquel que está sentado en el gran trono blanco. Apocalipsis 20:11. «Los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.» (2 Pedro 3:10)

6. De la vieja tierra, derretida y limpiada del pecado y los pecadores, surgirá, moldeada por la mano del gran Restaurador, la nueva tierra, libre de todas las marcas de la maldición. «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron.» (Apocalipsis 21:1) Entonces se cumplirán las palabras de David: «Porque de aquí a poco no existirá el malo; observarás atentamente su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Salmos 37:10, 11) Y Cristo se refiere a lo mismo en su sermón del monte. «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.» (Mateo 5:5)

Es al final de los mil años de Apocalipsis 20, después de la destrucción final de todos los enemigos de Dios, que «los santos del Altísimo tomarán el reino, y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos.» (Daniel 7:18) «Y el reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo serán dados

al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno.» (Daniel 7:27) Entonces el reino en todas sus partes —el Rey, los súbditos, el territorio, siendo la ciudad santa la metrópolis— estará completo. Entonces la piedra se habrá convertido en un gran monte, de modo que llenará toda la tierra.

Hemos visto que el establecimiento del reino inmortal será por una sucesión de eventos. El reino en su primera etapa, cuando se establece en el Cielo, por el Dios del Cielo, está representado por una piedra cortada del monte. Cuando está completo y plenamente establecido en la tierra, está representado por un monte que llena toda la tierra. El reino, en su condición de piedra, es contemporáneo por un tiempo con los reinos perecederos de este mundo. De ahí que se diga que «desmenuzará y consumirá todos estos reinos.» (Daniel 2:44) Una vez logrado esto, y la tierra restaurada a su gloria edénica, el reino y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, serán la herencia eterna de los redimidos.

Contrasta con esta armoniosa serie de eventos en el establecimiento del reino, aquella visión que tiene el reino establecido en la tierra cuando Cristo viene, y el reinado de mil años de Cristo con su pueblo en la nueva tierra. Esa visión necesariamente tiene a Satanás suelto en la nueva tierra, después de que los santos, con Cristo en medio de ellos, han disfrutado de sus glorias durante mil años. Entonces el vasto ejército de Satanás, «cuyo número es como la arena del mar,» (Apocalipsis 20:8) es resucitado de los muertos de la nueva tierra; y, con Satanás a su cabeza, suben pisoteando los campos de verde vivo en la anchura de la nueva tierra para rodear la ciudad de los santos. Y para coronar lo absurdo de esta posición, el fuego desciende del Cielo y consume la vasta multitud de los impíos de todas las edades sobre la nueva tierra. En nuestra opinión, las inconsistencias de esta visión han llevado a muchos a adoptar el milenio mixto, y a seguir en las fantasías casi interminables de lo que se llama *la Edad Venidera*.

Si se objeta que nuestra visión del tema tiene la ciudad de los redimidos descansando sobre la vieja tierra antes de que sea regenerada por fuego, respondemos: Esto puede estar en el plan de Dios, para que todos los pecadores vean lo que han perdido, para que los redimidos presencien los terrores de esa muerte de la que son salvados, y para que las inteligencias reunidas del universo

que no han pecado, también se impresionen con la santidad y la dignidad de la ley divina, cuya pena es la muerte.

¡Tremenda ejecución! Satanás, y todos los ángeles que se rebelaron con él, y todos los hombres que han muerto en sus pecados, desde el asesino Caín hasta el último pecador que rechace la salvación, perecerán en el lago de fuego derramado sobre ellos mientras se reúnen alrededor de la ciudad de los redimidos para tomarla. ¡Qué lugar tan apropiado será el viejo mundo —las marcas de la maldición ahora doblemente visibles— para esta terrible ejecución!

«Y sus pies se afirmarán en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande.» (Zacarías 14:4) Al final del milenio, el Señor se afirmará sobre el monte de su ascensión; y, después de que su voz llame a los muertos impíos, el monte se dividirá, dejando una llanura lo suficientemente extensa como para recibir la Nueva Jerusalén. Alrededor de esta ciudad, Satanás y sus vastas fuerzas se reunirán para tomarla. Y en el mismo momento del ataque, fuego del Cielo descenderá sobre ellos hasta tal punto que la vasta escena, cubriendo necesariamente una gran porción de la superficie de la vieja tierra, es representada como un lago de fuego y azufre. Entonces «los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra también.» (2 Pedro 3:10) Pero si esa porción de la tierra donde la ciudad descansará, habiendo sido preparada por un milagro de poder divino para la recepción de la amada ciudad, permanecerá inafectada por los fuegos de aquel día; o si la tierra y el cielo derritiéndose, huyendo de la presencia de Aquel que estará sentado en el gran trono blanco, Apocalipsis 20:11, serán removidos de la ciudad durante la regeneración por fuego, puede que no sea importante para la presente discusión del tema. Cualquiera de estas cosas puede ser hecha por el poder de Aquel que hará cosas mayores en la gran obra de la restitución.

LOS DOS REINOS

Dos condiciones del pueblo de Dios se expresan en las Escrituras con la palabra reino: 1. El arreglo de Dios en la recompensa futura de aquellos que serán salvos por gracia. A esto lo llamaremos el reino de gloria. 2. El arreglo de Dios para salvar a los hombres por gracia. A esto lo llamaremos el reino de gracia. «Acerquémonos, pues,» dice Pablo, «confiadamente al trono de la gracia.» (Hebreos 4:16) Un trono de gracia presupone un reino de gracia.

EL REINO DE GLORIA

Aparecerá evidente que la palabra «reino» en muchos casos se refiere al futuro reino inmortal, y no puede aplicarse a los medios de la gracia. Que el reino inmortal no fue establecido en ciertos períodos mencionados en el Nuevo Testamento, se demostrará al referirnos a algunas de esas expresiones de la Escritura que se aplican al futuro reino de gloria. No fue establecido cuando nuestro Señor enseñó a sus discípulos a orar: «Venga tu reino» (Mateo 6:10). Los profetas, Cristo y los apóstoles, todos señalan a la iglesia hacia el advenimiento y el reino de Cristo como el tiempo de la consumación de su fe y esperanza, el fin de sus trabajos y dolores, y la plenitud de sus gozos. De ahí que, en la oración modelo para la iglesia cristiana de todas las épocas, se encuentre la petición: «Venga tu reino».

La madre de los hijos de Zebedeo entendió que el reino era futuro cuando le pidió a nuestro Señor que concediera que sus dos hijos se sentaran, «el uno a tu mano derecha, y el otro a tu izquierda», en su reino (Mateo 20:20, 21).

Además, el reino era todavía futuro cuando nuestro Señor comió la última pascua con los doce. Él les dijo: «De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga» (Lucas 22:18).

Pero ¿estableció Cristo el reino antes de su ascensión al cielo? Justo antes de su ascensión, los discípulos preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» No había sido establecido entonces.

Cuando Santiago escribió su epístola, el reino inmortal era todavía una cuestión de promesa. Él dice: «Oíd, hermanos míos amados, ¿no ha escogido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?» (Santiago 2:5).

Tanto Jesús como Pablo asocian el reino con la segunda venida. Jesús se dirige a los que esperan su venida y reino, diciendo así: «Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor, cuando regrese de las bodas; para que cuando él venga y llame, le abran en seguida» (Lucas 12:35, 36). En esta conexión, consuela a su pueblo con estas preciosas palabras: «No temáis, manada pequeña; porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lucas 12:32). Pablo encarga solemnemente a Timoteo: «Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino» (2 Timoteo 4:1). El apóstol también declara que «es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hechos 14:22). Esta exhortación fue hecha a quienes ya eran cristianos, pero aún no estaban en el reino. El reino inmortal es la recompensa que se dará a todos los que avancen valientemente a través de la tribulación aquí. Y nuevamente dice: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Corintios 15:50). Esto resuelve la cuestión de que hay un reino que no será disfrutado por los santos hasta que vistan la inmortalidad, o hasta que entren en el estado inmortal, que el apóstol dice, en el versículo 52, que es «a la final trompeta».

La exhibición en miniatura del reino de Dios en la transfiguración está diseñada para mostrar la naturaleza del reino y cuándo será establecido. «Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus obras. De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino» (Mateo 16:27, 28). «Hasta que vean el reino de Dios» (Lucas 9:27).

Esta promesa se cumplió poco después en el monte. «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y

se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro respondió y dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros quedarnos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd» (Mateo 17:1-5). Nótese los siguientes puntos:

1. Jesucristo apareció allí en su propia gloria personal. Su semblante resplandeció como el sol, y su vestidura era blanca como la luz.

2. La gloria del Padre estaba allí. Fue una «nube resplandeciente» de la gloria divina, de la cual salió la voz del Padre.

3. Aparecieron Moisés y Elías; uno, el representante de aquellos santos que serán resucitados en la venida de Cristo y revestidos de gloria; el otro, Elías, el representante de aquellos que estarán vivos y serán transformados en la aparición de Cristo.

4. El uso que los apóstoles hicieron de la escena. Pedro fue uno de los testigos; y en vista de la importancia del reino de Cristo, él, en su segunda epístola, ha dado a los creyentes de todas las edades venideras instrucciones sobre cómo pueden asegurarse una entrada abundante «en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino porque fuimos testigos oculares de su majestad». Esto, dice él, fue «cuando estuvimos con él en el monte santo» (2 Pedro 1:16-18). Esta escena fue una demostración de la segunda venida, personal y gloriosa de Cristo, y muestra que el reino será inmortal cuando sea establecido, y que será establecido en el período de la segunda venida y resurrección de los justos.

EL REINO DE LA GRACIA

También aparecerá evidente que en muchos casos la palabra «reino» se aplica a los medios de la gracia, y no puede tener referencia al reino futuro. La palabra se usa así en muchas de las parábolas de nuestro Señor.

La parábola del trigo y la cizaña se aplica al estado imperfecto presente, cuando los pecadores pueden disfrutar los medios de la gracia, y no al futuro estado de gloria. Esto es evidente. Pero la siembra mencionada en esta parábola no comenzó en la primera venida del Hijo de Dios. Los hijos del reino y los hijos del maligno, ambos aparecieron mucho antes de que Jesús muriera por los pecadores. Abel y Caín representaron las dos clases. Durante todo el período desde el tiempo de estos hijos de Adán hasta el cierre del día de gracia, esta parábola tiene una aplicación clara y contundente.

En esta parábola, la palabra «reino» se usa cuatro veces. Una vez se refiere a la tierra, que será el territorio del reino inmortal, y una vez tiene una referencia distinta al futuro reino de gloria cuando esté plenamente establecido en la tierra. La palabra «reino» puede referirse tanto a los medios de la gracia necesarios para preparar a los hombres para la vida futura, como también a la vida futura misma. Sin duda, en esta parábola se muestran tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. Están muy relacionados, el reino de la gracia se extiende muy cerca y es preparatorio para el disfrute del reino de la gloria.

La parábola de la semilla de mostaza ilustra con fuerza el reino de la gracia, que al principio solo abarcaba a nuestros primeros padres inmediatamente después de la caída, y finalmente, en sus grandes resultados, abarca a todos los redimidos de todas las edades y de todas las tierras. «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas» (Mateo 13:31, 32).

La parábola de la levadura escondida en tres medidas de harina ilustra la obra de la gracia en el corazón del creyente. «El reino de los cielos es semejante a la

levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo leudado» (Mateo 13:33). Esta parábola enseña la santificación completa de la mente y el corazón a Dios. El apóstol expresa este sentimiento cuando dice: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tesalonicenses 5:23).

Las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la perla de gran precio enseñan el valor de la salvación a través de Jesucristo y los sacrificios que deben hacerse con alegría para obtenerla. «Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mateo 13:44-46).

La parábola de la red que recogió peces buenos y malos muestra que, aunque hombres buenos y malos pueden ser congregados en la iglesia, la separación final declarará el verdadero carácter de cada uno. «Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recogió de toda clase de peces; y una vez llena, la sacaron a la orilla; y sentados, recogieron lo bueno en cestas, y lo malo echaron fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 13:47-50).

En Mateo 25, el reino de los cielos es comparado con una boda oriental. Esta parábola ilustra la acción de la iglesia justo antes, y no después, de la segunda venida. «Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo». En esta conexión, nuestro Señor señala un tiempo específico en el que la obra de la gracia divina en la mente y el corazón de los creyentes les daría una experiencia que sería comparada con una boda oriental.

La lucha mental para liberarse de los poderes de las tinieblas y, por fe, recibir las bendiciones del reino de la gracia, es descrita así por nuestro Señor: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mateo 11:12). Véase Lucas 16:16.

El apóstol habla de las bendiciones del reino de la gracia así: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17). La conexión muestra que Pablo aplica la palabra «reino» a la dispensación presente, y no al futuro período de recompensa.

EL REINO ESTÁ CERCA

Juan el Bautista vino predicando en el desierto de Judea, y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 3:1, 2). «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed al evangelio» (Marcos 1:14, 15). Y cuando Jesús envió a los doce a las ovejas perdidas de la casa de Israel, les dijo: «Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 10:5-7).

Hemos llegado ahora a un punto muy importante en la discusión de este tema. Muchos nos encontrarán aquí con la visión popular de que el reino fue establecido en el momento de la primera venida. Usarán la frase «El reino de los cielos está cerca», expresada por Juan, Jesús y los doce, con fuerza sobre las mentes de aquellos que no estudian el tema en todas sus implicaciones. Pero, como hemos demostrado, en ningún sentido de la palabra fue establecido el reino en el momento de la primera venida de Cristo. Las palabras «reino de los cielos» y «reino de Dios» tienen solo dos significados: primero, el plan para salvar a los hombres por gracia; y segundo, la futura condición y recompensa de los salvados. El plan de salvación, o el reino de la gracia, fue instituido poco después de la caída; y la recompensa de los salvados, o el reino de la gloria, es futuro.

La palabra griega traducida como «cerca», tal como la usaron Jesús, Juan y los doce, es *engizo*, y es definida por Greenfield así: «Acercarse, aproximarse. Por

metonimia, estar cerca, ser inminente. Mateo 3:2; 4:17; 10:7; Lucas 10:9, 11; Marcos 1:15». El reino inmortal no estaba cerca, según esta definición o el significado obvio de la frase, en los días de Juan y de Jesús. De hecho, Pablo advirtió a la iglesia de Tesalónica contra la idea de que el día de Cristo —el día para destruir los reinos terrenales y establecer el reino inmortal— ya estaba cerca. «No os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar», dice el apóstol, «ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día de Cristo está cerca» (2 Tesalonicenses 2:2).

La palabra griega traducida como «cerca» en este texto es *enistemi*, y significa, según Greenfield: «Colocar en o sobre; estar cerca, estar a mano, ser inminente. 2 Tesalonicenses 2:2». En su relación con el tema del reino, realmente no hay diferencia en el significado de estas dos palabras griegas. Pero, ¿contradice Pablo a Juan, a Jesús y a los doce? Ciertamente no lo hace.

¿Qué, entonces, quisieron decir Juan y Jesús al proclamar que el reino de los cielos estaba cerca? No que el reino de la gracia se establecería pronto. No; eso había sido instituido más de cuatro mil años antes de esa proclamación. Tampoco urgieron un arrepentimiento inmediato bajo el argumento de que el reino de los cielos estaba cerca en el sentido de ser el siguiente reino universal. Con esta perspectiva, su ferviente anuncio parecería perder su fuerza. Pero su proclamación tenía una referencia directa a las maravillosas manifestaciones de poder y gracia divinos que seguirían inmediatamente, durante la obra de confirmar el pacto (Daniel 9:27); primero, por Cristo, durante tres años y medio, y por los apóstoles (Hebreos 2:3), durante el mismo período de tiempo. Juan anticipó el ministerio de Jesús, que fue aprobado por Dios «con maravillas, prodigios y señales que Dios hizo por medio de él» (Hechos 2:22), y proclamó que el reino de los cielos estaba cerca. Y Jesús anticipó su propio ministerio, y también el de los apóstoles, ya que «ellos salieron y predicaron por todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían» (Marcos 16:20), y proclamó que el reino de los cielos estaba cerca.

Esta visión del tema es sostenida por la comisión dada por nuestro Señor a los setenta: «Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos». «En

cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que se os ponga delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: El reino de Dios se ha acercado a vosotros» (Lucas 10:3, 8, 9). El reino de Dios en esta conexión no puede significar nada más, ni nada menos, que la manifestación del poder y la gracia divinos.

Y con esto concuerdan las palabras de Cristo dirigidas al escriba digno. «Jesús, viéndole que había respondido discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios» (Marcos 12:34). Este escriba estaba sólido en los principios fundamentales del gobierno de Dios. Solo necesitaba conocer a Cristo y el poder de su gran salvación para disfrutar todos los privilegios y bendiciones del reino de la gracia.

El engaño ha sido la obra de Satanás desde que engañó tan exitosamente a Eva. Llevó a los judíos a esperar en el Mesías un monarca gobernante, en lugar del maestro manso y humilde, y finalmente el sacrificio por los pecadores. Los fariseos suponían que el reino de Israel sería establecido entonces con una demostración externa. «Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: He lo aquí, o he lo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17:20, 21). ¿Pero estaba el reino dentro de los fariseos incrédulos? La lectura marginal —«entre vosotros»— ayuda al caso. ¿Qué había entonces entre ellos? Cristo acababa de limpiar a diez leprosos que se mostraron a los sacerdotes, y uno de ellos regresó para dar gloria a Dios. En medio de ellos estaban las maravillosas manifestaciones del poder y la gracia divinos en los milagros de Cristo; de ahí que les dijo a los fariseos: «El reino de Dios está entre vosotros».

En el momento de la segunda venida y el establecimiento del reino eterno, la gente estará sin duda bajo un engaño tan grande en relación con la naturaleza de la venida y el reino de Cristo, como lo estuvieron los judíos en relación con su misión en su primera venida. Entonces vino como el humilde maestro del pueblo, concluyendo su misión al entregarse en sacrificio por los pecadores. Los judíos rechazaron a Jesús porque no cumplió sus vanas expectativas. Satanás los llevó a

esperar la venida del Mesías con ostentación y grandeza, cuando él iba a venir en humildad. Y ahora que va a aparecer por segunda vez en las nubes del cielo con poder y gran gloria, Satanás tiene la **delusión** preparada para la gente, de que Cristo viene en la muerte, en la conversión o en el derramamiento del Espíritu de Dios. Jesús anticipa las **herejías** de nuestro tiempo, y dice: «Vendrán días cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: Helo aquí, o helo allí. No vayáis, ni los sigáis. Porque como el relámpago que al brillar resplandece de un extremo al otro del cielo, así también será el Hijo del Hombre en su día» (Lucas 17:22-24).

Pero para entrar en el reino de gloria, primero debemos estar en el reino de la gracia, compartiendo todos sus privilegios y bendiciones. El fiel Juan da testimonio: «Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 1:9). Juan estaba en el reino de la gracia.

Pablo a los Colosenses delinea la verdadera experiencia cristiana en un estilo maravillosamente rico y completo. Él expone el cambio necesario para una idoneidad moral para ser partícipe de la herencia eterna, con palabras que deberían conmovier el alma e ir directamente a cada corazón cristiano.

«Por esta razón también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo; dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Colosenses 1:9-14).

El apóstol aquí expone la verdadera conversión. Cuando se compara con esto, la mayoría de las experiencias resultarán espurias. La verdadera conversión no es siempre obra de un día, o de un año. Es, sin embargo, siempre una obra de avance, que se amplía y profundiza a medida que progresa. Aquellos que están verdaderamente convertidos son librados de los poderes de las tinieblas, y son trasladados al reino de la gracia. En Cristo tienen una redención moral, *incluso el perdón de pecados*. Este pasaje no tiene referencia a la redención física en la resurrección de los justos. Sus palabras de conmovedor interés describen la preparación necesaria para heredar el reino eterno de Dios.

Sermón Siete. EL JUICIO.

«Vi hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de Días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura; su trono, llama de fuego, y sus ruedas, fuego ardiente. Un río de fuego salía y procedía de delante de él; millares de millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él; el juicio fue establecido, y los libros fueron abiertos.

Miré en las visiones de la noche, y he aquí, uno como el Hijo del Hombre venía con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano de Días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y un reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es dominio eterno, que no pasará, y su reino uno que no será destruido.» (Daniel 7:9, 10, 13, 14)

Tenemos en esta Escritura una descripción sumamente impresionante del Juicio. El Anciano de Días representa a Dios, el Padre. Uno como el Hijo del Hombre, que viene al Anciano de Días, es nuestro Señor Jesucristo. Aquellos que están en su presencia, ya sea para ministrar o para esperar, no son hombres, sino ángeles. Compárese (Daniel 7:10) con (Apocalipsis 5:11). Daniel describe la apertura del Juicio de los justos, que ocurre en el Cielo antes del regreso del Señor a este mundo para levantarlos de entre los muertos. El Padre preside como juez. Los ángeles de Dios están presentes como ministros y testigos. En este tribunal, el Hijo del Hombre se presenta para recibir el dominio del mundo. Aquí es coronado *Rey de reyes* y *Señor de señores*, título con el cual luego viene a la tierra. (Apocalipsis 19:11-16). Pero los hombres no están presentes para presenciar esta parte del Juicio, ni para contemplar la coronación de Cristo. El Padre y el Hijo, y los santos ángeles, componen esta gran asamblea.

Los tronos nombrados en el texto no son los de gobiernos terrenales, sino tronos de juicio. Las mejores autoridades dan a las palabras *fueron puestos* (o "cast down" en el original) el significado opuesto. Las traducen como *fueron establecidos* o *erigidos*. Así dice Adam Clarke: «Los tronos fueron derribados, podría traducirse como erigidos; así la Vulgata, *positi sunt*, y así todas las versiones». El Dr. Hales, en su *Sacred Chronology*, vol.ii., p.105, traduce (Daniel

7:9), así: «Vi hasta que los tronos fueron erigidos, y el Anciano de Días se sentó», etc. La versión Douay dice, «fueron colocados»; y así Bernard, y Boothroyd y Wintle en la *Cottage Bible*. Matthew Henry, en su *Exposition*, lo traduce «fueron establecidos». Del original hebreo, Gesenius, en su *Lexicon*, dice: «R'mah, (1) Lanzar, arrojar, (Daniel 3:20, 21, 24); (6:16) (2) Poner, colocar, p. ej., tronos; (Daniel 7:9); compárese (Apocalipsis 4:2)». El término utilizado por la Septuaginta es *Thronoi etethesan*; que, literalmente traducido, según Liddell y Scott, sería, «los tronos fueron puestos». Podrían darse otras autoridades.

La escena del Juicio abarca el establecimiento de tronos y la sesión en Juicio del gran Dios, en medio del resplandor de esa gloria, débilmente representada por el fuego y la llama, rodeado de huestes angélicas; en segundo lugar, la apertura de los registros de vida de los hombres, de los cuales serán juzgados; y el Hijo del Hombre se acerca al Anciano de Días, asistido por multitudes de ángeles, aquí representadas por las nubes del cielo, para recibir dominio, gloria y un reino. Esta escena no representa la segunda aparición de Cristo a este mundo, a menos que se pueda demostrar que el Anciano de Días está aquí.

Con estas observaciones sobre el carácter del Juicio, llamaremos brevemente la atención sobre la cadena profética de ese capítulo, que muestra nuestro tiempo en la historia de los gobiernos terrenales, y la cercanía comparativa del Juicio. Pero para hacer esta porción de profecía simbólica más clara y contundente para el lector, primero ilustraremos:

Suponga que usted viajaba por un camino con el que no estaba familiarizado. Le pregunta a un extraño, quien le dice que el camino lleva a una ciudad gloriosa, llena de todo bien, gobernada por el príncipe más amable, dulce y benévolo que el mundo jamás haya visto; que en esa ciudad no hay enfermedad, tristeza, dolor ni muerte. Luego procede a decirle lo que puede esperar encontrar en el camino, por lo que sabrá que le ha dicho la verdad, y que marcará el progreso que ha logrado. Primero, entonces, le dice que, después de dejarlo y viajar un tiempo, llegará a un monumento que puede verse a gran distancia; en su cima verá un león con alas de águila. A una distancia más allá, llegará a otro monumento, que tiene un oso con tres costillas en su boca. Siguiendo aún, finalmente llegará a un monumento,

en cuya cima contemplará un leopardo con cuatro alas de ave y cuatro cabezas. Después de eso, llegará a un cuarto, en el que hay una bestia, espantosa y terrible, con grandes dientes de hierro y diez cuernos. Y, por último, llegará a otro lugar donde verá la misma bestia, con esta diferencia: tres de sus primeros cuernos han sido arrancados, y en su lugar ha surgido un cuerno peculiar, con ojos como los ojos de un hombre y una boca. Lo siguiente que buscará, después de pasar la última señal mencionada, es la ciudad.

Con estas indicaciones usted comienza su viaje. ¿Qué busca primero? El león. Finalmente lo ve. Eso le inspira algo de fe en el conocimiento y la verdad de la persona que le ha dirigido. Habiendo pasado esa señal, lo siguiente que espera ver, según lo indicado en las instrucciones, es el oso. Finalmente lo divisa. «Ahí, dice usted, está la segunda señal que me dio». Debe haber estado perfectamente familiarizado con este camino y me ha dicho la verdad. Su fe aumenta a medida que avanza. ¿Qué busca después? Ciertamente no la ciudad. No; busca el leopardo. Bueno, pronto lo divisa a la distancia. «¡Ahí está!», exclama; «ahora sé que me ha dicho la verdad, y saldrá exactamente como dijo». ¿Es la ciudad lo siguiente que busca? No; busca esa bestia terrible con diez cuernos. Pasa eso, y dice, al pasar: «Cuán exactamente el hombre que me dirigió describió todo». Ahora su fe está tan confirmada que casi ve la ciudad; pero, dice usted, queda una señal más por pasar; a saber, el cuerno con ojos; entonces la ciudad viene después. Ahora la esperanza es alta, y sus ojos ansiosos miran con intenso interés la última señal. Esa aparece a la vista, y usted exclama, en éxtasis: «¡Ahí está!». Toda duda ha sido ahora eliminada. No busca más señales. Sus ojos anhelantes se fijan para contemplar la gloriosa ciudad a continuación, y probablemente ningún hombre ahora, por sabio que se profesara, podría hacerle desacreditar lo que su director le ha dicho. La ciudad, la ciudad, está fija en su mirada, y usted avanza, apresurándose hacia su descanso.

Ahora bien, si encontramos, al examinar, que todos los eventos o señales que Dios nos ha dado, los cuales debían preceder el día del Juicio y el establecimiento de su reino eterno, han transpirado o aparecido realmente, ¿qué debemos buscar

a continuación? ¡El Juicio del gran día! ¡La gloriosa recompensa de los justos! ¡La ciudad del gran Rey! Examinemos, entonces, el capítulo que tenemos delante.

Versículos 1 - 3

«En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño, y visiones en su cabeza mientras estaba en su cama; luego escribió el sueño, y relató la suma de los asuntos. Daniel habló y dijo: Miré en mi visión de noche, y he aquí, los cuatro vientos [que denotan convulsiones] del cielo se agitaban sobre el gran mar [las aguas denotan pueblos; véase (Apocalipsis 17:15)]. Y cuatro bestias grandes subían del mar, diferentes una de otra.» (Daniel 7:1-3)

Estas cuatro bestias son explicadas por el ángel como cuatro reyes. Versículo 17. En el versículo 23, se dice que son cuatro reinos, lo que muestra que la palabra rey, en estas visiones, significa reino.

Versículo 4

«La primera era como un león, y tenía alas de águila. Miré hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada de la tierra, y se hizo que se pusiera de pie como un hombre, y se le dio corazón de hombre.» (Daniel 7:4)

Babilonia, como se describe en esta visión, está aquí apropiadamente representada por un león, el rey de las bestias, denotando la gloria de ese reino, y corresponde con la cabeza de oro en el capítulo 2. Las alas de águila representan la rapidez de sus conquistas y el orgullo altivo de sus monarcas. «Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, [Babilonia]... volarán como águila que se apresura a comer.» (Habacuc 1:6-8). El arrancamiento de sus alas puede referirse a la humillación del orgulloso monarca de Babilonia, capítulo 4:31-37, o a la cobardía de Belsasar, quien, en lugar de ahuyentar a sus enemigos como un león, se encerró en la ciudad, festejando y bebiendo con sus señores, hasta que fue asesinado y el reino fue entregado a los medos y persas.

Versículo 5

«Y he aquí, otra bestia, una segunda, semejante a un oso, y se levantó sobre un costado [representando dos líneas de reyes, una mucho más larga que la otra],

y tenía tres costillas en la boca, entre sus dientes; y le dijeron así: Levántate, devora mucha carne.» (Daniel 7:5)

El oso corresponde con el pecho y los brazos de plata de la imagen, y representa el reino medo-persa, que sucedió a Babilonia. Es claramente el reino aquí descrito. Fue conocido por su crueldad y sed de sangre. «Las tres costillas en la boca de este oso, simbolizan evidentemente las tres grandes potencias conquistadas por el reino medo-persa; a saber, Babilonia, Lidia y Egipto». Véase *Historia Antigua de Rollin*. Subyugó muchos y populosos reinos. Asuero, o Artajerjes, reinó sobre ciento veintisiete provincias. Véase (Ester 1:1).

Versículo 6

«Después de esto miré, y he aquí, otra, semejante a un leopardo, que tenía sobre su lomo cuatro alas de ave; la bestia tenía también cuatro cabezas; y le fue dado dominio.» (Daniel 7:6)

El leopardo corresponde con los costados de bronce de la imagen del capítulo 2, e ilustra a Grecia. Las cuatro alas denotan la rapidez de sus conquistas bajo Alejandro. Las cuatro cabezas representan su división en cuatro partes, después de que Alejandro murió y su posteridad fue asesinada.

Versículos 7, 8

«Después de esto vi en las visiones de la noche, y he aquí, una cuarta bestia, espantosa y terrible, y sobremanera fuerte; y tenía grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; y era diferente de todas las bestias que fueron antes de ella; y tenía diez cuernos. Consideré los cuernos, y he aquí, otro cuerno pequeño subía entre ellos, delante del cual fueron arrancados de raíz tres de los primeros cuernos; y he aquí, en este cuerno había ojos como ojos de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.» (Daniel 7:7, 8)

La cuarta bestia corresponde con las piernas de hierro de la imagen del capítulo 2, y representa el reino romano. Los diez cuernos de la bestia corresponden con los diez dedos de los pies de la imagen, y representan los diez

reinos en que se dividió el imperio occidental de Roma. Pero estos versículos serán examinados particularmente cuando llegemos a la explicación del ángel. También pasaremos por alto las palabras del texto en los versículos 9, 10, 13 y 14, que ya hemos notado.

Versículo 11

«Miré entonces, a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miré hasta que la bestia fue muerta, y su cuerpo destruido y entregado a la llama ardiente.» (Daniel 7:11)

Nada se dice de que el dominio de esta bestia fuera quitado, como se dice de las otras. Las otras perdieron su dominio después de un tiempo; pero sus súbditos sobrevivieron y fueron transferidos a los gobiernos sucesivos; pero el *cuerpo mismo* (súbditos) de este cuarto reino es destruido y entregado a la llama ardiente.

Versículo 12

«En cuanto a las demás bestias, su dominio les fue quitado; pero les fue prolongada la vida por un tiempo y por una estación.» (Daniel 7:12)

Babilonia, Media y Persia, y Grecia, perdieron sucesivamente el dominio; pero las vidas de las respectivas naciones fueron prolongadas, al ser fusionadas en los gobiernos sucesivos.

Versículos 15-18

«A mí, Daniel, se me turbó el espíritu en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron. Me acerqué a uno de los que estaban allí, y le pregunté la verdad de todo esto. Y él me lo dijo, y me hizo saber la interpretación de las cosas. Estas grandes bestias, que son cuatro, son cuatro reyes que se levantarán de la tierra. Pero los santos del Altísimo tomarán el reino, y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos.» (Daniel 7:15-18)

Note esto: Se le presentaron al profeta cuatro bestias, que representan cuatro monarcas universales, ni más ni menos. La cuarta «bestia fue muerta, y su cuerpo destruido, y entregado a la llama ardiente». (Daniel 7:11). Esto denota la

destrucción de todos los impíos vivientes. Luego, los santos del Altísimo toman el reino, y poseen el reino, no solo por mil años, sino para siempre, por los siglos de los siglos.

Versículos 19-25

«Entonces quise saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era diferente de todas las otras, en extremo terrible, cuyos dientes eran de hierro, y sus uñas de bronce; que devoraba, desmenuzaba y pisoteaba el resto con sus pies; y de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que subía, y delante del cual cayeron tres; y de aquel cuerno que tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y cuyo aspecto era más robusto que el de sus compañeros. Yo miraba, y este mismo cuerno hacía guerra contra los santos, y prevalecía contra ellos, hasta que vino el Anciano de Días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos poseyeron el reino. Así dijo: La cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los reinos, y devorará toda la tierra, la hollará y la desmenuzará. Y los diez cuernos de este reino son diez reyes que se levantarán; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y derribará a tres reyes. Y hablará palabras contra el Altísimo, y afligirá a los santos del Altísimo, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y le serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.»
(Daniel 7:19-25)

Estos versículos exigen un comentario más extenso. Los puntos a destacar son:

1. La cuarta bestia, o cuarto reino.

Ningún reino que haya existido en la tierra le corresponderá, excepto el reino romano. Este ha sido verdaderamente *diferente de todos los reinos*, especialmente en sus formas de gobierno, que no fueron menos de siete, siendo, en diferentes momentos, Republicano, Consular, Tribuno, Decenviral, Dictatorial, Imperial y Real. Finalmente fue dividido en los imperios de Oriente y Occidente; la propia Roma estaba en el imperio de Occidente.

2. Los diez cuernos.

Entre los años 356 y 483 d.C., el Imperio Romano se dividió en diez reinos, como se señaló en las observaciones sobre el capítulo 2. Así, los diez cuernos son diez reyes (reinos) que surgieron de este imperio.

3. El cuerno pequeño.

Las características de este cuerno son, primero, que habla *grandes palabras contra el Altísimo*; y, segundo, que *hace guerra contra los santos y los desgasta*. El mismo carácter se describe en Apocalipsis 13:6, 7: «Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le dio autoridad para hacer guerra contra los santos, y para vencerlos.» (Apocalipsis 13:6, 7). Daniel dice que «prevalció contra ellos». Pablo dice: «Aquel día no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición; el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.» Daniel al cuerno pequeño, el hombre de pecado de Pablo y la bestia blasfema de Juan son claramente idénticos.

Debe admitirse que tal poder ha surgido, y que es el Papado. Los títulos que los papas han asumido, de «Santísimo Señor», y sus pretensiones de perdonar el pecado, incluso antes de su comisión, si no tuviéramos nada más, establecerían suficientemente el carácter blasfemo de ese poder. El Papa Inocencio III escribe:

«Él [Cristo] ha puesto a un hombre sobre el mundo, a aquel a quien ha nombrado su vicario en la tierra; y así como ante Cristo se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, así se pagará obediencia y servicio a su vicario por todos, para que haya un solo rebaño y un solo pastor.»

De nuevo, el Papa Gregorio VII dice:

«El pontífice romano solo es por derecho universal. Solo en él reside el derecho de hacer leyes. Que todos los reyes besen los pies del papa. Solo su nombre se oirá en las iglesias. Es el único nombre en el mundo. Es su derecho deponer reyes. Su palabra no debe ser anulada por nadie. Debe ser anulada solo

por él mismo. No debe ser juzgado por nadie. La iglesia de Roma nunca ha errado, y las Escrituras testifican que nunca errará.»

Ciertamente, aquí hay un poder *diferente de todos los demás*, y lo suficientemente orgulloso y blasfemo como para corresponder al carácter del cuerno pequeño. Se dice de este cuerno que *pensará en cambiar los tiempos y la ley*. Es evidente que las leyes de las que aquí se habla son las leyes del Altísimo; porque su obra es oponerse a Dios. El cambio de las leyes humanas no se señalaría aquí como una característica del hombre de pecado; porque sus actos distintivos son *contra Dios y sus santos*. En cumplimiento de esta parte de la profecía, la apostasía romana ha eliminado prácticamente el segundo mandamiento del decálogo, ha cambiado el día de reposo del cuarto mandamiento, del séptimo al primer día de la semana, y ha dividido el décimo para completar el número de diez mandamientos. Véase el Catecismo Católico.

4. El momento en que surgió el cuerno pequeño, o el papado.

Surgió entre los diez cuernos, por lo tanto, no apareció antes del 483, cuando surgió el décimo cuerno. Tres de los diez cuernos fueron arrancados antes del cuerno pequeño en su ascenso. Por lo tanto, se estableció justo en el punto donde cayó el tercer cuerno.

En el año 493 de nuestro Señor, los Heruli en Roma e Italia fueron conquistados por los Ostrogodos. En el 534, los Vándalos, que estaban bajo influencia arriana, fueron conquistados por los Griegos, con el propósito de establecer la supremacía de los Católicos. Los Ostrogodos, que poseían Roma, estaban bajo un monarca arriano, que era enemigo de la supremacía del obispo de Roma. Por lo tanto, antes de que el decreto de Justiniano (el emperador griego de Constantinopla) pudiera llevarse a efecto, por el cual había constituido al obispo de Roma cabeza de todas las iglesias, los Ostrogodos debían ser arrancados. Esta conquista fue efectuada por el ejército de Justiniano en el mes de marzo del 538; momento en el cual los Ostrogodos, que se habían retirado fuera de la ciudad y la habían asediado a su vez, levantaron el asedio y se retiraron, dejando a los Griegos en posesión de la ciudad. Así, el tercer cuerno fue

arrancado antes del papado, y con el propósito expreso, además, de establecer ese poder. Véase *Decadencia y Caída del Imperio Romano* de Gibbon.

Los hechos responden bien a la profecía. Aquí está la carta de Justiniano al obispo de Roma, en el año 533 d.C.:

«Justiniano, piadoso, afortunado, renombrado, triunfante, emperador, cónsul, etc., a Juan, Santísimo Arzobispo de nuestra ciudad de Roma, y Patriarca.

Honrando la sede apostólica, y a vuestra santidad (como siempre fue y es nuestro deseo), y como nos corresponde, honrando a vuestra bienaventuranza como a un padre, hemos expuesto sin demora ante la consideración de vuestra santidad todas las cosas pertinentes al estado de la iglesia. Puesto que siempre ha sido nuestro ferviente estudio preservar la unidad de vuestra santa sede, y el estado de las santas iglesias de Dios, que hasta ahora se ha mantenido, y permanecerá, sin ninguna oposición interferente; por lo tanto, nos apresuramos a someter, y a unir a vuestra santidad, a todos los sacerdotes de todo el Oriente. En cuanto a los asuntos que actualmente se agitan, aunque claros e indudables, y, según la doctrina de vuestra sede apostólica, tenidos por seguros, resueltos y decididos por todos los sacerdotes, hemos considerado necesario presentarlos ante vuestra santidad. Tampoco permitimos que nada que pertenezca al estado de la iglesia, por manifiesto e indudable que sea, y que se agite, pase sin el conocimiento de vuestra santidad, que sois la cabeza de todas las iglesias. Porque en todas las cosas (como se ha dicho o resuelto) estamos prontos a aumentar el honor y la autoridad de vuestra sede.»

«La autenticidad del título», dice el Sr. Croly, «recibe una prueba irrefutable de los edictos de las ‘Novellae’ del código justiniano. El preámbulo de la novena declara ‘que así como la antigua Roma fue la fundadora de las leyes, así no debía cuestionarse que en ella residía la supremacía del pontificado’. La 131.^a, sobre Títulos y Privilegios Eclesiásticos, cap. 2., declara: ‘Por lo tanto, decretamos que el santísimo papa de la antigua Roma es el primero de todo el sacerdocio; y que el beatísimo arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, ocupará el segundo

rango, después de la santa sede apostólica de la antigua Roma'». — Croly sobre el Apocalipsis, pp. 114,115.

La Roma imperial cayó alrededor del año 475 d.C., y estuvo en manos de los bárbaros. Así continuó hasta la conquista de Roma por Belisario, el general de Justiniano, del 536 al 538, cuando los Ostrogodos la dejaron en posesión del emperador griego, en marzo del 538. Así se abrió el camino para que el dragón diera a la bestia su poder y gran autoridad. (Apocalipsis 13:2).

5. El tiempo que este poder debía continuar.

Daniel dice: «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» Juan dice, en Apocalipsis 13:5: «Se le dio autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses.» (Apocalipsis 13:5). Debía hacer guerra contra los santos, la iglesia; y en Apocalipsis 12:6, se nos dice que la mujer, la iglesia, «huyó al desierto por mil doscientos sesenta días;» (Apocalipsis 12:6); y en el versículo 14, que fue por «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» (Apocalipsis 12:14). Aquí, entonces, tenemos el período de la continuación de este poder dado en tres formas de expresión, lo que establece el punto de que el tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo, son 42 meses, o 1260 días proféticos, o años literales.

6. La terminación de los 1260 años.

Desde el 538, 1260 años se extenderían hasta el 1798. ¿Sucedió algo ese año que justificara la creencia de que el dominio del papado terminó en ese momento? Es un hecho histórico que, el 10 de febrero de 1798, Berthier, un general francés, entró en la ciudad de Roma y la tomó. El 15 del mismo mes, el papa fue hecho prisionero y encerrado en el Vaticano. El gobierno papal, que había continuado desde la época de Justiniano, fue abolido, y se le dio a Roma una forma republicana de gobierno. El papa fue llevado cautivo a Francia, donde murió en 1799. Así, «el que lleva en cautividad, va en cautividad; el que mata a espada, a espada debe ser muerto (subyugado).» (Apocalipsis 13:10). Su dominio fue quitado por la guerra.

«Pero el juicio se sentará, y le quitarán su dominio, para ser consumido y destruido hasta el fin.» (Daniel 7:26). Véase 2 Tesalonicenses 2:8: «A quien el

Señor consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:8).

Se admite que el papa fue restaurado, o que se eligió uno nuevo. Pero se niega que ahora tenga poder para deponer reyes y dar muerte a los santos. Antes de que le arrebataran su dominio, depuso reyes a su antojo durante siglos, y silenció a los herejes con la hoguera, el potro de tortura, la prisión y la espada. Esto no puede hacerlo ahora, ni ha podido hacerlo desde 1798. El papado se ve obligado a tolerar el protestantismo. Oiga al propio papa sobre este tema. Aquí está su carta, fechada en septiembre de 1840, en Roma: —

CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR GREGORIO XVI, por la Divina Providencia Papa, a todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos.

«Venerables Hermanos, — Salud y la Bendición Apostólica. Bien sabéis, Venerables Hermanos, cuán grandes son las calamidades que aquejan por todas partes a la Iglesia Católica en esta edad tan triste, y cuán lastimosamente se ve afligida.... En verdad, ¿no nos vemos (¡oh, qué vergüenza!) obligados a ver a los enemigos más astutos de la verdad, vagando impunemente por doquier; no solo atacando la religión con ridículo, la iglesia con contumelia, y a los católicos con insultos y calumnias, sino incluso entrando en ciudades y pueblos, estableciendo escuelas de error e impiedad, publicando impreso el veneno de sus doctrinas, hábilmente oculto bajo el velo engañoso de las ciencias naturales y nuevos descubrimientos, e incluso penetrando en las cabañas de los pobres, viajando por distritos rurales, e insinuándose en una familiaridad con los más humildes del pueblo, y con los agricultores? Así no dejan medio sin intentar, ya sea por Biblias corruptas en la lengua del pueblo, o periódicos pestíferos y otras publicaciones similares, o conversaciones capciosas, o caridad fingida, o, finalmente, por el don de dinero, para seducir a la gente ignorante, y especialmente a la juventud, a sus redes, e inducirlos a abandonar la fe católica.

Nos referimos a hechos, Venerables Hermanos, que no solo os son conocidos, sino de los cuales sois testigos; incluso vosotros, que, aunque os lamentáis, y,

como vuestro deber pastoral lo exige, de ningún modo permanecéis en silencio, os veis sin embargo obligados a tolerar en vuestras diócesis a estos propagadores de la herejía y la infidelidad antes mencionados.... De ahí que sea fácil concebir el estado de angustia en que nuestra alma se sumerge día y noche, ya que nosotros, encargados de la superintendencia de todo el rebaño de Jesucristo, y del cuidado de todas las iglesias, debemos dar cuenta por sus ovejas al Divino Príncipe de los Pastores. Y hemos creído conveniente, Venerables Hermanos, recordar a vuestras mentes por nuestra presente carta las causas de esos problemas que nos son comunes a vosotros y a nosotros, para que consideréis con mayor atención cuán importante es para la iglesia que todos los santos sacerdotes se esfuercen, con celo redoblado, y con trabajos unidos, y con toda clase de esfuerzos, para repeler los ataques de los furiosos enemigos de la religión, para hacer retroceder sus armas, y para prevenir y fortificar contra los sutiles halagos que a menudo utilizan. Esto, como sabéis, hemos tenido cuidado de hacer en toda oportunidad; ni dejaremos de hacerlo; como tampoco ignoramos que siempre lo habéis hecho hasta ahora, y confiamos firmemente en que lo haréis en adelante con celo aún mayor.»

«Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 18 de las Calendas de Septiembre, del año 1840, el décimo de nuestro pontificado. «GREGORIO XVI, Papa.»

«Y que el reino y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y le obedecerán.» (Daniel 7:27).

Así, el reino inmortal del Altísimo se sitúa *debajo*, no *encima*, de todo el cielo. Por lo tanto, abarcará toda la tierra cuando sea purificada por fuego y hecha nueva. (Apocalipsis 21:5). Entonces se cumplirá la palabra del Señor por sus profetas: «Pero tan ciertamente como vivo yo, toda la tierra será llena de la gloria de Jehová.» (Números 14:21). «Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Salmo 37:11). «Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.» (Isaías 11:9).

«Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar.» (Habacuc 2:14).

Ahora veamos dónde nos encontramos en la cadena profética. Hemos pasado el león, Babilonia. Hemos dejado atrás el oso con tres costillas en su boca. La señal del leopardo con cuatro alas de ave y cuatro cabezas, ha sido superada. La bestia espantosa y terrible con diez cuernos ha sido vista. Hemos pasado el cuerno pequeño con ojos como de hombre. Eso está entre las cosas numeradas con el pasado. ¿Qué sigue? El Juicio, y el reino eterno de Dios.

Sermón Ocho. EL TIEMPO.

TEXTO: «Luego oí a un santo que hablaba, y otro santo preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, y de la prevaricación desoladora que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.» (Daniel 8:13, 14)

El texto es importante, o no estaría en la Biblia. El texto puede ser entendido; de lo contrario, no es una porción de la revelación de Dios al hombre. Lo que Dios ha revelado, Él lo ha diseñado para ser entendido. Es cierto que «las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios». No tenemos nada que ver con ellas. «Mas las cosas reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre.» (Deuteronomio 29:29)

El tiempo es revelado en las Sagradas Escrituras. El tiempo es importante, o no estaría en la Biblia. Clasificar los periodos proféticos como no esenciales es un insulto al Dios de la Biblia. Al dar una revelación al hombre, nuestro Dios bondadoso dio lo esencial y dejó lo no esencial fuera del libro.

El tiempo definido de la segunda venida de Cristo no está revelado en la Biblia. Este hecho, sin embargo, no le quita a los periodos proféticos ninguna de su importancia. Fueron diseñados para cumplir un propósito importante; y justo qué propósito, es el objetivo de este discurso mostrar.

Primero definiremos brevemente los términos empleados en el texto.

1. Los dos santos en conversación son Cristo y Gabriel.
2. La visión abarca los tres imperios de Persia, Grecia y Roma.
3. El sacrificio continuo y la transgresión desoladora representan a Roma en sus formas pagana y papal.
4. El santuario es el del nuevo pacto, o de la era cristiana, y está en el Cielo. Es el santuario del que Pablo habla en el libro de Hebreos.

5. El ejército son el verdadero pueblo de Dios, quienes dirigen su adoración al santuario celestial.

6. Tanto el santuario como el ejército son pisoteados en el mismo sentido en que los hombres ahora pisotean al Hijo de Dios. (Hebreos 10:29)

7. Los días son proféticos, lo que significa 2300 años, y su comienzo y terminación pueden ser definidos distintamente.

8. La purificación del santuario no es de inmundicia física, sino de los pecados del pueblo. Mucho puede aprenderse de la naturaleza de la purificación del santuario celestial al final de los 2300 días proféticos, por la manera en que el santuario típico era purificado el décimo día del séptimo mes de cada año.

Ahora examinaremos cada punto enunciado y daremos nuestras razones para las posturas adoptadas.

LOS DOS SANTOS

1. Los dos santos en conversación. El ángel seleccionado para instruir especialmente a Daniel, le dice, en el cap. 10:21: «No hay quien me ayude contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe». (Daniel 10:21) Judas, versículo 9, tiene la expresión: «Miguel arcángel». (Judas 9) Arcángel es la cabeza sobre los ángeles, así como arzobispo es cabeza sobre los obispos.

Pero ¿quién es el arcángel? El apóstol, en 1 Tesalonicenses 4:16, dice: «el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero». (1 Tesalonicenses 4:16) Y Juan 5:25, prueba que es la voz del Hijo de Dios la que despierta a los muertos a la vida: «los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán». (Juan 5:25) Estos textos prueban que Miguel es el Hijo de Dios. Por lo tanto, el Hijo de Dios era uno de los dos seres celestiales. Y como solo dos estaban ocupados en revelar a Daniel los grandes hechos de la visión, el ángel Gabriel, mencionado en el capítulo 8:16; 9:21, es el otro ser celestial. ¡Cuán hermosamente grandiosa la escena! ¡El Hijo de Dios y el ángel Gabriel en conversación! Uno pregunta al otro: «¿Hasta cuándo durará la visión?»

concerniente a Persia, Grecia y Roma. El otro dirige la respuesta al profeta: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.» (Daniel 8:14)

LA VISIÓN

2. La visión se relaciona con lo que el profeta vio respecto a Media y Persia, Grecia y Roma, según se registra en el capítulo ocho de Daniel.

Versículos 1, 2: «En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido al principio. Vi en visión, y sucedió que cuando la vi, yo estaba en Susa, capital del reino, que está en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai.» (Daniel 8:1-2)

En estos versículos el término, «una visión», se menciona tres veces. Refiriéndose a lo mismo en el versículo 13, se pregunta: «¿Hasta cuándo durará la visión?» El Hijo de Dios, en el versículo 16, le ordena a Gabriel que haga a Daniel «entender la visión». (Daniel 8:16) Y Daniel dice al final de su oración, en el capítulo 9: «Estando aún hablando en oración, aquel varón Gabriel, a quien había visto en visión al principio». (Daniel 9:21) Esta visión la consideraremos ahora.

Versículos 3, 4: «Alcé mis ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro, y el más alto subió al último. Vi al carnero que hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y ninguna bestia podía estar delante de él, ni había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandeció.» (Daniel 8:3-4) El símbolo del carnero se explica en el versículo 20: —

«El carnero que viste, que tenía dos cuernos, son los reyes de Media y de Persia.» (Daniel 8:20) Esta visión no comienza con el imperio de Babilonia, representado por la cabeza de oro en el capítulo 2, y el león del capítulo 7. Comienza con el imperio de Media y Persia, en la cima de su poder, prevaleciendo al poniente, al norte y al sur, de modo que ningún poder podía oponérsele. Los

dos cuernos del carnero denotan la unión de estas dos potencias en un solo gobierno. Compárese esto con los brazos de la imagen metálica del capítulo 2, y el oso que se levanta de un lado, del capítulo 7.

Versículos 5-8: «Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en pie delante del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se enfureció contra él, y hirió al carnero, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para oponérsele; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó; y no hubo quien librase al carnero de su mano. Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.» (Daniel 8:5-8) El símbolo del macho cabrío se explica así: —

«Y el macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de aquella nación, aunque no con la fuerza de él.» (Daniel 8:21, 22) La explicación de este símbolo es también definida y cierta. El poder que derrocaría a los medos y persas, y en su lugar gobernaría la tierra, es el imperio de los griegos. Grecia sucedió a Persia en el dominio del mundo en 331 a.C. El gran cuerno se explica aquí como el primer rey de Grecia, que fue Alejandro Magno. Los cuatro cuernos que surgieron cuando este cuerno fue quebrado, denotan los cuatro reinos en que se dividió el imperio de Alejandro después de su muerte. Lo mismo está representado por el leopardo con cuatro cabezas y cuatro alas, del capítulo 7, y por los costados de bronce de la imagen metálica del capítulo 2. Se predice sin el uso de símbolos en Daniel 11:3, 4. Estos cuatro reinos fueron Macedonia, Tracia, Siria y Egipto. Se originaron alrededor del 312 a.C.

Versículos 9-12: «Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que se hizo muy grande al sur, al oriente, y hacia la tierra gloriosa. Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y echó por tierra parte del ejército y de las estrellas, y las

pisoteó. Aun se engrandeció contra el Príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el sacrificio continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el sacrificio continuo; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó.» (Daniel 8:9-12) En los versículos 23-25, el símbolo del cuerno pequeño se explica así: —

«Y al fin del reinado de estos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y destruirá maravillosamente, y prosperará, y hará a su voluntad, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Y con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y con paz destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes; pero será quebrantado, aunque no por mano humana.» (Daniel 8:23-25)

Para evitar la aplicación de esta profecía al poder romano, pagano y papal, los papistas la han cambiado de Roma a Antíoco Epífanes, un rey sirio que no pudo resistir los mandatos de Roma. Véanse las notas de la Biblia de Douay (Católica Romana) sobre Daniel 7;8;11. Esta aplicación la hacen los papistas para salvar a su iglesia de cualquier participación en el cumplimiento de la profecía; y en esto han sido seguidos por la mayoría de los que se han opuesto a la fe Adventista. Los siguientes hechos demuestran que el cuerno pequeño no fue Antíoco: —

(1) Los cuatro reinos en que se dividió el dominio de Alejandro están simbolizados por los cuatro cuernos del macho cabrío. Ahora bien, este Antíoco fue solo uno de los veinticinco reyes que constituyeron el cuerno sirio. ¿Cómo, entonces, podría ser él, al mismo tiempo, otro cuerno notable?

(2) El carnero, según esta visión, se hizo grande; el macho cabrío se hizo muy grande; pero el cuerno pequeño se hizo sobremanera grande. Cuán absurda es la siguiente aplicación de esta comparación: —

GRANDE. MUY GRANDE. SOBREMANERA

Persia. GRECIA. ANTÍOCO.

GRANDE. MUY GRANDE. SOBREMNERA

Persia. GRECIA. Roma.

(3) El imperio Medo-Persa simplemente se llama GRANDE. Versículo 4. La Biblia nos informa que se extendía «desde la India hasta Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias». (Ester 1:1) A este le sucedió el poder griego, que se llama MUY GRANDE. Versículo 8. Luego viene el poder en cuestión, que se llama SOBREMNERA GRANDE. Versículo 9. ¿Fue Antíoco sobremnera grande en comparación con Alejandro, el conquistador del mundo? Que un artículo de la Enciclopedia del Conocimiento Religioso responda: —

«Al encontrar agotados sus recursos, resolvió ir a Persia, para cobrar tributos y recolectar grandes sumas que había acordado pagar a los romanos.» Ciertamente, no necesitamos cuestionar cuál era sobremnera grande, el poder romano que exigía el tributo, o Antíoco que se vio obligado a pagarlo.

(4) El poder en cuestión fue pequeño al principio, pero se hizo, o creció, «sobremnera grande al sur, al oriente, y hacia la tierra gloriosa». (Daniel 8:9) ¿Qué puede describir esto sino las marchas conquistadoras de un poder poderoso? Roma estaba casi directamente al noroeste de Jerusalén, y sus conquistas en Asia y África fueron, por supuesto, hacia el este y el sur; pero ¿dónde estaban las conquistas de Antíoco? Él entró en posesión de un reino ya establecido, y Sir Isaac Newton dice: «Él no lo amplió».

(5) De muchas razones que podrían añadirse a las anteriores, nombramos solo una: Este poder debía levantarse contra el Príncipe de príncipes. Versículo 25. El Príncipe de príncipes es Jesucristo. (Apocalipsis 1:5; 17:14; 19:16) Pero Antíoco murió 164 años antes de que nuestro Señor naciera. Queda establecido, por lo tanto, que otro poder es el tema de esta profecía. Los siguientes hechos demuestran que Roma es el poder en cuestión: —

(1) Este poder debía surgir de uno de los cuatro reinos del imperio de Alejandro. Recordemos que las naciones no entran en la profecía hasta que se conectan con el pueblo de Dios. Roma había existido muchos años antes de ser notada en la profecía; y Roma había hecho de Macedonia, uno de los cuatro

cuernos del macho cabrío griego, parte de sí misma en 168 a.C., unos siete años antes de su primera conexión con el pueblo de Dios. Véase 1 Mac. 8. De modo que de Roma podría decirse tan verdaderamente que estaba «fuera de uno de ellos», como de los diez cuernos de la cuarta bestia en el séptimo capítulo podría decirse que salieron de esa bestia, cuando eran diez reinos establecidos por los conquistadores de Roma.

(2) Debía crecer sobremanera grande hacia el sur, y hacia el este, y hacia la tierra gloriosa (Palestina. Salmos 106:24; Zacarías 7:14). Esto fue cierto de Roma en todos los aspectos. Testigo sus conquistas en África y Asia, y su derrocamiento del lugar y la nación de los judíos. (Juan 11:48)

(3) Debía echar por tierra parte del ejército y de las estrellas. Esto se predice respecto al dragón. (Apocalipsis 12:3, 4) Todos admiten que el dragón es Roma. ¿Quién puede dejar de ver la identidad del dragón y el cuerno pequeño?

(4) Roma fue enfáticamente un rey de rostro altivo, y uno que entendía enigmas. Moisés usó un lenguaje similar cuando, como todos concuerdan, predijo el poder romano. (Deuteronomio 28:49, 50)

(5) Roma destruyó maravillosamente. Testigo su derrocamiento de todos los poderes opuestos.

(6) Roma había destruido más de «los fuertes y al pueblo de los santos», que todos los demás poderes perseguidores combinados. De cincuenta a cien millones de la iglesia han sido masacrados por ella.

(7) Roma se levantó contra el Príncipe de príncipes. El poder romano clavó a Jesucristo en la cruz. (Hechos 4:26, 27; Mateo 27:2; Apocalipsis 12:4)

(8) Este poder será «quebrantado, aunque no por mano humana». (Daniel 8:25) Cuán clara la referencia a la piedra «no cortada con mano», (Daniel 2:34) que hirió a la imagen. Su destrucción, entonces, no ocurre hasta el derrocamiento final de los poderes terrenales. Estos hechos son prueba concluyente de que Roma es el tema de esta profecía. El campo de visión, entonces, son los imperios de Persia, Grecia y Roma.

LAS DOS DESOLACIONES

3. El sacrificio continuo y la transgresión desoladora representan a Roma en sus formas pagana y papal. Omitiendo las palabras añadidas, el texto diría: «El continuo, y la transgresión desoladora». (Daniel 8:13) Estos son dos poderes desoladores; primero, el paganismo, luego, el papado. De estos, Pablo, en 2 Tesalonicenses 2:3-8, dice: «Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:3-8) Lo que detuvo la manifestación del papado en los días de Pablo fue el paganismo. Estos son los dos poderes que han desolado al pueblo de Dios, de los cuales habla el ángel en la visión de Daniel 8.

EL SANTUARIO

4. El santuario. La definición de la palabra santuario es: «Un lugar santo.» — Walker. «Un lugar sagrado.» — Webster. «Un lugar santo o santificado, una morada del Altísimo.» — Cruden. «Una morada para Dios.» (Éxodo 25:8) La tierra no es el santuario. Desde que el hombre abandonó el Edén a causa de la transgresión, la tierra, o cualquier porción de ella, no ha sido un lugar santo, un lugar sagrado, la morada del Altísimo. La palabra santuario se usa ciento cuarenta y seis veces en la Biblia, y no se aplica a la tierra en una sola instancia.

La iglesia no es el santuario. La Biblia nunca llama a la iglesia el santuario. Pero si un solo texto pudiera citarse para probar que la iglesia es llamada el santuario, el siguiente hecho claro probaría más allá de toda controversia que la

iglesia no es el santuario que ha de ser purificado al final de los 2300 días. La iglesia está representada en Daniel 8:13 por la palabra *hueste*: «para dar tanto el santuario como la hueste para ser pisoteados» (Daniel 8:13). La iglesia y el santuario son dos cosas. La iglesia es la hueste, o los adoradores, y el santuario es el lugar de adoración, o el lugar hacia el cual se dirige la adoración.

La tierra de Canaán no es el santuario. De las ciento cuarenta y seis veces en que la palabra *santuario* aparece en la Biblia, solo dos o tres textos han sido presentados, con cierto grado de confianza, como refiriéndose a la tierra de Canaán. Sin embargo, por extraño que parezca, los hombres han afirmado que el supuesto significado de estos dos o tres textos debería determinar la significación de la palabra en Daniel 8:13, 14, ien contra del claro testimonio de más de cien textos! Pues nadie puede negar que en casi todas las instancias en que la palabra aparece, se refiere directamente al tabernáculo típico, o bien al verdadero, del cual aquel era solo la figura o el modelo. Pero ahora inquirimos si los dos o tres textos en cuestión aplican realmente la palabra *santuario* a la tierra de Canaán. Dicen lo siguiente: «Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar, oh Jehová, que tú has preparado para tu morada; en el santuario, oh Jehová, que tus manos han afirmado» (Éxodo 15:17). «Y los guio con seguridad, de modo que no tuvieron temor; pero el mar anegó a sus enemigos. Los trajo a la frontera de su santuario, incluso a este monte, que su diestra había adquirido». «Y edificó su santuario como altos palacios, como la tierra que ha establecido para siempre» (Salmos 78:53, 54, 69).

El primero de estos textos, se notará, está tomado del cántico de Moisés, después del paso del Mar Rojo. Es una predicción de lo que Dios haría por Israel. El segundo texto fue escrito unos quinientos años después del cántico de Moisés. Lo que Moisés pronuncia como una predicción, el salmista lo registra como un asunto histórico. Por lo tanto, el salmo es un comentario inspirado sobre el cántico de Moisés. Si el primer texto se lee sin el otro, se podría inferir que la montaña era el santuario, aunque no lo afirma directamente.

Pero si el segundo texto se lee en conexión con el primero, destruye la posibilidad de tal inferencia. El salmista afirma que el monte de la heredad era el

límite del santuario; y que Dios, después de expulsar a los gentiles delante de su pueblo, procedió a edificar su santuario como altos palacios. Véase 1 Crónicas 29:1.

(1) La tierra de Canaán era el monte de la heredad (Éxodo 15:17).

(2) Ese monte era el límite del santuario (Salmos 78:54).

(3) En ese límite edificó Dios su santuario (Salmos 78:69).

(4) En ese santuario, Dios moró, por medio de su representante, la gloriosa Shekinah (Salmos 74:7; Éxodo 25:8).

(5) En ese límite moró el pueblo (Salmos 78:54, 55).

Estos hechos demuestran que el mismo Espíritu movió a ambos hombres santos de la antigüedad. Estos textos armonizan perfectamente, no solo entre sí, sino con todo el testimonio de la Biblia respecto al santuario. Si el lector persiste en confundir el santuario con su límite, la tierra de Canaán, le rogamos que escuche mientras un rey de Judá señala la distinción: —

«¿No eres tú nuestro Dios, que echaste a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham, tu amigo, para siempre? Y habitaron en ella, y te han edificado en ella un santuario a tu nombre, diciendo: Si viniere sobre nosotros mal, como espada, o juicio, o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y en tu presencia (porque tu nombre está en esta casa), y a ti clamaremos en nuestra aflicción, y tú oirás y socorrerás» (2 Crónicas 20:7-9). Este lenguaje es un paralelo perfecto al de Salmos 78:54, 55, 69. De la manera más clara señala la distinción entre la tierra de Canaán y el santuario que fue edificado en ella; y enseña claramente que ese santuario era la casa erigida como la habitación de Dios.

Pero hay otro texto por el cual algunos intentan probar que Canaán es el santuario. «Por poco tiempo la poseyó el pueblo de tu santidad; nuestros adversarios han hollado tu santuario» (Isaías 63:18). Nadie lo ofrece como testimonio directo. Como es solo una inferencia, bastan unas pocas palabras.

(1) Cuando el pueblo de la santidad de Dios fue expulsado de la tierra de Canaán (como aquí predice el profeta, que usa el tiempo pasado para el futuro), no solo fueron desposeídos de su heredad, sino que el santuario de Dios, edificado en esa tierra, fue reducido a ruinas. Esto se declara claramente en 2 Crónicas 36:17-20.

(2) El siguiente capítulo testimonia que el profeta tuvo una visión de la destrucción del santuario de Dios, como se afirma en el texto citado de 2 Crónicas. Esto explica todo el asunto (Isaías 64:10, 11; Salmos 74:3, 7; 79:1).

Un cuarto texto puede presentarse a algunas mentes como prueba concluyente de que Canaán es el santuario. Lo presentamos, ya que es el único restante que se ha invocado en apoyo de esta opinión. «La gloria del Líbano vendrá a ti, abetos, pinos y bojales, para embellecer el lugar de mi santuario; y haré glorioso el lugar de mis pies» (Isaías 60:13). Este texto necesita poco comentario. El lugar del santuario de Dios, lo admitimos, es la tierra de Canaán, o la nueva tierra; pues Isaías se refiere al estado glorificado. Y como Dios ha prometido establecer su santuario en ese lugar (Ezequiel 37:25-28), el significado del texto es perfectamente claro. Pero si alguien aún afirma que el lugar del santuario es el santuario mismo, que note que el mismo texto llama a ese mismo “lugar” el lugar de los pies del Señor; y por lo tanto, ¡el mismo principio haría de la tierra de Canaán los pies del Señor! La opinión de que Canaán es el santuario es demasiado absurda para necesitar mayor atención. E incluso si fuera un santuario, ni siquiera entonces sería el santuario de Daniel; pues el profeta tenía su vista puesta en la morada de Dios (Daniel 9). Canaán era solo el lugar del santuario o habitación de Dios.

El santuario que ha de ser purificado al término de los 2300 días proféticos, o, como mostraremos, años, no es el santuario del primer pacto (Hebreos 9:1-7). Este santuario existe al final de los 2300 días, mientras que aquel desapareció con el primer pacto. El santuario de Daniel 9, entonces, es el tabernáculo mayor y más perfecto, no hecho de manos (Hebreos 9:11). El santuario del primer pacto era un tipo de este. En el capítulo 8:1, 2, el apóstol dice: —

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre» (Hebreos 8:1, 2). El hombre levantó el típico en la tierra; el Señor levantó el antitípico en el Cielo. Los sacerdotes judíos ministraban en el terrenal; Cristo ministra en el celestial. El santuario terrenal era purificado de los pecados del pueblo el último día de cada servicio anual de los judíos; el celestial es purificado de los pecados del pueblo, una vez por todas, al final de los 2300 días. Pero de la purificación de este santuario hablaremos más adelante.

LA HUESTE

5. La hueste. Solo tenemos que decir sobre este punto que la hueste abarca a todo el pueblo de Dios que dirige su adoración al santuario celestial donde ministra su gran Sumo Sacerdote.

PISOTEADO

6. El santuario y la hueste pisoteados. Los agentes por los cuales el santuario y la hueste son pisoteados son la desolación diaria, o continua, y la transgresión, o abominación, desoladora (Daniel 8:13; 11:31; 12:11). Estas dos desolaciones, como ya hemos visto, son el paganismo y el papado. A menudo se argumenta, como argumento suficiente contra la visión del santuario de Dios en el Cielo, que tal santuario no es susceptible de ser pisoteado. Pero esto no debe considerarse imposible, cuando el Nuevo Testamento nos muestra que los apóstatas pisotean al Ministro del santuario celestial, nuestro Señor Jesucristo (Hebreos 10:29; 8:1, 2). Si pueden pisotear al Ministro de ese santuario, pueden pisotear el santuario mismo. No es imposible que la desolación pagana y papal se represente como pisoteando el santuario celestial, cuando la misma visión representa al cuerno pequeño pisoteando las estrellas (Daniel 8:10), y cuando se predice expresamente que el poder papal haría guerra contra el tabernáculo de Dios en el Cielo (Apocalipsis 13:5-7). El lenguaje de esta visión, de que estos poderes blasfemos

derribarían la verdad por tierra, pisotearían las estrellas y pisotearían el santuario y la hueste, es ciertamente figurado, ya que de lo contrario implicaría completas absurdidades.

Tracemos ahora brevemente la manera en que Satanás, por medio del paganismo y el papado, ha pisoteado el santuario del Señor. Ya hemos visto que lo ha hecho erigiendo santuarios rivales, donde, en lugar del único Dios viviente y verdadero, ha establecido «dioses nuevos, venidos de cerca» (Deuteronomio 32:16, 17). En los días de los jueces y de Samuel, el santuario rival de Satanás era el templo de Dagón, donde adoraban los filisteos (Jueces 16:23, 24). Y cuando tomaron el arca de Dios de Israel, los filisteos la depositaron en este templo (1 Samuel 5). Después de que Salomón erigiera un glorioso santuario en el Monte Moriah, Jeroboam, quien hizo pecar a Israel, erigió un santuario rival en Betel, y así apartó a diez de las doce tribus de la adoración al Dios viviente, para adorar a los becerros de oro (1 Reyes 12:26-33; Amós 7:13, *margen*). En los días de Nabucodonosor, el rival del santuario de Dios era el templo del dios de Nabucodonosor en Babilonia. Y a este templo llevó los vasos del santuario del Señor, cuando lo asoló (Daniel 1:2; Esdras 1:7; 5:14; 2 Crónicas 36:7). En un período aún posterior, Satanás estableció en Roma un templo o santuario de todos los dioses (Daniel 8:11; 11:31).

Después de que el santuario típico del primer pacto diera paso al verdadero santuario de Dios, Satanás bautizó su santuario pagano y sus ritos y ceremonias gentiles, llamándolos cristianismo. De ahí en adelante, tuvo en Roma un «templo de Dios», y en ese templo a un ser exaltado «sobre todo lo que se llama Dios o que se adora» (2 Tesalonicenses 2:4). Y esta abominación papal ha pisoteado la ciudad santa (Apocalipsis 11:2; 21:2), persuadiendo a una gran parte de la familia humana de que Roma, el lugar de este templo de Dios falsificado, es la “ciudad santa” o la “ciudad eterna”. Y ha pisoteado y blasfemado el santuario o tabernáculo de Dios (Apocalipsis 13:6; Hebreos 8:2), llamando a su propio santuario el templo de Dios, y apartando la adoración de los que moran en la tierra del templo de Dios en el Cielo al santuario de Satanás en Roma.

Ha pisoteado al Hijo de Dios, el ministro del santuario celestial (Hebreos 10:29; 8:2), haciendo del papa la cabeza de la iglesia, en lugar de Jesucristo (Efesios 5:23), y llevando a los hombres a la adoración de ese hijo de perdicción, como uno capaz de perdonar pecados pasados y de conferir el derecho a cometerlos en el futuro, y así apartando a los hombres de Aquel que solo tiene poder en la tierra para perdonar pecados, y para perdonar iniquidad y transgresión. Tal ha sido la naturaleza de la guerra que Satanás ha mantenido contra el santuario y la causa de Dios, en sus vanos intentos de frustrar el gran plan de redención que Dios ha estado llevando a cabo en su santuario.

LOS DOS MIL TRESCIENTOS DÍAS

7. Los dos mil trescientos días. Volveremos ahora a

Versículos 13, 14: «Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio y la transgresión asoladora, para dar tanto el santuario como la hueste para ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:13, 14).

A continuación, Gabriel recibe la orden de explicar la visión al profeta.

Versículos 15-19: «Y aconteció que, mientras yo, Daniel, veía la visión y procuraba comprenderla, he aquí, se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, haz que este entienda la visión. Vino, pues, cerca de donde yo estaba; y cuando vino, me asusté y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin. Mientras él hablaba conmigo, yo estaba en un profundo sueño, postrado sobre mi rostro en tierra; pero me tocó y me puso en pie. Y dijo: He aquí, yo te haré saber lo que ha de suceder en el postrer tiempo de la ira; porque para el tiempo señalado será el fin» (Daniel 8:15-19).

En los versículos restantes del capítulo 8, el ángel explicó el significado del carnero, el macho cabrío y el cuerno pequeño. Pero no dio ninguna explicación

del *tiempo* en este capítulo. La visión abarca Persia, Grecia y Roma. Y es evidente que dos mil trescientos días literales no podrían cubrir la duración de uno de estos reinos, mucho menos la de los tres. Por lo tanto, los días deben ser simbólicos, un día por un año, así como se muestra que las bestias y los cuernos son símbolos. Y es un hecho que un día simbólico o profético es un año (Números 14:34; Ezequiel 4:5, 6). Por lo tanto, el período es de dos mil trescientos años.

Pero el ángel no explicó el tiempo en el capítulo 8. Y, al final del capítulo, el profeta dice: «Yo quedé asombrado de la visión, pero ninguno la entendía» (Daniel 8:27). Fue solo el *tiempo* lo que no entendió, ya que todo lo demás había sido explicado en ese capítulo. Pero Gabriel sí explicó el tiempo en el capítulo 9; de modo que en el primer versículo del capítulo 10, dice que «entendió la cosa, y tuvo inteligencia de la visión» (Daniel 10:1). Este entendimiento, por lo tanto, lo recibió en el capítulo 9.

Este capítulo comienza con la oración fervorosa e importuna del profeta, de cuya lectura es evidente que había malinterpretado hasta ese momento la visión del capítulo 8, concluyendo que los dos mil trescientos días de pisoteo del santuario terminarían con los setenta años de desolación de la ciudad y el santuario, predichos por Jeremías. Compárese los versículos 1, 2, con los versículos 16, 17. Gabriel es ahora enviado para desengañarlo y para completar la explicación de la visión. «Mientras yo aún hablaba en oración», dice Daniel, «el varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio [aquí nos remite al capítulo 8:15, 16], volando con presteza, me tocó como a la hora de la ofrenda de la tarde. Y me instruyó, y habló conmigo, y dijo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus súplicas salió la orden, y yo he venido para enseñártelo, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y comprende la visión» (Daniel 9:21-23).

Nótese estos hechos: (1) En el versículo 21, Daniel nos remite a la visión del capítulo 8. (2) En el versículo 22, Gabriel afirma que ha venido para dar a Daniel sabiduría y entendimiento. Siendo este el objetivo de la misión de Gabriel, Daniel, que al final del capítulo 8 no entendió la visión, puede, antes de que Gabriel lo deje, entender plenamente su significado. (3) Como Daniel testifica al

final del capítulo 8 que nadie entendió la visión, es cierto que el encargo dado a Gabriel, «Haz que este entienda la visión» (Daniel 8:16), aún recaía sobre él. De ahí que le diga a Daniel: «Ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento» (Daniel 9:22); y en el versículo 23, le pide que «entienda la orden, y comprenda la visión» (Daniel 9:23). Esta es una prueba innegable de que la misión de Gabriel en el capítulo 9 tenía como propósito explicar lo que omitió en el capítulo 8. Si alguien pide más evidencia, el hecho de que Gabriel proceda a explicar el punto en cuestión, satisface plenamente la demanda.

Versículos 24-27: «Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, y traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las desolaciones. Y por una semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador» (Daniel 9:24-27).

Estos hechos deben tenerse en cuenta: (1) La palabra traducida *determinadas*, en el versículo 24, significa literalmente *cortadas*. (2) La visión que Gabriel vino a explicar contenía el período de 2300 días; y en su explicación nos dice que setenta semanas han sido *cortadas* sobre Jerusalén y los judíos. Por lo tanto, las setenta semanas son una parte de los 2300 días. De ahí que el comienzo de las setenta semanas sea la fecha de los 2300 días. Y el hecho de que las setenta semanas se cumplieran en los 490 años, como todos admiten, es una demostración de que los 2300 días, de los cuales se *cortó* este período de 490 días, son 2300 años.

La fecha angelical de las setenta semanas reclama ahora nuestra atención. La fecha para el comienzo de las semanas es dada por Gabriel: «Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos» (Daniel 9:25).

Presentamos el siguiente testimonio importante del *Advent Herald*. Es una vindicación tranquila y desapasionada de las fechas, que las establece fuera de toda disputa. Fue escrito en el año 1850 y, en consecuencia, no se puede suponer que se haya dado con el deseo de probar que los días terminaron en 1844, ya que el *Herald* no está dispuesto a admitir ese hecho. Por lo tanto, debe considerarse un testimonio franco y honorable de hechos importantes. Que demuele toda opinión que se ha presentado para reajustar los 2300 días, nadie que pueda apreciar la fuerza de los argumentos presentados dejará de percibir: —

«La Biblia proporciona los datos para un sistema completo de cronología, que se extiende desde la creación hasta el nacimiento de Ciro, una fecha claramente establecida. Desde este período en adelante, tenemos el Canon indiscutido de Ptolomeo y la era indudable de Nabonasar, que se extiende más allá de nuestra era vulgar. En el punto donde la cronología inspirada nos deja, comienza este Canon de indudable exactitud. Y así se abarca todo el arco. Es por el Canon de Ptolomeo que se fija el gran período profético de setenta semanas. Este Canon sitúa el séptimo año de Artajerjes en el año 457 a.C.; y la exactitud del Canon se demuestra por el acuerdo concurrente de más de veinte eclipses. Las setenta semanas datan de la promulgación de un decreto relativo a la restauración de Jerusalén. No hubo decretos entre los años séptimo y vigésimo de Artajerjes. Cuatrocientos noventa años, comenzando con el séptimo, deben comenzar en el 457 a.C. y terminar en el 34 d.C. Comenzando en el vigésimo, deben comenzar en el 444 a.C. y terminar en el 47 d.C. Como ningún evento ocurrió en el 47 d.C. para marcar su terminación, no podemos contar desde el vigésimo; por lo tanto, debemos considerar el séptimo de Artajerjes. Esta fecha no podemos cambiarla del 457 a.C. sin antes demostrar la inexactitud del Canon de Ptolomeo. Para hacer esto, sería necesario mostrar que el gran número de eclipses por los cuales su

exactitud ha sido repetidamente demostrada, no han sido correctamente calculados; y tal resultado desestabilizaría cada fecha cronológica y dejaría el establecimiento de épocas y el ajuste de eras enteramente a merced de cada soñador, de modo que la cronología no tendría más valor que una mera conjetura. Como las setenta semanas deben terminar en el 34 d.C., a menos que el séptimo de Artajerjes esté mal fijado, y como eso no se puede cambiar sin alguna evidencia al respecto, preguntamos: ¿Qué evidencia marcó esa terminación? El momento en que los apóstoles se volvieron a los gentiles armoniza con esa fecha mejor que cualquier otra que se haya nombrado. Y la crucifixión, en el 31 d.C., en medio de la última semana, está sostenida por una masa de testimonios que no puede ser fácilmente invalidada.» — *Advent Herald*, 2 de marzo de 1850.

Sesenta y nueve de las setenta semanas debían extenderse hasta el Mesías Príncipe. Sesenta y nueve semanas de años son 483 años. Comenzando estas con el séptimo año de Artajerjes, se extienden hasta el 26-27 d.C. La palabra *Mesías* significa *el Ungido* (Juan 1:41, *margen*). El Salvador fue ungido en su bautismo. Compárese (Hechos 10:37, 38; Marcos 1:10; Lucas 4:18).

Después de ser así ungido, fue a Galilea, predicando el evangelio del reino de Dios y diciendo: «El tiempo se ha cumplido» (Marcos 1:14, 15). El tiempo entonces cumplido no podía ser otro período que las sesenta y nueve semanas, pues ese debía alcanzar hasta el Mesías, o el Ungido. Las sesenta y nueve semanas, contadas desde el séptimo año de Artajerjes, según lo fijan los cálculos astronómicos, terminarían en el 26-27 d.C.; y el 27 d.C. encontramos que es el punto preciso en el tiempo en que el Salvador debe haber tenido «como treinta años» (Lucas 3:23) de edad, cuando fue bautizado por Juan y declaró que el tiempo se había cumplido.

El decreto al que se refiere Daniel 9, del cual se datan las setenta semanas, es el del séptimo año de Artajerjes (Esdras 7). De hecho, hablando propiamente, no hubo decreto en su vigésimo año; pues al recurrir a (Nehemías 2:18), se verá que cuando Nehemías llegó a Jerusalén no tenía nada con qué incitar a los judíos a la acción, excepto relatarles las buenas palabras que el rey le había dicho. Así,

Nehemías tuvo un mero permiso verbal para restaurar la ciudad de Jerusalén. Pero tal permiso verbal no constituye un decreto persa; pues en (Daniel 6:8), aprendemos que debe ser un documento escrito, firmado por el rey. Pero trece años antes del permiso de Nehemías para subir a Jerusalén, tal decreto había sido dado a Esdras en el séptimo año de Artajerjes. Respecto a este decreto, el profesor Whiting comenta: —

«Se nos informa en Esdras 7:11: ‘Esta es la copia de la carta que el rey Artajerjes dio a Esdras el sacerdote, escriba, escriba de las palabras de los mandamientos de Jehová y de sus estatutos a Israel’. La carta sigue luego, escrita no en hebreo, sino en caldeo (o arameo oriental), el idioma que se usaba entonces en Babilonia. En el versículo 27, la narración continúa en hebreo. Así se nos proporciona el documento original, en virtud del cual Esdras fue autorizado a ‘restaurar y edificar Jerusalén’, o, en otras palabras, por el cual fue investido de poder, no meramente para erigir muros o casas, sino para regular los asuntos de sus compatriotas en general, para ‘poner magistrados y jueces que juzguen a todo el pueblo que está al otro lado del río’.»

Que Esdras entendió que se le confirió poder a él y al pueblo de Israel para reconstruir la plaza y el muro de Jerusalén, es cierto por su propio testimonio, registrado en el capítulo 9:9: «Porque siervos somos; mas en nuestra servidumbre no nos ha desamparado nuestro Dios, sino que nos ha dado misericordia delante de los reyes de Persia, para darnos vida para levantar la casa de nuestro Dios y restaurar sus ruinas, y para darnos muro en Judá y en Jerusalén» (Esdras 9:9).

El séptimo año de Artajerjes, del cual se fecha el decreto, está fijado sin discusión en el 457 a.C. El comienzo del ministerio de Cristo, en el 27 d.C., fue exactamente sesenta y nueve semanas, o 483 días proféticos, después del decreto del 457 a.C. La crucifixión en medio de la semana ocurrió en la primavera del 31 d.C., solo tres años y medio después del comienzo del ministerio de Cristo. Los tres años y medio restantes de la septuagésima semana terminaron en el otoño del 34 d.C. Aquí las setenta semanas, que habían sido *cortadas* para los judíos, en las que debían «acabar la prevaricación» (Daniel 9:24), cierran con el acto del

Sanedrín judío al rechazar formalmente a Cristo persiguiendo a sus discípulos; y Dios da al gran apóstol a los gentiles su comisión hacia ellos (Hechos 9).

Los primeros tres años y medio de la septuagésima semana terminaron en el primer mes judío (abril) en la primavera del 31 d.C. Los tres años y medio restantes terminarían, por lo tanto, en el séptimo mes, otoño, del 34 d.C. Aquí termina el gran período que Gabriel, al explicar los 2300 días a Daniel, le dice que fue *cortado* sobre Jerusalén y los judíos. Su comienzo, fechas intermedias y terminación final están plenamente establecidos. Queda, entonces, señalar este gran hecho: Los primeros 490 años de los 2300 terminaron en el séptimo mes, otoño, del 34 d.C. Si a este período de 490 años, que se *cortó* de los 2300, le restamos 1810 años, un período de 1810 años permanece. Este período de 1810 años, sumado al séptimo mes, otoño del 34 d.C., nos lleva al séptimo mes, otoño de 1844.

Volvamos ahora a los eventos relacionados con el gran movimiento adventista de 1843 y 1844. Antes del año 1843, la evidencia sobre la promulgación del decreto en el 457 a.C. había sido expuesta clara y fielmente. Y como el período de 457 años antes de Cristo, restado de los 2300, dejaría solo 1843 años después de Cristo, el fin de los 2300 años se esperaba con confianza en 1843. Pero si los 2300 años comenzaron con el inicio del 457 a.C., no terminarían hasta el último día del 1843 d.C., ya que se requerirían todos los 457 y todos los 1843 para sumar 2300 años completos.

Pero hacia finales de 1843 se vio claramente que, como la crucifixión ocurrió en medio de la semana, en la primavera del 31 d.C., el resto de la septuagésima semana, es decir, tres años y medio, terminaría en el otoño del 34 d.C. Y como las primeras siete semanas de las setenta marcan el tiempo de la obra de restaurar y edificar Jerusalén en tiempos angustiosos, el gran período debe comenzar con el inicio de la obra de restaurar y edificar, que no comenzó en la primavera, en el primer mes, cuando Esdras partió de Babilonia, sino después de haber llegado a Jerusalén, en el otoño, probablemente en el séptimo mes. «Porque el primer día del primer mes fue cuando partió de Babilonia, y el primer día del mes quinto llegó a Jerusalén» (Esdras 7:9). Esto daría dos meses para las preparaciones

necesarias para que la obra de restaurar y edificar comenzara en el séptimo mes, inmediatamente después del gran día de la expiación.

Cuando se vio que solo habían transcurrido 456 años y una fracción antes de Cristo, se comprendió de inmediato que se requerían 1843 años, y una parte de 1844 suficiente para completar un año entero al unirse a esa fracción, para sumar 2300 años completos. En otras palabras, los 2300 días en tiempo completo, expirarían en el séptimo mes de 1844. Y si tomamos en cuenta el hecho de que la mitad de la septuagésima semana fue el decimocuarto día del primer mes, y que, en consecuencia, el final de las setenta semanas debe haber sido en un punto correspondiente del séptimo mes, 34 d.C., percibimos de inmediato que el resto de los 2300 días terminaría aproximadamente en ese punto del séptimo mes de 1844.

Con este gran hecho ante nosotros, de que los 2300 días de Daniel, que llegaban hasta la purificación del santuario, terminarían en ese momento, y también con la luz de los tipos, de que el sumo sacerdote en «la figura y sombra de las cosas celestiales» (Hebreos 8:5), el décimo día del séptimo mes, entraba dentro del segundo velo para purificar el santuario, esperábamos con confianza el advenimiento de nuestro Redentor en el séptimo mes de 1844. La profecía decía: «Entonces el santuario será purificado» (Daniel 8:14). El tipo decía que en esa estación del año el sumo sacerdote debía pasar del lugar santo del tabernáculo terrenal al santísimo, para purificar el santuario (Levítico 16).

Con estos hechos ante nosotros, razonamos de la siguiente manera: (1) El santuario es la tierra, o la tierra de Palestina. (2) La purificación del santuario es la quema de la tierra, o la purificación de Palestina, en la venida de Cristo. (3) Y por lo tanto, nuestro gran Sumo Sacerdote dejará el tabernáculo de Dios en el Cielo, y descenderá en fuego llameante el décimo día del séptimo mes, en el otoño de 1844.

No hace falta decir que nos sentimos dolorosamente decepcionados. Y, aunque no vive el hombre que pueda derribar el argumento cronológico que termina los 2300 días en ese tiempo, o refutar la evidencia con la que está

fortificado y sostenido; sin embargo, multitudes, sin detenerse a inquirir si nuestras concepciones del santuario y de su purificación eran correctas, han negado abiertamente la agencia de Jehová en el movimiento adventista, y lo han declarado obra del hombre.

Sermón Nueve. EL SANTUARIO.

TEXTO:

«Oí a un santo que hablaba, y otro santo preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio diario, y la transgresión de la desolación, para entregar el santuario y el ejército a ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado» (Daniel 8:13, 14).

Hemos visto que la tierra no es reconocida en las Sagradas Escrituras como el santuario de Dios, que la iglesia no es su santuario, y que la tierra de Canaán no es el santuario. La definición de la palabra es: «Un lugar santo». — Walker. «Un lugar sagrado». — Webster. «Un lugar santo o santificado, una morada para el Altísimo». — Cruden. Una morada para Dios. (Éxodo 25:8). Ni la tierra, ni ninguna porción de ella, ha sido tal lugar desde que el pecado encontró su camino en el Edén.

La palabra santuario se usa en la Biblia ciento cuarenta y seis veces, y en ningún caso se aplica a la tierra, a la tierra de Canaán o a la iglesia. En ciento treinta y siete veces se refiere a dos cosas, y solo a dos: Primero, el santuario que fue el centro del sistema de adoración judío; y, segundo, el santuario del cual Cristo es el ministro en el Cielo. Hay nueve casos en los que la palabra santuario no se refiere al santuario del Señor. En un texto se dice que «Judá fue su santuario» (Salmo 114:2). Jehová de los ejércitos «será por santuario» (Isaías 8:14). Moab tenía un santuario (Isaías 16:12). Dios es un pequeño santuario (Ezequiel 11:16). El rey de Tiro tenía santuarios (Ezequiel 28:18). Había santuarios paganos (Daniel 8:11; 11:31). La «capilla del rey», (Amós 7:13, margen, santuario), era un santuario rival. Véase el versículo 9, donde se nombran los santuarios, en plural, de Israel. En estos nueve textos, la palabra santuario no se refiere ni al santuario terrenal ni al celestial; pero en todos estos casos deriva su nombre del santuario del Señor.

El santuario de la Biblia es la morada de Dios. Incluye, primero, el tabernáculo levantado por el hombre, que fue el modelo del verdadero; y segundo, «el verdadero tabernáculo, que levantó el Señor y no el hombre». El tabernáculo erigido por el hombre, como modelo del verdadero, abarcó, primero, el tabernáculo de Moisés, segundo, el templo de Salomón, y tercero, el templo de Zorobabel. El verdadero tabernáculo de Dios es el gran original, del cual Moisés, Salomón y Zorobabel erigieron «figuras», «modelos» o «imágenes». Rastreamos el modelo del verdadero desde el momento en que fue erigido por Moisés, hasta que se fusionó con el modelo más grande y glorioso que Salomón mandó establecer. Rastreamos este edificio hasta el período en que fue derrocado por Nabucodonosor, y se le permitió permanecer en ruinas durante el cautiverio babilónico. Y desde el momento en que Zorobabel reconstruyó el santuario, rastreamos la historia del modelo hasta que llegamos al verdadero tabernáculo, el gran santuario de Jehová en el Cielo.

Recopilamos nuestra primera instrucción sobre el santuario del libro del Éxodo. En el capítulo 24, aprendemos que Moisés subió a la nube que envolvía al Dios de Israel, en el Monte Sinaí, y que estuvo allí cuarenta días. Fue durante este período que se le explicó a Moisés la construcción del santuario y se le mostró el modelo en el monte. (Hebreos 8:5). El siguiente capítulo comienza con el mandamiento de erigir el santuario: «Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo y el diseño de todos sus instrumentos, así lo haréis» (Éxodo 25:8, 9).

Hemos aprendido varios hechos importantes: (1) El santuario era la morada de Dios. Fue erigido con este propósito expreso, para que Dios pudiera habitar entre su pueblo. Y Moisés tenía su mirada puesta en esta morada, o santuario, en ese mismo capítulo en el que algunos suponen que enseña que la tierra de Canaán es el santuario. «Él es mi Dios», dice Moisés, «y yo le prepararé una morada» (Éxodo 15:2). Es evidente que incluso Moisés entendía la diferencia entre la morada de Jehová y el lugar de su ubicación. (2) El santuario que Dios mandó a Moisés erigir, era el tabernáculo. El tabernáculo del testimonio era el santuario de Dios. (3) A Moisés se le encargó solemnemente que hiciera el santuario y todos

sus utensilios según el modelo que se le mostró en aquel lugar. Por lo tanto, ahora tendremos ante nosotros un modelo de la morada de Dios.

En el plan del santuario, sus paredes en el lado norte, oeste y sur, estaban formadas por tablas verticales colocadas en zócalos de plata. Cinco barras, que corrían a lo largo de los lados y pasaban a través de anillos en las tablas, las unían todas. Y todo estaba recubierto de oro. El santuario estaba cubierto con cuatro cubiertas diferentes. El extremo este estaba cerrado por un velo, o cortina, llamado la puerta del tabernáculo. Un segundo velo dividía el tabernáculo en dos partes, llamadas el lugar santo y el lugar santísimo. (Éxodo 26:1-29, 31-37; 36:8-38; Levítico 16:2; Hebreos 9:3).

Los utensilios del santuario fueron hechos conforme al modelo que el Señor mostró a Moisés. (Éxodo 25:9, 40). Eran los siguientes: (1) El arca. Era un cofre de aproximadamente cuatro pies y seis pulgadas de largo, y unos dos pies y seis pulgadas de ancho y alto, recubierto de oro puro, por dentro y por fuera. Esto fue hecho con el propósito expreso de contener el testamento de Dios, los diez mandamientos. (Éxodo 25:10-16, 21; 31:18; 32:15, 16; 37:1-5; Deuteronomio 10:1-5; 1 Reyes 8:9; 2 Crónicas 5:10; Hebreos 9:4). (2) El propiciatorio. Esta era la tapa del arca. En cada extremo de ella había un querubín; los querubines y el propiciatorio eran una sola pieza de oro batido. (Éxodo 25:17-22; 37:6-9; 26:34; Hebreos 9:4, 5). (3) El altar del incienso. Este estaba recubierto de oro, y medía aproximadamente tres pies y medio de altura, y casi dos pies cuadrados. Era para quemar incienso delante de Dios. (Éxodo 30:1-10; 37:25-28; Lucas 1:9-11). (4) El incensario de oro. Este se usaba para quemar incienso delante del Señor, particularmente en el lugar santísimo. (Levítico 10:1; 16:12; Hebreos 9:4). (5) El candelabro. Este, con sus siete lámparas, era una sola pieza de oro batido, con un peso de aproximadamente un talento. Fue hecho según el modelo expreso mostrado a Moisés. (Éxodo 25:3-40; 37:17-24; Números 8:4). (6) La mesa de los panes de la proposición. Medía aproximadamente tres pies y medio de largo, dos pies y medio de alto y dos de ancho. Estaba recubierta de oro puro, y sobre ella siempre se mantenían los panes de la proposición delante del Señor. (Éxodo 25:23-30; 37:10-16; Hebreos 9:2). (7) El altar del holocausto. Medía

aproximadamente nueve pies cuadrados, y casi cinco pies y medio de altura. Estaba recubierto de bronce, y era, como su nombre lo indica, utilizado para ofrecer sacrificios a Dios. (Éxodo 27:1-8; 38:1-7). (8) El lavacro. Este estaba hecho de bronce, y contenía agua para el uso de los sacerdotes. (Éxodo 30:18-21; 38:8). El atrio del tabernáculo tenía cien codos de largo por cincuenta de ancho, y cinco codos, o unos nueve pies, de altura. (Éxodo 27:9-18; 38:9-20).

Moisés erigió el santuario. Levantó el tabernáculo, y colocó sus tablas en los zócalos de plata, y las unió con las barras, y extendió sobre todo la cubierta del tabernáculo. Luego puso el testimonio en el arca, y colocó el propiciatorio sobre ella, y llevó el arca al tabernáculo. (Éxodo 40:17-21). Luego colgó el velo delante del arca, y así dividió los lugares santos. (Éxodo 40:21; 26:33; Hebreos 9:3). Colocó la mesa sin el velo en el lado norte del lugar santo, y ordenó el pan sobre ella. (Éxodo 40:22, 23). Luego colocó el candelabro en el lado sur del lugar santo, y encendió sus lámparas delante del Señor. (Éxodo 40:24, 25). Colocó el altar de oro delante del velo en el lugar santo, y quemó incienso aromático sobre él. (Éxodo 40:26, 27). Levantó la cortina para la puerta del santuario, y colocó el altar del holocausto en la puerta, y colocó el lavacro entre el tabernáculo y este altar; y alrededor de todo, levantó el atrio del tabernáculo. (Éxodo 40:28-33). El santuario erigido para la morada de Jehová, (Éxodo 15:2; 25:8), está ahora listo para recibir al Rey eterno.

«Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba». (Éxodo 40:34, 35). Ahora hemos encontrado la morada, o santuario, del Señor. En el libro del Éxodo, Moisés llama a este edificio el santuario al menos once veces.

Pero, ¿pides el testimonio del Nuevo Testamento sobre este punto? Entonces escucha la visión de Pablo sobre el santuario del primer pacto: «Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: En la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un

incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio» (Hebreos 9:1-5; 13:11). Queda establecido, por lo tanto, que tenemos la perspectiva correcta de este tema hasta ahora, y que el tabernáculo de Dios, y no la tierra de Canaán, era el santuario.

El santuario terrenal era el modelo del verdadero. «Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo y el diseño de todos sus instrumentos, así lo haréis». «Y mira, hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte» (Éxodo 25:9, 40). «Y alzarás el tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte» (Éxodo 26:30). «Como te fue mostrado en el monte, así lo harán» (Éxodo 27:8). «Conforme al modelo que Jehová había mostrado a Moisés, así hizo el candelabro» (Números 8:4). «Nuestros padres tuvieron el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado el que habló a Moisés, que lo hiciese conforme al modelo que había visto» (Hechos 7:44). «Los cuales sirven de ejemplo y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a construir el tabernáculo; pues le dijo: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte» (Hebreos 8:5). «Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero» (Hebreos 9:23, 24).

De estos textos aprendemos dos hechos importantes: 1. Muchas veces se nos certifica que el tabernáculo del testimonio fue hecho según el modelo que Dios mostró a Moisés. 2. Que ese modelo era una representación del santuario celestial mismo. (Hebreos 8:2).

De Hechos 7:45, aprendemos que las tribus de Israel llevaron el santuario consigo a la tierra prometida. En el libro de Josué se le llama la casa de Dios, o tabernáculo; y aprendemos que fue establecido en Silo. (Josué 9:23; 18:1; 19:51; Jeremías 7:12). Se le llama «el tabernáculo de Jehová» (Josué 22:19). Se le llama «el santuario de Jehová» (Josué 24:26). En el libro de Jueces se le llama

simplemente «la casa de Dios», ubicada en Silo. (Jueces 18:31; 20:18, 26, 31; 21:2). En 1 Samuel se le denomina «la casa de Jehová» (1 Samuel 1:7, 24; 3:15). En los capítulos 1:9; 3:3, se le llama «el templo de Jehová». En el capítulo 2:29, Dios lo llama «mi morada», o tabernáculo, margen. Todavía permanecía en Silo. (1 Samuel 4:4). Ahora pasamos de la sombra a la sustancia. El santuario típico dio lugar al verdadero.

1. El santuario del primer pacto termina con ese pacto, y no constituye el santuario del nuevo pacto. (Hebreos 9:1, 2, 8, 9; Hechos 7:48, 49).

2. Ese santuario era una figura para el tiempo presente, o para esa dispensación. (Hebreos 9:9). Es decir, Dios no, durante la dispensación típica, reveló el verdadero tabernáculo; sino que dio al pueblo una figura o modelo de él.

3. Cuando la obra del primer tabernáculo fue cumplida, el camino del templo de Dios en el Cielo fue abierto. (Hebreos 9:8; Salmo 11:4; Jeremías 17:12).

4. El santuario típico y las ordenanzas carnales conectadas con él debían durar solo hasta el tiempo de la reforma. Y cuando ese tiempo llegó, Cristo vino, un sumo sacerdote de los bienes venideros por un tabernáculo más grande y más perfecto. (Hebreos 9:9-12).

5. El rasgarse el velo del santuario terrenal a la muerte de nuestro Salvador, evidenció que sus servicios habían terminado. (Mateo 27:50, 51; Marcos 15:38; Lucas 23:45).

6. Cristo declaró solemnemente que fue dejado desolado. (Mateo 23:37, 38; Lucas 13:34, 35).

7. El santuario está conectado con el ejército. (Daniel 8:13). Y el ejército, que es la verdadera iglesia, no ha tenido santuario ni sacerdocio en la antigua Jerusalén los últimos 1800 años, pero ha tenido ambos en el Cielo. (Hebreos 8:1-6).

8. Mientras el santuario típico estaba en pie, era evidencia de que el camino hacia el verdadero santuario no había sido abierto. Pero cuando sus servicios

fueron abolidos, el tabernáculo en el Cielo, del cual era una figura, tomó su lugar. (Hebreos 10:1-9; 9:6-12).

9. Los lugares santos hechos de manos, las figuras o modelos de las cosas celestiales, han sido reemplazados por los lugares santos celestiales mismos. (Hebreos 9:23, 24).

10. El santuario, desde el comienzo del sacerdocio de Cristo, es el verdadero tabernáculo de Dios en el Cielo. Esto se afirma claramente en (Hebreos 8:1-6). Estos puntos son evidencia concluyente de que el santuario terrenal del primer pacto ha dado lugar al santuario celestial del nuevo pacto. El santuario típico es abandonado, y el sacerdocio es transferido al verdadero tabernáculo.

Pero la pregunta más importante en la mente del lector es esta: ¿Cómo explicó Gabriel el santuario a Daniel? ¿No le señaló la transición de la «figura» o «modelo» al «tabernáculo más grande y más perfecto», los verdaderos lugares santos? Respondemos: Sí lo hizo.

1. Gabriel explicó a Daniel qué porción de los 2300 días pertenecía a Jerusalén y a los judíos: «Setenta semanas han sido cortadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa» —Traducción de Whiting. (Daniel 9:24). Entonces la totalidad de los 2300 días no pertenece a la antigua Jerusalén, el lugar del santuario terrenal, ni todos ellos pertenecen a los judíos, el pueblo profeso de Dios en el tiempo del primer pacto.

2. Porque en ese período de setenta semanas, la transgresión debía terminar; es decir, el pueblo judío debía llenar su medida de iniquidad, al rechazar y crucificar al Mesías, y ya no serían su pueblo, o ejército. (Daniel 9:24; Mateo 23:32, 33; 21:33-43; 27:25).

3. Gabriel mostró a Daniel que el santuario terrenal sería destruido poco después de su rechazo del Mesías, y nunca sería reconstruido, sino que permanecería desolado hasta la consumación. (Daniel 9:26, 27).

4. El ángel presenta el nuevo pacto a la vista de Daniel. «Él [el Mesías] confirmará el pacto con muchos por una semana» (Daniel 9:27; Mateo 26:28).

5. Presenta a la vista de Daniel la iglesia del nuevo pacto, o ejército; a saber, los «muchos» con quienes se confirma el pacto. (Daniel 9:27).

6. Presenta a la vista el sacrificio del nuevo pacto; a saber, la eliminación del Mesías, pero no por sí mismo (Daniel 9:26); y también al Príncipe, o Mediador, del nuevo pacto. (Daniel 9:25; 11:22; Hebreos 12:24). Presenta a la vista de Daniel el santuario del nuevo pacto, y le informa que antes del final de las setenta semanas, que pertenecen al santuario terrenal, el lugar santísimo será ungido. Para demostrar que este «lugar santísimo» es el verdadero tabernáculo en el que el Mesías ha de officiar como sacerdote, ofrecemos el siguiente testimonio: ««Y ungir el lugar santísimo»: kodesh kodashim, el Santo de los Santos». —Adam Clarke. (Daniel 9:24).

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y la ciudad de tu santuario, para que el pecado sea refrenado, y la transgresión tenga fin; para que la iniquidad sea expiada, y la justicia eterna sea introducida; para que las visiones y profecías sean selladas, y el Santo de los Santos sea ungido». —Traducción de Houbigant. (Daniel 9:24).

El hecho es claro: que de la visión de los 2300 días concernientes al santuario, solo 490 pertenecían al santuario terrenal; y también que la iniquidad del pueblo judío, en ese período, se llenaría hasta tal punto que Dios los abandonaría, y la ciudad y el santuario serían destruidos poco después, y nunca serían reconstruidos, sino que serían dejados en ruinas hasta la consumación. Y también es un hecho que Gabriel sí presentó a Daniel una visión del verdadero tabernáculo, (Hebreos 8:1, 2), el cual, hacia el final de las setenta semanas, tomó el lugar del modelo. Y así como la ministración del tabernáculo terrenal comenzó con su unción, así en el ministerio más excelente de nuestro gran Sumo Sacerdote, el primer acto, como se le mostró a Daniel, es la unción del verdadero tabernáculo o santuario, del cual él es ministro. (Éxodo 40:9-11; Levítico 8:10, 11; Números 7:1; Daniel 9:24).

Es, por lo tanto, un hecho establecido que el santuario terrenal del primer pacto, y el santuario celestial del nuevo pacto, ambos están incluidos en la visión

de los 2300 días. Setenta semanas son cortadas sobre el santuario terrenal; y a su término, se introduce el verdadero tabernáculo, con su unción, su sacrificio y su Ministro. Y es interesante notar que la transferencia del tabernáculo hecho con manos al verdadero tabernáculo mismo, que levantó el Señor y no el hombre, es colocada por Gabriel en el punto exacto donde la Biblia testifica que la sombra de los bienes venideros cesó, siendo clavada en la cruz (Colosenses 2:14, 17); donde la ofrenda de toros y cabras dio lugar al gran Sacrificio (Hebreos 9:11-14; 10:1-10; Salmo 40:6-8; Daniel 9:27); donde el sacerdocio levítico fue reemplazado por el del orden de Melquisedec (Hebreos, capítulos 5-7; Salmo 110); donde el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales fueron terminados por el ministerio más excelente que representaban (Hebreos 8:1-6); y donde los lugares santos que eran las figuras del verdadero, fueron sucedidos por los verdaderos lugares santos en el Cielo. (Hebreos 9:23, 24). Hemos visto que Gabriel no explicó los 2300 días y el santuario en Daniel 8. Ahora vemos que en Daniel 9 explicó ambos.

EL SANTUARIO CELESTIAL

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un sumo sacerdote tal, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre» (Hebreos 8:1, 2). «Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario» (Jeremías 17:12; Apocalipsis 16:17; Salmo 11:4). «Porque miró desde lo alto de su santuario; Jehová miró desde los cielos a la tierra» (Salmo 102:19).

El santuario celestial tiene dos lugares santos. El siguiente testimonio al respecto es concluyente. Lo extraemos del Antiguo y Nuevo Testamento, para que *toda palabra sea establecida por boca de dos o tres testigos*.

1. El tabernáculo levantado por Moisés

El tabernáculo levantado por Moisés, después de una inspección de cuarenta días del que se le mostró en el monte, consistía en dos lugares santos (Éxodo 26:30-33), y se declara que es un patrón, o modelo, correcto de aquel edificio

(Éxodo 25:8, 9, 40, comparado con capítulo 39:32-43). Pero si el santuario terrenal consistía en dos lugares santos, y el gran original, del cual fue copiado, consistía en solo uno, en lugar de semejanza habría perfecta desemejanza.

2. El templo

El templo fue construido en todos los aspectos según el patrón que Dios dio a David por el Espíritu (1 Crónicas 28:10-19). Y Salomón, al dirigirse a Dios, dice: «Tú me has mandado edificar un templo en tu monte santo y un altar en la ciudad donde habitas, a semejanza del tabernáculo santo que preparaste desde el principio.» (Sabiduría de Salomón 9:8). El templo fue construido a una escala mayor y más grandiosa que el tabernáculo; pero su característica distintiva, al igual que la del tabernáculo, consistía en el hecho de que estaba compuesto por dos lugares santos (1 Reyes 6; 2 Crónicas 3). Esta es una prueba clara de que el tabernáculo celestial contiene lo mismo.

3. El testimonio de Pablo

Pablo afirma claramente que «los lugares santos [plural] hechos con manos» (Hebreos 9:24) «son figuras [plural] de las cosas verdaderas» (Hebreos 9:24); y que el tabernáculo y sus vasos son «ejemplos de las cosas celestiales» (Hebreos 9:23). Esta es una evidencia directa de que, en el tabernáculo mayor y más perfecto, hay dos lugares santos, tal como en la figura, ejemplo o patrón.

4. El uso de la palabra "santos" (plural)

El apóstol realmente usa la palabra *santos* (plural) al hablar del santuario celestial. La expresión, “*el lugar santísimo*” (Hebreos 9:8; 10:19), ha sido supuesta por algunos como prueba de que Cristo comenzó a ministrar en el Lugar Santísimo, en su ascensión. Pero la expresión no es “*hagia hagion*,” santo de santos, como en capítulo 9:3; sino que es simplemente “*hagion*,” santos. Es la misma palabra que se traduce como santuario en Hebreos 8:2. En cada uno de estos tres textos, Hebreos 8:2; 9:8; 10:19, Macknight traduce la palabra como «lugares santos». La Biblia Douay la traduce como «los santos». Y así aprendemos que el santuario celestial consiste en dos «lugares santos».

Hemos notado particularmente los vasos del santuario terrenal, y hemos citado testimonio divino para mostrar que eran patrones de lo verdadero en el Cielo. Esto se confirma sorprendentemente por el hecho de que en el santuario celestial encontramos vasos similares: (1) El arca del pacto de Dios, y los querubines (Apocalipsis 11:19; Salmo 99:1). (2) El altar de incienso de oro (Apocalipsis 8:3; 9:13). (3) El candelero con las siete lámparas (Apocalipsis 4:5; Zacarías 4:2). (4) El incensario de oro (Apocalipsis 8:3). Este santuario celestial es llamado por David, Habacuc y Juan, *“el templo de Dios en el cielo”* (Salmo 11:4; Habacuc 2:20; Apocalipsis 11:19; Apocalipsis 16:17); *“la santa morada de Dios”* (Zacarías 2:13; Jeremías 25:30); *“tabernáculo más grande y más perfecto”* (Hebreos 9:11); *“el santuario y el verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”* (Hebreos 8:2).

LA MINISTRACIÓN Y PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO TERRENAL

Hemos mostrado anteriormente que el santuario terrenal consistía en dos lugares santos, y que era un patrón del verdadero tabernáculo de Dios en el Cielo. Ahora presentaremos de manera breve la obra de ministración en ambos lugares santos, y también la obra de purificación de ese santuario, al final de esa ministración cada año, y probaremos que esa ministración fue el ejemplo y la sombra del ministerio más excelente de Cristo en el verdadero tabernáculo.

La ministración en el santuario terrenal era realizada por el orden sacerdotal levítico (Éxodo 28; 29; Levítico 8; 9; Hebreos 7). El acto preparatorio al comienzo de la ministración en el tabernáculo terrenal era la unción de sus dos lugares santos y de todos sus vasos sagrados (Éxodo 40:9; 30:26-29; Levítico 8:10). La obra completa de los sacerdotes en los dos lugares santos es resumida por el apóstol de la siguiente manera: «Así que, dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran continuamente los sacerdotes para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, solo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del

pueblo.» (Hebreos 9:6, 7). La ministración en el santuario terrenal se nos presenta así en dos grandes divisiones: Primero, el servicio diario en el lugar santo, que consistía en el holocausto regular de la mañana y de la tarde (Éxodo 29:38-43; Números 28:3-8); la quema de incienso aromático sobre el altar de oro, cuando el sumo sacerdote encendía las lámparas cada mañana y cada tarde (Éxodo 30:7, 8, 34-36; 31:11); la obra especial en los días de reposo del Señor, y también en los días de reposo anuales, lunas nuevas y fiestas (Números 28:9-31; 29; Levítico 23); y además de todo esto, la obra especial para los individuos que presentaban sus ofrendas particulares durante el año (Levítico 1-7). Y, en segundo lugar, la obra anual en el Lugar Santísimo, por los pecados del pueblo y por la purificación del santuario (Levítico 16). Así, cada uno de los dos lugares santos tenía asignada su obra apropiada. La gloria del Dios de Israel se manifestaba en ambos compartimentos. Cuando él entró por primera vez en el tabernáculo, su gloria llenó ambos lugares santos (Éxodo 40:34, 35). Véase también 1 Reyes 8:10, 11; 2 Crónicas 5:13, 14; 7:1, 2. A la puerta del primer compartimento, el Señor se detuvo y habló con Moisés (Éxodo 33:9-11). En este lugar, Dios prometió encontrarse con los hijos de Israel y santificar el tabernáculo con su gloria (Éxodo 29:42-44; 30:36). En el Lugar Santísimo, también, Dios manifestó su gloria de manera especial (Éxodo 25:21, 22; Levítico 16:2).

En el primer compartimento estaban los sacerdotes en un curso continuo de ministración por el pueblo. El que había pecado, traía su víctima a la puerta de este compartimento para ser ofrecida por sí mismo. Ponía su mano sobre la cabeza de la víctima, para denotar que su pecado le era transferido (Levítico 1:4). Luego la víctima era sacrificada a causa de esa transgresión, y su sangre, llevando ese pecado y culpa, era llevada al santuario y rociada sobre él (Levítico 4). Así, durante el año esta ministración continuaba; los pecados del pueblo eran transferidos de ellos mismos a las víctimas ofrecidas en sacrificio, y, a través de la sangre de los sacrificios, transferidos al santuario mismo.

El día diez del séptimo mes, la ministración se cambió del lugar santo, donde había continuado durante el año, al Lugar Santísimo (Levítico 16:2, 29-34). El sumo sacerdote entró en el Lugar Santísimo con la sangre de un becerro, como

ofrenda por el pecado para sí mismo (Versículos 3, 6, 11-14). Luego recibió de los hijos de Israel dos machos cabríos para una ofrenda por el pecado. Sobre estos cabríos echó suertes; una suerte para el Señor y la otra para el macho cabrío expiatorio (Versículos 5, 7, 8). Luego procedió a ofrecer el cabrío sobre el cual cayó la suerte del Señor, como ofrenda por el pecado para el pueblo.

Ahora mostraremos que ofreció esta sangre con dos propósitos: 1. «para hacer expiación por los hijos de Israel por todos sus pecados» (Levítico 16:30). 2. Limpiar, o «hacer expiación por el santuario santo» (Levítico 16:33). Leamos una porción de Levítico 16:

«Luego degollará el macho cabrío en expiación por el pueblo, y meterá la sangre detrás del velo, y hará con ella como hizo con la sangre del becerro, y la rociará sobre el propiciatorio, y delante del propiciatorio. Así hará expiación por el santuario a causa de las inmundicias de los hijos de Israel, y a causa de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también con el tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus inmundicias. Y ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre para hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí y por su casa, y por toda la congregación de Israel. Después saldrá al altar que está delante de Jehová, y hará expiación por él; y tomará de la sangre del becerro, y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y rociará sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel. Y cuando hubiere acabado de reconciliar el santuario, el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por medio de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.»

«Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero

que peregrina entre vosotros; porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová.»

«Así hará expiación por el santuario santo, y hará expiación por el tabernáculo de reunión, y por el altar; también hará expiación por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis por estatuto perpetuo, para hacer expiación por los hijos de Israel por todos sus pecados una vez al año.» (Versículos 15-22, 29, 30, 33, 34). Aquí hemos leído varios hechos importantes:

1. Cambio de ministración

El día diez del séptimo mes, la ministración se cambió del lugar santo al Lugar Santísimo (Versículos 2, 29-34).

2. Ofrenda de sangre en el Lugar Santísimo

En el Lugar Santísimo, se ofrecía sangre por los pecados del pueblo, para hacer expiación por ellos (Versículos 5, 9, 15, 17, 30, 33, 34; Hebreos 9:7).

3. Purificación del santuario y el altar

Los dos lugares santos del santuario, y también el altar de incienso, eran purificados en este día de los pecados del pueblo, los cuales, como hemos visto, habían sido llevados al santuario por medio de la sangre de la ofrenda por el pecado (Versículos 16, 18-20, 33; Éxodo 30:10).

4. La remoción de pecados y el macho cabrío expiatorio

El sumo sacerdote, habiendo quitado por la sangre los pecados del pueblo del santuario, los lleva a la puerta del tabernáculo (Números 18:1; Éxodo 28:38), donde está el macho cabrío expiatorio; y, poniendo ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío, y confesando sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel en todos sus pecados, los pone sobre la cabeza del macho cabrío, y lo envía, con todas sus iniquidades, a una tierra inhabitada (Versículos 5, 7-10, 20-22). El santuario fue así purificado de los pecados del pueblo, y esos pecados fueron llevados por el macho cabrío expiatorio desde el santuario.

Lo anterior presenta a nuestra vista un bosquejo general de la ministración en el santuario terrenal. Las siguientes escrituras muestran que esa ministración fue el ejemplo y la sombra del ministerio de Cristo en el tabernáculo en el Cielo:

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para ofrecer ofrendas y sacrificios; por tanto, es necesario que este también tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo ya sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a construir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.» (Hebreos 8:1-6; Colosenses 2:17; Hebreos 10:1; 9:11, 12).

Los hechos expuestos en estos textos son dignos de cuidadosa atención:

1. Tenemos un Sumo Sacerdote en los cielos.
2. Este Sumo Sacerdote es ministro del santuario, o del verdadero tabernáculo.

Aquí tienes la traducción del texto con el formato solicitado:

3. Así como los sumos sacerdotes terrenales fueron ordenados para ofrecer sacrificio por los pecados, así es de necesidad que nuestro Sumo Sacerdote tenga algo que ofrecer por nosotros en el santuario celestial.
4. Cuando estaba en la tierra, no era sacerdote.
5. El ministerio de los sacerdotes en aquel tabernáculo, hecho según el modelo del verdadero, fue el ejemplo y la sombra del ministerio más excelente de Cristo en el tabernáculo verdadero mismo.
6. Todo el servicio típico era una sombra de los bienes venideros.

7. En el tabernáculo mayor y más perfecto, Cristo es ministro de estos bienes así prefigurados. Con estos hechos ante nosotros, consideraremos ese ministerio más excelente en el templo de Dios en el Cielo.

EL MINISTERIO Y LA PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO CELESTIAL

Al concluir los servicios típicos, Aquel de quien Moisés escribió en la ley y los profetas, Jesús de Nazaret, vino y entregó su vida por nosotros. La muerte del Señor Jesús es el punto divisorio entre las dos dispensaciones, ya que puso fin a los servicios típicos y fue el fundamento de su obra como sacerdote en el tabernáculo celestial. Sobre Jesús fue puesta la iniquidad de todos nosotros, y Él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero. Isaías 53:6; 1 Pedro 2:24; Hebreos 9:28. Fue resucitado de entre los muertos para nuestra justificación y ascendió al Cielo para convertirse en un gran sumo sacerdote en la presencia de Dios por nosotros. Romanos 4:25; Hebreos 9:11, 12, 24.

El ministerio en el santuario celestial es realizado por el orden sacerdotal de Melquisedec, en la persona de nuestro Señor. Salmos 110; Hebreos 5-8. Ya hemos probado que el templo de Dios en el Cielo consta de dos lugares santos, como lo hacía el tabernáculo terrenal; y que el ministerio en los dos lugares santos del santuario terrenal fue el ejemplo y la sombra del ministerio de Cristo en el verdadero tabernáculo. Pero algunos sostienen que Cristo ministra solo en el lugar santísimo del santuario celestial. Examinemos este punto:—

1. La unción del lugar santísimo al comienzo de su ministerio, puede aducirse como prueba de que Él ministra solo en el segundo apartamento del santuario celestial. Daniel 9:24. Pero esta objeción desaparece de inmediato si consideramos que antes de que el sacerdocio levítico comenzara a ministrar en el santuario terrenal, todo ese edificio, tanto el santísimo como el lugar santo y todos los vasos sagrados, fue ungido. Éxodo 40:9-11; 30:23-29; Levítico 8:10; Números 7:1. Y cuando se realizó esta unción, ese ministerio comenzó en el

primer apartamento. Levítico 8-10; Hebreos 9:6, 7. Y este orden, *recuérdese*, fue «el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales».

2. Algunos han sostenido que el texto, «Este hombre, después de haber ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado para siempre a la diestra de Dios» (Hebreos 10:12), prohíbe la idea de que Él ministre en los dos lugares santos. Pero respondemos que, en lo que respecta a la idea de sentarse, sería igualmente apropiado representarlo de pie a la diestra del Padre. Hechos 7:56. Y si el Salvador está «a la diestra del poder de Dios» cuando desciende del Cielo, como testimonia Él mismo, Mateo 26:64; Marcos 14:62; Lucas 22:69, entonces ciertamente puede estar a la diestra del Padre en ambos lugares santos. Pero aquí tenemos un testimonio directo. Pablo dice que Cristo es un «ministro del santuario» (Hebreos 8:2). Que la palabra *hagion*, aquí traducida como santuario, es plural, nadie puede negarlo. Es literalmente traducida por la Biblia Douay como «los lugares santos». Tal como lo tradujo Macknight, Hebreos 8:1, 2, dice así: «Ahora, de las cosas dichas, la principal es: tenemos un Sumo Sacerdote tal como nos convenía, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los Cielos, un ministro de los lugares santos, a saber, del verdadero tabernáculo, que el Señor levantó, y no el hombre.» De lo anterior extraemos dos conclusiones: (1) Nuestro Señor puede ser ministro de los dos lugares santos y, sin embargo, estar a la diestra del Padre. (2) Debe ministrarse en ambos lugares santos, o el lenguaje de Pablo de que es un ministro de los lugares santos (plural) no es verdadero. Un sumo sacerdote que ministrara simplemente en el lugar santísimo no es un ministro de los lugares santos.

3. Sin embargo, algunos han esgrimido otro argumento para probar que Cristo ministra solamente en el Lugar Santísimo, basándose en los siguientes textos: «dando el Espíritu Santo a entender con esto que el camino a *lo más santo de todo* no se había manifestado aún, mientras el primer tabernáculo todavía permanecía en pie» (Hebreos 9:8). «Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en *el santísimo* por la sangre de Jesús» (Hebreos 10:19). Pero como se ha señalado antes, la palabra traducida como «lo más santo de todo» es la misma que se traduce como «santuario» en el capítulo 8:2, y no es *hagia hagion*,

santo de los santos, como en el capítulo 9:3, sino simplemente *hagion*, santos, en plural. La traducción de Macknight, que traduce correctamente la palabra en plural, elimina toda dificultad. Él traduce estos dos textos de la siguiente manera: «El Espíritu Santo significando esto, que el camino de los lugares santos no había sido aún abierto, mientras el primer tabernáculo todavía permanece en pie». «Bien entonces, hermanos, teniendo audacia en la entrada de los lugares santos, por la sangre de Jesús». Estos textos, por lo tanto, no favorecen la doctrina de que Cristo es un ministro de solo uno de los lugares santos. Con la traducción literal de la palabra, dándola en plural en nuestro idioma, tal como fue escrita por Pablo, la objeción a la ministración de Cristo en los dos lugares santos del santuario celestial queda completamente eliminada. El camino hacia los lugares santos del santuario celestial no fue abierto mientras continuaba la ministración en el tabernáculo terrenal; pero cuando esa ministración fue abolida, el camino de los lugares santos celestiales fue abierto, y tenemos audacia para entrar por fe, donde nuestro Sumo Sacerdote está ministrando por nosotros.

Puede ser apropiado añadir que la frase traducida como «en el Lugar Santo», en Hebreos 9:12, 25, y «en el santuario», en el capítulo 13:11, es la misma que en el capítulo 9:24 se traduce literalmente en plural, «en los lugares santos». Macknight las traduce todas en plural. Entonces, el tabernáculo celestial, donde ministra nuestro Señor Jesucristo, tiene lugares santos tan realmente como su patrón o imagen, el tabernáculo terrenal; y nuestro gran Sumo Sacerdote es ministro de esos lugares santos mientras está a la diestra del Padre.

Examinemos ahora las escrituras que presentan la posición y el ministerio de nuestro Señor en el tabernáculo en el Cielo. En visión en Patmos, el discípulo amado tuvo una vista del templo de Dios, el santuario celestial. Una puerta se abrió en el Cielo. Esta debe ser la puerta del tabernáculo celestial, porque reveló a la vista de Juan el trono de Dios, que estaba en ese templo. Apocalipsis 4:1, 2; 16:17; Jeremías 17:12. Debe ser la puerta del primer compartimento, porque la del segundo compartimento (que revela el arca que contiene los diez mandamientos) no se abre hasta el sonido del séptimo ángel. Apocalipsis 11:19. Y la idea de que Juan estaba mirando hacia el primer compartimento del santuario

celestial cuando vio al Señor Jesús tomar el libro de la mano de Aquel que estaba sentado sobre el trono, se confirma sorprendentemente por lo que vio delante del trono. Él testifica que «había siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono, las cuales son los siete espíritus de Dios» (Apocalipsis 4:5; Zacarías 4:2). También vio el altar de incienso de oro delante del trono, y presencié la ministración en ese altar con el incensario de oro. Apocalipsis 8:3. En el tabernáculo terrenal, que era el patrón de las cosas en los Cielos, el candelero de oro con sus siete lámparas, y el altar de incienso de oro, estaban ambos representados, y, por dirección expresa de Dios, colocados en el primer compartimento. Números 8:2-4; Hebreos 9:2; Levítico 24:2-4; Éxodo 40:24-27. La escena de esta visión es el primer compartimento del santuario celestial. Aquí fue donde Juan vio al Señor Jesús. Apocalipsis 5:6-8.

Leamos la descripción de Isaías de este lugar: «El año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas» (Isaías 6:1-6).

Que esta fue una visión del tabernáculo celestial, y no del templo en Jerusalén, puede probarse comparando Juan 12:39-41 con Isaías 6:8-10. Palabras escritas por Isaías, mientras miraba en el templo de Dios, son citadas por Juan, con la declaración de que Isaías las pronunció al contemplar la gloria de Cristo. Que Juan e Isaías ambos contemplaron el mismo lugar, es evidente; ambos contemplaron el trono de Dios, y a Aquel que se sienta sobre él; (Isaías 6:1); (Apocalipsis 4:2); ambos contemplaron los seres vivientes con seis alas; (Isaías 6:2); (Apocalipsis 4:6-8); cada uno escuchó de estos seres un cántico similar;

(Isaías 6:3); (Apocalipsis 4:8); y ambos contemplaron el altar de oro delante del trono. (Isaías 6:6); (Apocalipsis 8:3; 9:13). Que Juan e Isaías ambos vieron a nuestro Señor Jesucristo, ya lo hemos probado. Y la escena de sus visiones fue en el primer compartimento del santuario celestial, el lugar del candelero de oro, con sus siete lámparas, y el altar de oro del incienso. Y en este compartimento nuestro Sumo Sacerdote comenzó su ministración, como los sacerdotes en el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales. En la sombra, cada parte de la obra se repetía muchas veces; pero en la sustancia, cada parte se cumple una vez para siempre. Una vez para siempre es inmolado nuestro Sacrificio, (Romanos 6:9, 10); (Hebreos 9:25-28); y una vez para siempre nuestro Sumo Sacerdote aparece en cada uno de los lugares santos. (Hebreos 9:11, 12, 24, 25). Por lo tanto, nuestro Señor debe continuar su ministración en el primer compartimento hasta que llegue el período para su ministración dentro del segundo velo, ante el arca del testimonio de Dios.

Los pecados del mundo fueron puestos sobre el Señor Jesús, y él murió por esos pecados según las Escrituras. La sangre del Cordero de Dios, que fue derramada por nuestras transgresiones de la ley de Dios, es aquella por la cual nuestro Sumo Sacerdote entra en el santuario celestial, (Hebreos 9:12), y la cual, como nuestro abogado, ofrece por nosotros en ese santuario. (Hebreos 12:24; 1 Pedro 1:2; 1 Juan 2:1, 2). Su gran obra, que comenzó con el acto de llevar los pecados del mundo en su muerte, la lleva aquí adelante al interceder por la causa de los pecadores penitentes, y al presentar por ellos su sangre que había sido derramada como el gran sacrificio por los pecados del mundo. La obra en el santuario terrenal era esencialmente la misma. Los pecados se depositaban allí sobre la víctima, que luego era inmolada. La sangre de ese sacrificio, llevando esa culpa, era rociada en el santuario para hacer reconciliación por el pecador. Y así, en la sombra de las cosas celestiales, vemos la culpa del pueblo transferida al santuario mismo. Esto se puede entender fácilmente. Y es un hecho claro que su gran designio era dar un ejemplo de las cosas celestiales. Así como el pecado de quien venía a Dios mediante la ofrenda de sangre por parte del sumo sacerdote, era, a través de esa sangre, transferido al santuario mismo, así es en la sustancia.

Aquel que llevó nuestros pecados en su muerte, ofrece por nosotros su sangre en el santuario celestial. Pero cuando vuelva, él está «*sin pecado*» (Hebreos 9:28); su gran obra para la remoción del pecado está completamente terminada antes de que él venga.

Ahora inquirimos respecto a la remoción de los pecados de la iglesia, o hueste, del santuario. Hemos visto que solo 490 de los 2300 años pertenecían al santuario terrenal, y que los 1810 años restantes pertenecían al verdadero santuario, que Gabriel le presenta a Daniel en su explicación en el capítulo 9; consecuentemente, el santuario que ha de ser purificado de los pecados de la iglesia, o hueste, al final de los 2300 años, es el santuario celestial. También hemos examinado aquellas porciones de la Biblia que explican cómo y por qué fue purificado el santuario terrenal, y hemos visto que esa purificación fue lograda, no por fuego, sino por sangre. Hemos visto que esa obra fue ordenada con el propósito expreso de prefigurar la obra en el santuario celestial. Y también hemos visto que los pecados de aquellos que vienen a Dios a través de nuestro gran Sumo Sacerdote son comunicados al santuario, como fue el caso en el tipo. Pero no nos quedamos sin testimonio directo sobre este punto importante. El apóstol declara el hecho de la purificación de los santuarios terrenal y celestial, y afirma claramente que este último debe ser purificado por la misma razón que hizo necesario purificar el primero: «*Casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.*» (Hebreos 9:22-24). Dos hechos importantes se declaran en esta porción de la Escritura:

1. El santuario terrenal fue purificado con sangre.
2. El santuario celestial debe ser purificado con mejores sacrificios; es decir, con la sangre de Cristo. Es claro, entonces, que la idea de purificar el santuario con fuego no tiene sustento en la Biblia.

Estas palabras, tal como las traduce Macknight, son muy claras: «Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las representaciones de los lugares santos en los cielos fuesen purificadas con estos sacrificios; pero los lugares celestiales mismos, con sacrificios mejores que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante la presencia de Dios» (Hebreos 9:22-24). Así, Pablo enseña claramente el hecho de la purificación del santuario celestial en su comentario sobre el sistema típico. Y esta gran verdad, claramente expuesta, es digna de perdurable memoria.

Muchos tratarán con desdén la idea de la purificación del santuario celestial, «porque», dicen, «no hay nada en el cielo que limpiar». Estos pasan por alto el hecho de que el Lugar Santísimo, donde Dios manifestaba su gloria y al que nadie sino el sumo sacerdote podía entrar, debía ser limpiado, según la ley, a causa de los pecados del pueblo, que eran llevados allí por la sangre de la ofrenda por el pecado (Levítico 16). Y pasan por alto el hecho de que Pablo testifica claramente que el santuario celestial debe ser limpiado por la misma razón (Hebreos 9:23, 24). Véase también (Colosenses 1:2). Estaba inmundo solo en este sentido: Los pecados de los hombres habían sido llevados a él a través de la sangre de la ofrenda por el pecado, y debían ser quitados. Este hecho puede ser comprendido por toda mente.

La obra de purificar el santuario cambia la ministración del Lugar Santo al Lugar Santísimo (Levítico 16; Hebreos 9:6, 7; Apocalipsis 11:19). Así como la ministración en el Lugar Santo del templo en el Cielo comenzó inmediatamente después del fin del sistema típico, al cierre de las sesenta y nueve semanas y media (Daniel 9:27), así la ministración en el Lugar Santísimo, en el santuario celestial, comienza con la terminación de los 2300 días. Entonces nuestro Sumo Sacerdote entra en el Lugar Santísimo para purificar el santuario. La terminación de este gran período marca el comienzo de la ministración del Señor Jesús en el Lugar Santísimo. Esta obra, tal como se presenta en el tipo, ya hemos visto que tenía el doble propósito del perdón de la iniquidad y la purificación del santuario.

Y esta gran obra nuestro Señor la lleva a cabo con su propia sangre; ya sea por la presentación real de ella, o por virtud de sus méritos, no necesitamos detenernos a inquirir.

Nadie puede dejar de ver que la purificación del santuario es un acontecimiento de importancia infinita. Esto completa la gran obra del Mesías en el tabernáculo celestial y la hace perfecta. A la obra de purificación del santuario le sucede el acto de colocar los pecados, así quitados, sobre la cabeza del macho cabrío, para que sean llevados para siempre del santuario. La obra de nuestro Sumo Sacerdote por los pecados del mundo quedará entonces completada, y él estará listo para aparecer «sin pecado para salvación». El acto de colocar los pecados sobre la cabeza del macho cabrío, en el tipo, ya ha sido observado (Levítico 16:5, 7-10, 20-22).

El siguiente acontecimiento de aquel día, después de que el santuario fue purificado, fue poner todas las iniquidades y transgresiones de los hijos de Israel sobre el macho cabrío, y enviarlo a una tierra deshabitada, o de separación. Casi todos suponen que este macho cabrío tipificó a Cristo en algunas de sus funciones, y que el tipo se cumplió en el primer advenimiento. De esta opinión debo diferir, porque,

1. Ese macho cabrío no fue enviado hasta después de que el sumo sacerdote hubo terminado de purificar el santuario (Levítico 16:20, 21). Por lo tanto, ese evento no puede encontrar su antitipo hasta después del fin de los 2300 días.

2. Fue enviado de Israel al desierto, una tierra deshabitada. Si nuestro bendito Salvador es su antitipo, él también debe ser enviado lejos de su pueblo a una tierra deshabitada, pero no al sepulcro, porque el macho cabrío fue enviado vivo; ni al Cielo, porque esa no es una tierra deshabitada.

3. El macho cabrío recibió y retuvo todas las iniquidades de Israel; pero cuando Cristo aparezca por segunda vez, será «sin pecado» (Hebreos 9:28).

4. El macho cabrío recibió las iniquidades de manos del sacerdote, y este lo envió. Como Cristo es el sacerdote, el macho cabrío debe ser algo diferente de él mismo, que él pueda enviar lejos.

5. Este no era uno de dos machos cabríos elegidos para ese día, de los cuales uno era del Señor y fue ofrecido como ofrenda por el pecado; sino que el otro no fue llamado del Señor, ni ofrecido como sacrificio. Su única función era recibir las iniquidades del sacerdote, después de que este había purificado el santuario de ellas, y llevarlas a una tierra deshabitada, dejando atrás el santuario, al sacerdote y al pueblo, libres de sus iniquidades (Levítico 16:7-10, 22).

6. El nombre hebreo del macho cabrío, como se verá en el margen de (Levítico 16:8), es Azazel. Sobre este versículo, Wm. Jenks, en su *Comp. Com.*, hace las siguientes observaciones: —

«Macho cabrío. Véase diferentes opiniones en Bochart. Spencer, siguiendo la opinión más antigua de hebreos y cristianos, cree que Azazel es el nombre del diablo; y así Rosenmuller, a quien se puede consultar. El siríaco tiene Azzail, el ángel (el fuerte) que se rebeló».

7. A la aparición de Cristo, como se enseña en (Apocalipsis 20), Satanás será atado y arrojado al abismo, acto y lugar que son simbólicamente representados por el sumo sacerdote antiguo enviando al macho cabrío a un desierto separado e inhabitado.

8. Así tenemos la Escritura, la definición del nombre en dos idiomas antiguos hablados al mismo tiempo, y la opinión más antigua de los cristianos, a favor de considerar al macho cabrío como el tipo de Satanás.

Debido a que se dice: «El macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada» (Levítico 16:22), y «He aquí el Cordero de Dios, que quita [margen lleva] el pecado del mundo» (Juan 1:29), se concluye sin más reflexionar que el primero era el tipo del segundo. Pero un poco de atención a la ley mostrará que los pecados eran llevados del pueblo por el sacerdote, y del sacerdote por el macho cabrío.

1. Fueron impartidos a la víctima.
2. El sacerdote los llevó en su sangre al santuario.

3. Después de limpiarlo de ellos, en el décimo día del séptimo mes, los llevó al macho cabrío.

4. El macho cabrío finalmente los llevó lejos, más allá del campamento de Israel, al desierto.

Este fue el proceso legal en figura, y cuando se cumpla en realidad, el autor de los pecados los habrá recibido de nuevo (pero los impíos llevarán sus propios pecados), y su cabeza habrá sido herida por la simiente de la mujer; «el hombre fuerte armado» habrá sido atado por uno más fuerte que él, y su casa (el sepulcro) despojada de sus bienes, los santos (Mateo 12:29; Lucas 11:21, 22).

La gran obra de la expiación está ahora completa, y la obra de nuestro Señor, como sacerdote, cumplida. Los pecados de aquellos que han obtenido perdón a través de la gran ofrenda por el pecado, son, al concluir la obra de nuestro Señor en los lugares santos, borrados (Hechos 3:19), y siendo luego transferidos al macho cabrío, son llevados para siempre del santuario y del pueblo, y descansan sobre la cabeza de su autor, el diablo. El Azazel, o macho cabrío antitípico, habrá entonces recibido los pecados de aquellos que han sido perdonados en el santuario, y en el lago de fuego sufrirá por los pecados que ha instigado. El pueblo de Dios, el ejército, estará entonces libre de su iniquidad. Los casos de todos los hombres quedarán entonces fijados para siempre. «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:11, 12). «Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tesalonicenses 1:7, 8).

EL DESENGAÑO

¿Por qué se desilusionaron aquellos que esperaban la segunda venida de Cristo en el año 1844? Creemos que esta importante pregunta puede responderse

de la manera más satisfactoria. Nuestro desengaño no surgió de un error en la manera y el objeto del segundo advenimiento; porque ninguna verdad está más claramente expuesta en las Sagradas Escrituras que la segunda venida personal y visible de Jesucristo para resucitar a los justos muertos, transformar a la inmortalidad a los justos vivos y destruir el mundo incrédulo. Tampoco nuestro desengaño surgió de una mala aplicación de los símbolos proféticos de Daniel y Juan. Una cuidadosa revisión del tema nos confirma que la aplicación de estos símbolos hecha por los adventistas de 1840-44 fue correcta. Tampoco nuestro desengaño surgió de una mala aplicación de los períodos proféticos. La teoría del día por año está bien sustentada. El argumento que sustenta la fecha original de las setenta semanas del noveno capítulo de Daniel es invulnerable. Y los adventistas sostuvieron correctamente que las setenta semanas eran parte de los 2300 días. Siendo correctos estos dos puntos relativos a las setenta semanas, teníamos razones suficientes para creer que los 2300 días terminarían en el año 1844.

Nuestro desengaño tampoco surgió de creer que al final de los 2300 días tendría lugar la obra de purificación del santuario. Porque está claramente establecido: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:14). Pero cuando dijimos que esta tierra, o una parte de esta tierra, era el santuario, y que Cristo debía descender del Cielo al final de los 2300 días para purificar la tierra con fuego, esperamos aquello que la Biblia no nos autorizaba a esperar. Aquí está la causa de nuestro desengaño. Porque hemos visto que no hay autoridad escriturística que respalde la opinión de que alguna parte de la tierra es el santuario, o que la quema de la tierra y el derretimiento de los elementos (2 Pedro 3) sea la purificación del santuario. Por una multitud de testigos, hemos probado que el tabernáculo de Dios en el Cielo es el santuario que debe ser limpiado, y que su purificación es una obra realizada en ese santuario, con sangre, y no con fuego. Nuestro desengaño, entonces, surgió de un malentendido de la obra que debía ocurrir al final de los días.

William Miller y sus asociados acertaron en tres de los cuatro puntos fundamentales de la fe adventista. En uno se equivocaron. Sus puntos de vista

eran correctos en relación con el advenimiento literal y personal, la aplicación de los símbolos proféticos y su exposición de los grandes períodos de Daniel y Juan. Pero no entendieron el evento que ocurriría al término de los 2300 días proféticos. Y su error en este único punto no afecta la gran cuestión del Segundo Advenimiento, como la mayoría de los hombres suponen que lo hace. Corregido escriturísticamente este único punto, la fe del Segundo Advenimiento se sostiene sobre una base tan firme, por decir lo menos, como antes del desengaño. Por lo tanto, no vemos ninguna razón para denunciar a ese hombre verdaderamente grande y bueno, Wm. Miller, como un falso profeta, y a la fe adventista como un fracaso, simplemente porque se equivocó en un punto de cuatro, y cuando ese único error fue de tal naturaleza que podía ser corregido escriturísticamente sin cambiar ni debilitar en lo más mínimo ningún otro punto. Y aquí cabe señalar que otros grandes hombres han cometido errores, al igual que Wm. Miller. El erudito Prof. Bush, en una carta a Wm. Miller, dijo: —

«Tampoco hay que objetar, según mi parecer, a usted ni a sus amigos, que hayan dedicado mucho tiempo y atención al estudio de la cronología profética, y que se hayan esforzado mucho en determinar las fechas de inicio y fin de sus grandes períodos. Si estos períodos son realmente dados por el Espíritu Santo en los libros proféticos, sin duda fue con el propósito de que fueran estudiados, y probablemente, al final, comprendidos plenamente; y nadie debe ser acusado de presuntuosa locura por intentar hacerlo con reverencia. Sobre este punto, yo mismo no tengo cargos que imputarle. Es más, estoy dispuesto a ir tan lejos como para decir que no considero que sus errores en el tema de la cronología sean de naturaleza grave, o, de hecho, que estén muy alejados de la verdad. Al tomar un día como el término profético para un año, creo que usted está respaldado por la exégesis más sólida, así como fortificado por los grandes nombres de Mede, Sir Isaac Newton, Obispo Newton, Kirby, Scott, Keith, y una multitud de otros que hace tiempo llegaron sustancialmente a sus conclusiones sobre este punto. Todos ellos concuerdan en que los períodos principales mencionados por Daniel y Juan expiran realmente alrededor de esta era del mundo, y sería una lógica extraña la que lo condenaría por herejía por sostener, en efecto, los mismos puntos de vista

que tan prominentemente se presentan en los escritos de estos eminentes teólogos. Su error, según mi entender, radica en una dirección diferente a su cronología».

Aquí el Prof. Bush habla franca y verazmente, y sus palabras de sabiduría sustentan a los adventistas en el aspecto más objetable de su fe. Pero, ¿cuál era el acontecimiento que él esperaba que marcara la terminación de los 2300 días? Que el siguiente extracto de la misma carta a Wm. Miller responda: —

«Si bien no dudo que los estudiantes bien informados de la profecía admitirán que su cálculo de los tiempos, con la excepción mencionada, no es materialmente erróneo, aun así, creo que sostendrán que usted ha equivocado completamente la naturaleza de los acontecimientos que han de ocurrir cuando esos períodos expiren. Este es el principal y mayor de sus errores expositivos. Usted ha asumido que el cierre de los 2300 días de Daniel, por ejemplo, es también el cierre del período de probación humana —que es la época de la segunda venida visible y personal de Cristo—, de la resurrección de los justos muertos— y de la disolución del actual sistema mundano. Todo esto afirmo que es una aserción gratuita e infundada. Admitiendo, como lo hago sin reparos, que hemos llegado a una era trascendental del mundo, y que la expiración de estos períodos introducirá, por pasos graduales, un nuevo orden de cosas, intelectual, político y moral, sigo negando perentoriamente que las Escrituras, correctamente interpretadas, garanticen la expectativa de una interrupción tan súbita y milagrosa del orden existente como usted y los que usualmente se llaman Adventistas suelen enseñar.

«El gran acontecimiento ante el mundo no es su conflagración física, sino su regeneración moral; y, por mi parte, me complace pensar que, por su propia limitación, la cuestión pronto será puesta a prueba por un hecho indiscutible. El 23 de marzo —si ese es el momento— pronto estará sobre nosotros, y la verdad o falsedad de una parte, al menos, de su esquema será entonces decidida. Pero incluso si años o siglos aún intervinieran, yo seguiría firme en mi gran posición de que usted se había equivocado en la naturaleza de los acontecimientos.

«Aunque sin duda hay un sentido en el que se puede decir que Cristo viene en relación con el fin del cuarto imperio y del poder otomano, y que su reino se establecerá de forma ilustre, sin embargo, se encontrará que esa será una venida espiritual en el poder de su evangelio, en el amplio derramamiento de su Espíritu y en la gloriosa administración de su providencia. Esta es la creencia común y prevaleciente de la cristiandad, y no dudo que sea la verdadera».

Evidentemente, el Sr. Bush esperaba la conversión del mundo como el evento que marcaría la terminación de los 2300 días. Tanto el Sr. Miller como el Sr. Bush acertaron en la cuestión del tiempo, y ambos se equivocaron en el evento que ocurriría al final de los grandes períodos. El Sr. Miller sostenía que el mundo sería regenerado por fuego, y el Sr. Bush, por el evangelio, al final de los 2300 días. El Sr. Bush sometería las opiniones del Sr. Miller a la severa prueba de solo unas semanas, mientras que la teoría de la conversión del mundo del Sr. Bush ha tenido la terrible prueba de los últimos veintiséis años de apostasía, oscuridad espiritual y crimen. Este período ha sido notado por las desviaciones de la fe del evangelio y las apostasías de la religión cristiana. La incredulidad en diversas formas, especialmente en nombre del Espiritismo, se ha extendido por el mundo cristiano con una rapidez espantosa, mientras que el oscuro registro del crimen se ha ido ennegreciendo desde que el Prof. Bush dirigió su carta a Wm. Miller. Si este es el comienzo del milenio temporal, que el Señor nos salve del resto. Ambos grandes hombres se equivocaron en el evento que terminaría los 2300 días. ¿Y por qué el Sr. Miller debería ser condenado por su error, y el Sr. Bush ser excusado por su conclusión anti-escriturística? Ambos reposan en la tumba, mientras nosotros tenemos la oportunidad de corregir escriturísticamente sus errores a la luz del santuario celestial. «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:14).

En la providencia de Dios, en el movimiento del séptimo mes de 1844, la atención del pueblo se volcó a los tipos de la ley de Moisés. El argumento que se había dado —que así como los tipos primaverales, a saber, la pascua, la gavilla mecida y la ofrenda de harina, se cumplieron en su orden y tiempo en la crucifixión, la resurrección de Cristo y el descenso del Espíritu Santo en el día de

Pentecostés, así también los tipos otoñales se cumplirían en cuanto al tiempo, en los acontecimientos relacionados con el segundo advenimiento— parecía ser concluyente y satisfactorio. La posición adoptada fue que, así como el sumo sacerdote salía del santuario típico en el décimo día del séptimo mes y bendecía al pueblo, así Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, en ese día, saldría del Cielo para bendecir a su pueblo expectante.

Pero debe tenerse en cuenta que en aquel tiempo no se entendían aquellos tipos que señalan la obra en el santuario celestial. De hecho, nadie tenía una idea definida del tabernáculo de Dios en el Cielo. Ahora vemos que los dos lugares santos del santuario típico, hechos por dirección del Señor a Moisés, con sus dos ministraciones distintas —los servicios diarios y los anuales— eran, en el lenguaje de Pablo a los Hebreos, «modelos de las cosas celestiales» (Hebreos 9), «figuras de las verdaderas» (Hebreos 9). También dice de la obra de los sacerdotes judíos, en el capítulo 8, «los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales» (Hebreos 8:5). Sus palabras significan simplemente esto: En el Cielo hay un santuario donde Cristo ministra, y ese santuario tiene dos lugares santos y dos ministraciones distintas, tan verdaderamente como las tenía el santuario terrenal. Si sus palabras no significan esto, no tienen ningún significado en absoluto.

¡Cuán natural, entonces, la conclusión de que, así como los sacerdotes judíos ministraban diariamente en el Lugar Santo del santuario, y en el décimo día del séptimo mes, al finalizar su ciclo anual de servicio, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para hacer expiación para la purificación del santuario, así Cristo ministró en relación con el Lugar Santo del santuario celestial desde el momento de su ascensión hasta el final de los 2300 días de (Daniel 8), en 1844, cuando, en el décimo día del séptimo mes de ese año, entró en el Lugar Santísimo del tabernáculo celestial para hacer una expiación especial para el borramiento de los pecados de su pueblo, o, lo que es lo mismo, para la purificación del santuario. El santuario típico era purificado de los pecados del pueblo con la ofrenda de sangre. La naturaleza de la purificación del santuario celestial puede aprenderse del tipo. En virtud de su propia sangre, Cristo entró en el Lugar

Santísimo para hacer una expiación especial para la purificación del tabernáculo celestial.

Con esta visión del santuario celestial ante el lector, puede ver el defecto en la teoría del séptimo mes. Ahora parece evidente que la conclusión de que Cristo saldría del cielo en ese día no está justificada por las premisas del caso. Pero si el ministerio de Cristo en el santuario celestial iba a durar solo un año, en cuyo último día haría una expiación para la purificación del tabernáculo celestial, según el tipo, entonces la conclusión de que en ese día saldría y bendeciría a su pueblo expectante, sería irresistible.

Pero recuérdese que «la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros» (Hebreos 10:1) no era «la imagen misma de las cosas» (Hebreos 10:1). En la sombra, el ciclo de servicio, primero en el lugar santo durante todo el año, excepto un día, y segundo, en el lugar santísimo en el último día de ese año, se repetía cada año sucesivo. Pero no así en el ministerio de Cristo. Él entró en el lugar santo del santuario celestial en su ascensión, una vez para siempre. Allí ministró hasta el tiempo de la purificación del santuario al final de los 2300 días en el otoño de 1844. Para realizar esta obra, entonces entró en el lugar santísimo una vez para siempre. Cristo sufrió en la cruz —no a menudo— sino una vez para siempre. Él comenzó su obra en el lugar santo una vez para siempre. Y él purifica el santuario celestial de los pecados de su pueblo una vez para siempre. Su ministerio en el lugar santo, desde su ascensión en la primavera del año 31 d.C. hasta el otoño de 1844, fue de mil ochocientos trece años y seis meses. El período de su ministerio en el lugar santísimo no puede definirse antes de su fin, como tampoco pudo definirse el tiempo de su ministerio en el lugar santo antes de que terminara. Por lo tanto, por mucho que la expiación del décimo día para la purificación del santuario típico probara que nuestro gran Sumo Sacerdote entraría en el lugar santísimo del tabernáculo celestial en el décimo día del séptimo mes, no probó nada en cuanto a que en ese día saldría del lugar santísimo.

Si hubiéramos podido comprender el tema del santuario celestial, nuestro desengaño se habría evitado. Nuestra evidencia no probó que nuestro Sumo

Sacerdote descendería del lugar santo del santuario celestial en fuego ardiente para quemar la tierra, al final de los 2300 días; sino que, lejos de esto, sí probó que en ese momento debía entrar dentro del segundo velo, para ministrar por nosotros ante el arca del testimonio de Dios, y para purificar el santuario (Daniel 8:14; Hebreos 9:23, 24). Tal ha sido la posición de nuestro Sumo Sacerdote desde el fin de los días, y esta es la razón por la que no vimos a nuestro Rey en 1844. Él había ministrado entonces en solo uno de los lugares santos, y la terminación de los 2300 días marcó el comienzo de su ministración en el otro.

Cuando Juan, quien vio abierta la puerta del primer departamento del tabernáculo celestial (Apocalipsis 4:1-5), al comienzo del ministerio de Cristo, fue llevado en visión por la corriente del tiempo hasta «los días de la voz del séptimo ángel», vio abierto el lugar santísimo del templo de Dios. «Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se vio en el templo. Y hubo relámpagos, y voces, y truenos, y un terremoto, y grande granizo» (Apocalipsis 11:19). Aquí, junto al arca del pacto de Dios, es donde nuestro Sumo Sacerdote ministra desde el fin de los 2300 días. A esta puerta abierta en el santuario celestial (Apocalipsis 3:7, 8; Isaías 22:22-25), invitamos a venir en busca de perdón y salvación a aquellos que no han pecado hasta agotar el día de gracia. Nuestro Sumo Sacerdote está junto al

Propiciatorio (que es simplemente la parte superior del arca), y aquí él ofrece su sangre, no meramente para la purificación del santuario, sino también para el perdón de la iniquidad y la transgresión. Pero mientras llamamos a los hombres a esta puerta abierta, y los señalamos a la sangre de Cristo, ofrecida por nosotros en el propiciatorio, quisiéramos recordarles la ley de Dios debajo del propiciatorio, la cual hizo necesaria la muerte del Hijo amado de Dios para que el hombre culpable pudiera ser perdonado. El arca contiene los mandamientos de Dios, y quien quiera recibir la bendición de Dios, de la mano de nuestro Sumo Sacerdote, debe guardar los mandamientos contenidos en el arca ante la cual ministra.

Sermón Diez. LA FE SALVADORA.

TEXTO: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10:31)

La epístola de Pablo a los Hebreos está dirigida a aquellos familiarizados con los tipos de la ley judía. Este libro representa a Cristo y su obra como ninguna otra de las epístolas. Es un comentario sobre el sistema típico, diseñado para llevar la mente hebrea de las figuras muertas del antiguo pacto a los hechos vivos del nuevo. Los sacrificios judíos en los que se derramaba sangre eran un tipo del sacrificio y la preciosa sangre de Cristo. El santuario judío, con sus dos ministerios, era un tipo del verdadero tabernáculo en el Cielo donde Cristo ministra tanto en el lugar santo como en el santísimo. Un comentario así estaba peculiarmente adaptado al tiempo en que los apóstoles tuvieron que enfrentar la ceguera de los judíos, quienes no veían que los tipos de su sistema señalaban a, y se perdían en, Jesucristo y su obra en el tabernáculo mayor y más perfecto.

Pero este no era el único objetivo de la epístola de Pablo a los Hebreos: proveer a los primeros apóstoles de Cristo con hechos y argumentos para enfrentar a sus hermanos según la carne. Otro objetivo era arrojar luz sobre el ministerio de Cristo en la mente de aquellos que esperan su segunda venida, que viven en el tiempo en que esa ministración está concluyendo. De ahí que la epístola a los Hebreos sea realmente una epístola a los Adventistas. No decimos que el libro fue diseñado solo para aquellos que esperan el segundo advenimiento de Cristo. Fue un poderoso argumento en manos de los primeros apóstoles, y comentaristas y maestros religiosos en general han encontrado en él mucha instrucción teórica y práctica para la gente de cada generación sucesiva desde que Cristo ascendió a lo alto. Pero el hecho de que la gran cuestión del santuario no haya sido abierta al pueblo por los maestros teológicos hasta el final de los grandes períodos proféticos, muestra que su luz fue especialmente diseñada para nuestro tiempo.

Nuestro texto afirma que es una cosa horrenda caer en manos del Dios vivo. Estas palabras no podrían aplicarse en ningún momento desde que Cristo emprendió la gran obra de la redención humana y se convirtió en el mediador del

hombre con Dios, excepto a aquellas personas que hubieran cometido el pecado imperdonable. Hay un punto hasta donde el hombre puede llegar, más allá del cual no hay perdón. Pero esta clase es mucho más pequeña de lo que muchos suponen. Pero, ¿cuál es el pecado para el cual no hay perdón? Es el mismo ahora que lo fue en los días de Cristo. Cuando Cristo echaba fuera demonios, los judíos no querían creer que se hacía por el poder de Dios. Blasfemaron diciendo: «Este tiene a Beelzebú, y por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.» (Marcos 3:22).

En respuesta a esta blasfemia, Cristo dijo: «De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias con que cualesquiera que blasfemen; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene jamás perdón, sino que está en peligro de condenación eterna.» (Marcos 3:28, 29). La blasfemia contra el Padre y el Hijo puede ser perdonada; pero contra el Espíritu Santo, nunca.

En el primer siglo, atribuir la obra del Espíritu Santo al poder de Satanás era blasfemia y el pecado que no tiene perdón. Es lo mismo en el diecinueve. Hay en nuestros días quienes son incitados por Satanás a atribuir la obra de los dones del Espíritu Santo, especialmente el don de profecía, a la obra de Satanás.

Estas personas desafortunadas cometen el pecado que no tiene perdón. Como prueba adicional de este hecho, declaramos aquí que cuando estas se alarman y regresan con llanto, no pueden retener la posición que retomaron. Como Esaú, han vendido presuntuosamente su primogenitura; y aunque buscan obtenerla de nuevo con lágrimas, no pueden. Pero téngase en cuenta que aquellas personas que han alejado de sí al Espíritu de Dios para siempre, quedan en un estado mental descuidado, suponiendo generalmente que van por buen camino hacia el Cielo, cuando en realidad están perdidas. Los muchos que sufren con el temor de haber cometido el pecado imperdonable no han hecho tal cosa.

Dios, por medio de su profeta, habla a estas almas temblorosas, que casi han perdido la razón, con las siguientes palabras de consuelo: «Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la

nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.» (Isaías 1:18). ¿Diremos que el pecado carmesí es la violación del sexto mandamiento? ¿Y puede la mancha de este terrible crimen ser lavada de las vestiduras del pecador por la sangre de Cristo? Es posible; pero quien atribuye la obra del Espíritu Santo a Satanás no puede hallar perdón.

Una vez, el hombre sin pecado podía caminar y hablar con Dios, Cristo y los ángeles en el Edén. Estaba entonces seguro y feliz en las manos del Dios viviente. Pero cuando el pecado lo separó de Dios, necesitó un mediador. Gracias al Cielo que el pecador está ahora en las manos de Cristo. Pero cuando la hora de la misericordia haya pasado, y Cristo ya no interceda por él, entonces estará en las manos del Dios viviente para recibir la justa retribución de todos sus pecados impunes; entonces, ¡oh!, entonces, será espantoso estar en las manos del Dios viviente.

Los versículos finales del capítulo diez de Hebreos contienen la prueba más clara de que esta epístola fue dada para el beneficio especial de aquellos que esperan la segunda venida de Cristo.

Pablo exhorta: «Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.» (Hebreos 10:23-25). Esta exhortación está dirigida a aquellos que ven el día del Señor acercarse. Se les exhorta a aferrarse a su fe, y mediante la fidelidad en el deber, a estimularse unos a otros al amor y a las buenas obras.

Pablo continúa: «Traed, pues, a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de mis prisiones tuvisteis compasión, y el despojo de

vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros mismos una mejor y perdurable herencia en los cielos.» (Versículos 32-34).

En el gran movimiento del Segundo Advenimiento de 1840-1844, se levantó un monumento al que los creyentes debían mirar hacia atrás para no olvidar aquella iluminación celestial que los preparó para soportar grandes aflicciones. Como los judíos en su emancipación de la esclavitud de Egipto, debían «*recordar todo el camino por donde Jehová su Dios los había guiado*». Que los Adventistas sufrieron reproches, no se negará. Fueron afligidos en muchos lugares por abrazar la causa del Segundo Advenimiento. Algunos vieron sus bienes despojados por turbas. Y los más inocentes fueron cruelmente tratados por mantener compañerismo con los creyentes. Algunos fueron azotados públicamente, mientras que otros fueron puestos bajo tutores que administraban sus propiedades por ellos.

Pero se objetará que estas palabras de Pablo se aplican a los Adventistas bajo el argumento de que el apóstol habla como si tuviera parte en estas aflicciones y prisiones. Respondemos que el apóstol habla proféticamente. Camina con la iglesia hasta la última generación, y habla como si fuera a estar presente para compartir con ellos sus aflicciones y gozos. De la misma manera, habla de estar presente en la venida del Señor y de ser transformado a la inmortalidad. Dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16, 17). Aquí Pablo habla de estar vivo en la venida del Señor. Si se refiere a sí mismo, entonces el apóstol está vivo ahora. Si es así, tiene mil ochocientos años. Ha superado completamente a Matusalén. De nuevo, dice: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.» (1 Corintios 15:51, 52). Aquí el apóstol dice que no todos dormiremos. ¿Es un error que Pablo fuera ejecutado

en Roma? Y cuando escribió a Timoteo que estaba listo para ser ofrecido, y que el tiempo de su partida estaba cerca, ¿estaba completamente equivocado? De hecho, ¿está vivo hoy? Si es así, ¿dónde reside?

Pero, en serio, querido lector, todos sabemos que Pablo está muerto. Y la única visión consistente que se puede tomar de estos textos es que el apóstol, mirando hacia la venida del Señor, se incluye a sí mismo con ellos. Por lo tanto, cuando dice: «De mis prisiones tuvisteis compasión», está hablando de aquellos que sufrirían por abrazar y adherirse a la fe Adventista. Pablo continúa: —

«No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.» (Hebreos 10:35, 36). Alguien ha tenido gran confianza en aquello que trae recompensa al pueblo de Dios. Están decepcionados y en una posición extremadamente difícil, que exige paciencia. La paciencia fue necesaria para enfrentar el ridículo vertido sobre los Adventistas antes de que pasara el tiempo; pero cuando el tiempo pasó, los vítores burlones, «*No sabías tanto como pensabas*», «*Todavía no has subido*», fueron extremadamente difíciles para aquellos cuyos corazones estaban afligidos porque su Señor no vino como habían esperado.

Pero ¿por qué aplicar estas palabras del apóstol al movimiento del Segundo Advenimiento? Para muchos, esto parece fantasioso. Respondemos que el siguiente versículo nos obliga a aplicar así las palabras de Pablo. Y si el lector es sincero y acepta la evidencia, no tendrá dificultad. Aquí está el texto de oro que resuelve la cuestión: «Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.» (Versículo 37). La simple afirmación de que Cristo se había tardado, muestra una decepción. Entramos ahora en un terreno temible. Pablo continúa:

—

«Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma.» (Versículo 38). Cuando los Adventistas esperaban un período definido para la consumación de su esperanza, el asunto era de cálculo matemático. Caminaban por vista. Pero cuando el tiempo pasó, y fueron puestos en el tiempo de espera y

vigilancia, aquellos que vivieron, vivieron por fe. Vivieron por fe en Dios, en su palabra, y en la experiencia Adventista que fue obrada en ellos por el Espíritu de Dios. Mientras algunos se aferraron a su experiencia Adventista, muchos la abandonaron y retrocedieron al mundo y a Satanás. Aquí hay dos clases. Una se aferra y agrada a Dios; la otra retrocede y sufre su desagrado. Aquí, de nuevo, el apóstol usa la palabra «*nosotros*» en el siguiente versículo, con la cual se incluye a sí mismo con los Adventistas al hablar proféticamente. Meditad bien en sus temibles palabras: -

«Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para la preservación del alma.» (Versículo 39). Aquí hay dos caminos, que conducen en direcciones opuestas; uno a la salvación, el otro a la perdición. Retroceder es perdición; creer es salvación. Pero el apóstol no está hablando de fe en un sentido general, sino en relación con el tema en discusión, que es la venida del Señor en poco tiempo.

¿Qué es, entonces, la fe salvadora para nuestro tiempo? En los días de Noé, la fe salvadora era creer que las aguas del diluvio vendrían. En los días de Lot, la fe salvadora era creer que llovería fuego del cielo sobre los impíos. En los días de Cristo, la fe salvadora era creer que Jesús de Nazaret era el verdadero Mesías. La fe salvadora ahora es creer que la segunda venida de Cristo tendrá lugar en poco tiempo. Esto abarca la fe en Dios y en su palabra, en todo el camino por donde el Señor Dios nos ha guiado, y que la consumación de la bienaventurada esperanza vendrá en poco tiempo. Aquí está la fe salvadora para los cristianos de la última generación.

En el siguiente capítulo, el apóstol menciona a los notables héroes de la fe. «Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.» (Cap. 11:4). Caín, en su incredulidad respecto a un Redentor venidero, presentó al Señor los primeros frutos de la tierra. Dios no respetó su ofrenda. Pero Abel, con fe en el Redentor que había de venir, trajo un primogénito de su rebaño. A través de ese cordero, Abel vio a Cristo. Tan distintamente vio la sangre expiatoria de Jesús a través de la sangre de ese primogénito, como la vemos a través del fruto de la vid cuando nos reunimos alrededor de la mesa del Señor en la comunión.

El apóstol menciona la fe de Noé. «Por la fe Noé, siendo advertido por Dios de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo.» (Versículo 7). Este caso tiene una particular relevancia para nuestro tiempo. Cristo describe el estado de cosas en la venida del Hijo del Hombre tal como fue en los días de Noé. Entonces una familia creyó y se salvó; mientras que todo el resto del mundo dudó y se perdió. Pero pocos tendrán fe salvadora cuando Cristo venga.

Noé hizo grandes sacrificios. Predicó cerca de un siglo y cuarto. Invertió una fortuna en el arca. Y nos atrevemos a opinar que la vieja arca no valía ni el uno por ciento del dinero invertido cuando reposó en el Ararat después de que las aguas se secaron. Se necesitó una fe fuerte para inducir al patriarca a hacer tan grandes sacrificios. La fe en la pronta venida del Hijo del Hombre exige un sacrificio tan grande como el que hizo Noé.

El apóstol continúa el mismo tema en el capítulo doce, como conclusión: «Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia con tanta facilidad.» (Versículo 1). La nube de testigos son los héroes de la fe del capítulo anterior. En cuanto a nosotros, es apropiado seguir el ejemplo de los hombres buenos; debemos imitar a estos hombres piadosos de fe. Y aquí obsérvese que, si bien hay una pluralidad de pesos, solo hay un pecado que nos asedia. Riquezas, orgullo y una gran variedad de obstáculos son pesos; pero el pecado que asedia a todos es lo opuesto al tema en el que se detiene el apóstol. Su tema es la fe salvadora. El pecado que asedia es la incredulidad. Los ejemplos de fe mencionados, dejaron a un lado todo peso y corrieron la carrera que tenían por delante. Aquellos que mantengan la fe salvadora hasta el final también dejarán a un lado todo peso y el pecado de la incredulidad que asedia a todos, y correrán la carrera que tienen por delante, mirando a Jesús, el patrón infalible. Al final de la carrera está la vida eterna, la herencia imperecedera y la corona de gloria. Amén.